FOZ - 15 (2)

LEGADO
DE LA TESTAMENTARIA
DEL SR. GIRONAMISTA

Trilogía dramática

por D. Braulio Foz

El Homeopata fingido.

F07 - 54 - 1

EL HOMEOPATA

FINGIDO,

Comedia en tres actos.

Por D. B. F.

...NTARIA DEL DR. GARCIA ARISTA

Personas.

D. Clemente, padre de Juanita.

D. Pepito, amante de Juanita y fingido médico homeópata.

Félix, amigo y apoderado de D. Clemente.

Racó, médico alópata.

Otro médico alópata.

Rosa, niña, hija de Félix.

Criados y criadas.

Advertencia. Esta comedia está aprobada por la Junta de censura, como es de ver en la Gaceta del 1.º de Diciembre de 1850.

Acto 1º.

Sala medianamente adornada: puerta en el foro: una mesa á la derecha del espectador.

Escena 1ª

D. Clemente

(sentado contra la mesa pensativo y suspenso)

No señor, ya no hay tiempo. Si este aviso es cierto, y no puedo dudar, ya no llega mi carta... Y aunque llegase... lo mismo será. Mucho me he descuidado... Pero ¿que habia yo de hacer? No casándola, nunca salia del paso. Pues á cortar. Y viene bien: este dolorcillo... que hoi se ha enconado... y lo he dicho al levantarme, y todos lo saben. (Levántase).

Sí señor, médico lo quiero. Mi abuelo no tubo de su casa mas que un linaje honrado; y con su medicina dejó á mi padre un patrimonio de treinta mil duros. No sé porqué se puso á comerciante; ni porqué yo no he querido ser ni médico ni comerciante, sino ganadero. Cada uno su aficion: en horabuena. Pero las mugeres... nada: allí no hay oficio ni carrera. Para casarse preguntan al corazon, y no piensan en libros, en espadas, ni profesiones. La inclinacion de los afectos, y de alli la imaginacion, la pasion, los caprichos, los devaneos...

Abogado! el Pepito! Aun me parece que lo estoi viendo en el banco de la puerta de la calle con el martillo, tin-tin, tintirin, repasando las herraduras de su padre

para mi caballo. Luego sin saber cómo... Que Pepito Turo estudia: que Pepito Turo es un gran chico: que Pepito Turo es gran cabeza:... Que va para abogado... Que es el talento de la universidad: que ya es abogado y admira á todos... Que se va, que se ha ido á Madrid... Que allí hace... Lo que quiera! ¿Qué se me daria á mí si no me hubiera mirado la hija? Y la rapaza irse á enamorar de un... del hijo de un herrador, del hijo de un medio herrador y medio albeitar!...

Abogado! Y ¿qué es un abogado? Por la ciencia deberia ser un sabio, un filósofo; por la profesion, un oráculo de la verdad, un protector de la inocencia. Pero en realidad y de hecho ¿qué son? Lo que dicen los litigantes: Dios me libre de ellos.

Y seria mi yerno! Jámas el del caballete, el del banco del martillo! Pues su padre y su madre... Bien que ya han muerto: Dios los haya perdonado. Gente honrada eran: pero al cabo... herradores. Y lo peor es que segun este aviso se nos planta aquí estos dias. A qué vendrá!.. Si lo sabrá esta bribona!.. Charcos pues se han de llevar.

Escena 2a

D. Clemente y Félix

D. Clem. En tí pensaba.

Felix. Me ha dicho la niña que estabas mas incomodado del dolor.

D. Clem. Sí, ha estado esta mañana y ha entrado á darme los dias.

Felix ¿Ha venido el médico?

D. Cl. No, pero vendrá. Yo no quiero el de casa... porque es viejo.

Felix Tanto mejor.

D. Cl. No para lo que yo lo quiero.

Felix Si es para bailar...

D. Cl. Bien podria ser.
Felix. Eso es otra cosa.
D. Cl. Ya sabes, Felix, que siempre he tenido pasion á los médicos, y que me has oido mil veces que deseaba casar la hija con médico.
Felix. Es verdad; aunque yo no les soi tan apasionado.
D. Cl. Tú no desciendes de ellos. Pues bien: Juanita, como sabes, se me fue á enamorar de aquel Pepito...
Felix. Sí, de Pepito Euro. Pero ya se fue. ¡Cuanto ha que está en Madrid!
D. Cl. Pero me avisan que va á venir.
Felix. Con prohibir á tu hija...
D. Clem. ¡Ah Felix, Felix! Ya llegará la tuya á su edad, y verás lo que es prohibir á una muchacha que quiera á tal ó cual, ó mandarle que quiera á otro. Pero haré lo que puede un padre.

Nuestro corazon no recibe leyes, pero admite condiciones. Gloria y felicidad completa es casarse con quien uno quiere, y á par de muerte con quien uno aborrece ó no hay simpatia. Pero si en lo primero hay imposibles, grandes inconvenientes ó dificultades, y en su defecto se nos presenta una persona digna ~~digna~~ de nuestro amor y que diga á nuestro gusto, desde luego nos conformamos; y poco á poco, si en ella hay amabilidad ó méritos á nuestra idea, la queremos tanto y mas que á la otra: sobre todo ayudando la razon y no habiendo empeño ó propósito en contrario. Y esto es lo que voi á hacer con esta muchacha. Pero pronto, muy pronto, porque urge. ¿Qué médicos jóvenes hay en la ciudad?
Felix. Los mas jóvenes creo que ninguno los conocemos. Cada dia llegan: que no sabe uno á qué vienen ni qué se hacen.

Si así va, cada enfermo podrá tener el suyo. Quien nos daria razon es Lope Lopez que como dueño del café adonde suelen ir, los debe conocer.

D. Cl. Yo acá en mi mente bien tengo nota de algunos, porque pensando siempre en ellos para la hija, recogia lo que iba oyendo. Y como la profesion, es decir, la habilidad en ella es lo que menos importa en mi caso, querria otros y mas seguros informes... No me parece mal eso de Lope Lopez: como que ha de ser médico. Podrias ir pues y decirle que nos envie tres ó cuatro de aquellos jóvenes que haya oido ó conocido que son los mas regulares en su educacion y trato, aun los de mas talento, diciendole que es para una consulta, ó como para elegir médico de casa: lo que quieras.

Felix. ¿Y ha de ser eso pronto?

D. Cl. Sí, ahora mismo... ¿No ves que el otro puede llegar cuando menos pensemos, y nos pone en apuro con esta muchacha? No lo dudes: viene por ella.

Felix. ¿Y tan aprisa quieres casarla con quien no conoces ni sabes...?

D. Cl. No me entiendes. No es para casarla hoi mismo, ni mañana: es para estar prevenidos: es para ver si entre ellos hay alguno que me quite y decirle: V. es mi médico. Y hacerlo venir todos los dias; observar y conocer su carácter: que vea y lo vea la hija; y luego... Esto si nos da lugar ese otro, si nos da tiempo unos dias. Aquí me dicen (señalando la carta) el disponia su viaje; y le podemos tener encima de un dia á otro.

Felix. Ya esta entendido.

D. Cl. Eso. Conque anda á Lope Lopez, y dile que ya estoi cansado de los viejos. Que quiero ver si esos, como mas temerarios, hacen conmigo algun disparate que me quite este dolor.

Felix. Pues voi allá. Y como está cerca, van a llegar antes que lo digo. Que como hombres de pocas visitas, suelen tener allí su tertulia á todas horas. (Vase.)

Escena 3.ª

D. Clemente y luego Juanita

D. Clem. Tardas! Como es tan torpe el mozo... Y mas que veinte y cuatro años en una muger son dos veces la edad necesaria. La que á esa edad, y aun antes, dice que tiempo hay, que tiempo le queda, que no corre prisa, que bien se encuentra..., falso, cuento; ó no tiene quien la quiera, ó no la quiere quien ella querria... (Sale Juanita).

Juanita. ¿Que le duele á V. mas el brazo?

D. Cl. Lo mismo que esta mañana; pero quiero hacer algun nuevo remedio; que me canso ya este dolor. No lo aumentes tú.

Juana. No sé á qué viene ~~#~~ eso. Por V. lo quisiera yo padecer, y lo aumentaria!

D. Cl. Eso es imposible. Lo que es posible y facil no quieres hacer... Abreviemos: deseo verte casada; lo sabes, y sabes tambien mi gusto.

Juana. Pues yo, padre, repetiré lo que siempre he dicho: estoy dispuesta á dar gusto á V. Los que hasta ahora han hablado...

D. Cl. Bien, bien: dejemos lo pasado.

Juan. Pues si se presenta un jóven de una presencia regular, y que por su genio y por su caracter...

D. Cl. Mucho concedes á tu juicio. Eso es reservarte el derecho de decir lo que quieras; todo para ir á parar siempre á uno y el mismo.

Juana. Por comparacion, natural me parece que es; y mientras la obligacion no me lo prohiba, creo que no ofendo á nadie: pero por obediencia y obligacion se irá aquel de mi memoria aun mas lejos que está ahora su persona. Le veo á V. triste y como de mal humor, y eso me sobresalta. Yo no he de abreviar los dias de V. ni darselos malos: soi hija única y sé lo que V. me quiere y lo que debo á mi padre; y tambien y sobre todo, lo que le quiero y estoi dispuesta á hacer por V.

D. Clem. Pruebas, hija, pruebas, y no palabras.

Juana. Una es la que se me pide. Pues bien: hombre es V. de esperiencia, de juicio y conocimiento: no me vuelva V. á afligir mas con esto. Si V. halla un jóven de su gusto, del todo y en todo de su gusto, y me dice: Cásese; no aguarde V. mi respuesta ni me consulte: aquel acepto, á ese de quiera, aquel será mi esposo.

D. Cl. Pronto pues quizá vas á tener ocasion. Pronto, sí, te lo prevengo... No te turbes.

Juana. No me turbo, no señor; porque sé que V. me quiere ver feliz, y eso me basta. (Vase D. Clem.)

Escena 4.ª

Juanita.

Tan juicioso en todo siempre, tan prudente, tan conocedor del mundo, y poderle tanto una aprension!... Confiesa que Pepito Furo podrá ser el jóven mas amable y mas apreciable de la ciudad, porque así lo oye decir á todos; y que no ha de ser su yerno! Porque su padre fue mariscal, ó sea herrador, como él dice. Y por otra parte dice que á un médico no hay necesidad de preguntarle su alcurnia porque la lleva en su profesion y en el título. Pues ¿y un abogado? ¿De cuando acá serian los médicos mas honrados que los letrados? Y es que no puede apartar de la memoria el banco de su padre, y las herraduras, y el martillo con que de niño se entretenia jugando. Es decir que si Pepito Furo fuese de otro pueblo; si él no lo hubiese conocido de muchacho... Y ¿qué familias serán las de otros? ¿No basta ser honrados? Y la aplicacion, y la buena opinion y fama? ¿De qué sirve pues la virtud en el mundo?... Y yo que con ella me contentaria!...

Y pronto ha de ser el darle pruebas de obediencia y deci-

lidad!.. Eso es que ha resuelto casarme... Que me va á casar!.. Casarme, y no con él!.. Veo que no he nacido con dicha... Obedeceré... Le he dado palabra... Pero no tiene que presentarme ninguno de esos jóvenes presumidos, vanos, ridículos, todo risos y pomadas, que no saben decir sino sandeces ó niñerias, ó tal vez desvergüenzas; que emplean mas tiempo en el tocador que una novicia, y nunca emplean un rato en pensar que son y deben ser hombres. Me casaré, sí... Que me sucede?.. Toda tiemblo!.. Adios, amor de mi corazon! Pepito! aquí estás, y te quieren echar á la fuerza! A la fuerza!.. mal medio es: no se si saldras nunca: á la fuerza ni se engendra ni se mata el amor.
(Se va á salir, y al llegar á la puerta oye que llaman y suben. Se para y dice):
Han llamado... y suben... Un caballero: aquí le dirigen.

Escena 5ª

Juanita, Medico: y luego D. Clemente y Félix.

Med. Me envian, señorita, á esta casa á visitar no sé á quien.
Juana. Si señor, á mi padre, que padece un dolor bastante incómodo en el hombro izquierdo, y hoi se le ha aumentado.
D. Clem. Aquí está el enfermo.
Med. Pues V. le esplicará.
D. Clem. Está muy pronto esplicado. Es una relajacion que al principio me dolia muy poco, y por curarla se irritó de modo que me da muy malos ratos.
Med. Y ¿qué remedios le aplicó V.?
D. Clem. (á Felix) Mejor te acordaras tú.
Felix. Bálsamo tranquilo, aceite de camamila, aguardiente alcanforado...
Med. Y no cedió?
D. Cl. No señor. Pero antes de pasar adelante: ¿es V. alópata

ó homeópata?

Med. Alópata.

D. Clem. Es que como V. es tan jóven, creia si acaso habria adoptado ese nuevo método.

Med. No señor. Porque dudando tres ó cuatro compañeros si nos pasaríamos á esa nueva escuela, consultamos á un médico antiguo de mucho crédito en la corte, y nos dijo que de ninguna manera.

D. Clem. ¿Pues qué razones les dió á Vds.?

Med. Muchas. Ustedes mismos pueden conocer que la homeopatía es un error crasísimo, con esta sola observacion. ¿Cuando uno tiene calor ¿no busca el fresco?

Todos. Sí señor.

Med. Cuando uno tiene frio ¿no busca el calor?

Todos. Sí señor.

Med. Pues en esto, que es la voz de la naturaleza, se funda la medicina alopática: es decir, la antigua, la verdadera medicina, curando con los contrarios, destruyendo un contrario con otro.

D. Clem. Que es lo natural, ya lo veo.

Felix Sí, lo natural; á lo menos así parece. Pero ¿porqué sangran Vds? ¿Qué contrarios destruye la sangría?

Med. Todos los del cuerpo humano.

Felix. ¿Tambien ese dolor?

Med. Tambien. Porque todos los enemigos de la vida se ocultan, esconden y abrigan en la sangre; y cuanta mas se saca, mas ~~mas~~ enemigos van fuera del cuerpo.

Felix. Vea V. lo que es no entenderlo. Nunca habia oido semejante cosa. ¿Te acuerdas, Clemente, que mi negro decia: ¿purgar? el tonel y la cuba. Y yo creia que tenia razon; y

hasta ahora no me he dejado sangrar; ni él tampoco, y murió de ochenta y cinco años, tan ágil como á los cuarenta. Pero á ver si V. nos dice otra cosita como esa de los enemigos.

Med. Señores, yo he venido aquí á visitar un enfermo, y no á explicar medicina.

Felix. Pero nosotros tenemos de tomar médico para dos familias, quizá para otras muchas, y queremos saber en manos de quien nos ponemos. Hablan mucho por ahí de la homeopatía: dicen que estos nuevos médicos todo lo curan de un modo fácil y suave, sin incomodar á los enfermos, sin sangrías, ventosas, sanguijuelas, ni otras carnicerías. parches de fuego Y ahí V. despues que ha comenzado, no quiere acabar de desengañarnos...

Med. ¿Qué mas desengaño que lo que VV. acaban de oir? ¿No hemos quedado en que la medicina alopática es conforme á la naturaleza? Pues ya no hay mas que decir.

Felix. Sí, es verdad: quiten Vds. á esa medicina las sangrías, las ventosas...

Med. Y substituir agua clara, como la homeopatía.

Felix. U otras cosas que nos curen y no nos desuellen.

Med. Nuestros remedios, sobre ser tan antiguos y aprobados, son de efecto cierto, seguro, pronto, visible... ¿Vds. han oido ó leido que una vez á un hombre muy anciano le sacaron toda la sangre, y le pusieron otra nueva, y se volvió jóven?

Todos (con admiracion) No señor.

Med. Pues eso es lo que en cierto modo... Y aun puede ser que se llegue á hacer...

Felix. Y de ahí la inmortalidad. ¿Qué tal, Clemente?

Med. No tanto, señores, no tanto: aunque no falta quien delira en Inglaterra y Alemania.

Felix. Oh, allá deliran mucho. Si acá no delirásemos tambien...

Med. Como decia pues. La medicina alopática, en el modo

posible, imita ese hecho. Porque está la sangre espesa, viciada, corrupta, ..., la saca por cantidades, va viniendo otra nueva, se refresca, se purifica, y el mal desaparece.

D. Clem. ¿Te convences, Felix?

Felix. Me parece que sí, y me parece que no. ¡Quería yo tanto á mi suegro!

D. Clem. A ver pues qué remedio me da V. para esta dolor.

Med. Sí señor. Pues como los principios son principios, y en esto estamos conformes, primero y ante todo se sangrará V. cinco dias seguidos...

(Felix hace extremos: Juanita señales de desaprobacion)

Y luego se hará V. fricciones con bálsamo de Opodeldoc.

Felix. ¿De qué?

Med. De Opodeldoc, y doc con ka.

Felix. Opo-del-doc-con-ca...

D. Clem. Apúntalo, Juanita.

Felix. No hay necesidad; no se me olvidará. O-po-del-doc-con ca.

D. Clem. Pues ahí tiene V. su visita. Voi á hacer traer ese bálsamo; y V. se servirá volver á la tarde. (Dale un peso duro, el médico lo toma, saluda y se va).

Escena 6ª

Los mismos menos el médico.

Felix. ¡Cinco dias seguidos!

Juana. Si hubiera dicho...

Felix. Tomar un pollo, una perdiz por la mañana, y un pichoncito ó dos por la noche, quince dias seguidos, ó un mes... Pero ¡sangrias! ¿Qué diría mi suegro si tal oyera?

D. Clem. Con no hacerlo estamos cumplidos. Acabo ese bálsamo...

Felix. De Opo-del-doc-con-ca

D. Clem. Ya llama otro. ¿Cuantos le has dicho que enviase?

Felix. Algunos.

D. Clem. Veremos.

(Callan un rato mirando á la puerta, y sale D. Pepito.)

Escena 7ª

D. Clemente, Félix, Juanita y D. Pepito.

(Juanita al verle y mirandole, conocele al punto, se sobresalta, disimula y dice):

Juana (ap.) Santos cielos! Pepito!

D. Pep. Dios guarde á Vds. Me dicen que aquí hay un enfermo...

D. Clem. Sí señor, yo. Padezco aquí un dolor, agudo á ratos, en especial si doy en un tropiezo con la mano ó el brazo...

D. Pep. Relajacion..., de algun esfuerzo.

D. Clem. Sí señor, eso es. Me han dado fricciones con pomadas, aceites, aguas, y...

D. Pep. Ya... ¿Y nada interiormente?

Felix. Sí señor, mucho y bueno. Porque esta señorita, que es su hija, y una cocinera que tiene muy bien educada, entienden el arte gastronómica...

D. Pep. No es eso malo. Mas segun veo, á V. solo le han visitado medicos alópatas.

(Todos grande atencion)

D. Clem. ¿Que V. es homeópata?

D. Pep. Sí señor.

Felix. Me alegro. Gracias á Dios que vemos uno de cerca. Ahora veremos si son lo que dicen. Y eso que entre las noticias que corren de Vds.

D. Pep. Me las figuro.

Felix. Quiza no todas.

D. Pep. Podra ser; pero... Dígalas V.

Felix. Sin rodeos?

D. Pep. Pura y sencillamente.

Felix. Pues lo que dicen es... Mire V. que lo dicen ellos y no yo.

D. Pep. Estos, estos.

Felix. Pues señor, lo que dicen es, unos, que los médicos homeópatas engañan á las gentes; otros, que son unos asesinos.

D. Pep. Estamos acostumbrados á oir esos testimonios. Pero quizá no está lejos el dia que la esperiencia y luego la opinion pública los vuelvan contra ellos.

Felix. Si V. quisiera decirnos algo de eso... Vamos, nos alegrarí- amos. ¿Tiene V. prisa?

D. Pep. No señor: y me alegro de haber dado con personas tan ra-
cionales. Oigan pues Vds. La escuela alopática, ó sea la
medicina antigua, ha ido pasando de sistema en sistema
como la república francesa de revolucion en revolucion, has-
ta que ya ahora no sabe lo que es, y solo sabe cómo se
llama. Pero sí sabe y sabemos todos, que habiendo sido el
inglés Brown á fines del siglo pasado quien el primer mé-
dico autor de un sistema ó principio general para
el arte de curar, luego sus discípulos llamaron asesinos
á los piquesistas, riverianos, boherabistas, y á todos los an-
teriores. Vino Broussais, y él y sus discípulos llamaron
asesinos á los brownianos. Han venido otros; y ya á Broussais
lo han improperado de asesino hasta en su sueño. Y en el
dia la escuela dominante, si escuela puede llamarse una
babel de principios, se reduce en cuanto á doctrinas á
una compilacion monstruosa de brownismo, broussaismo,
piquesismo y demas nombres pasados.

D. Clem. Segun eso, los que se han llamado asesinos unos á

Pag. 18 A

Felix. Y Vds. ¿como llaman á esos hombres que tan mal se han tratado á sí mismos y los tratan á Vds. ahora?

D. Pep. Nosotros nos compadecemos de ellos, y decimos lo que dijo nuestro maestro y fundador Hahnneman: "Siempre la verdad ha padecido. Pero los hombres al fin verán la luz, cederan las pasiones, y se consolará la humanidad doliente."

Felix. Bien! Muy bien! Y alguna vez Vds. ¿disputan con esotros médicos?

D. Pep. ¿Y ningun alivio con los remedios que le han aplicado?

D. Clem. Ninguno.

D. Pep. Es fijo?

D. Clem. Casi

(D. Pepito saca una caja, la abre, y de un frasquito se echa en la mano dos glóbulos, y dejando la caja en la mesa dice;)

D. Pep. Manden Vds. á por una libra de agua destilada, pongan dos dedos en un vaso, y V. Señorita, echara estos dos globulos, agitando el agua hasta que se disuelvan.

Felix A ver, á ver..

(Se acercan él y D. Clem. á mirarlos en la mano de D. Pepito)

D. Clem. ¿Y eso me ha de curar el dolor?

D. Pep. Sí Señor, se lo curara á V.

Feliz Vea V. porque dicen que lo que Vds. usan todo es veneno endemoniado.

cionales. Oigan pues Vds. La escuela alopática, ó sea la
medicina antigua, ha ido pasando de sistema en sistema
como la república francesa de revolucion en revolucion, has-
ta que ya ahora no sabe lo que es, y solo sabe cómo se
llama. Pero sí sabe y sabemos todos, que habiendo sido el
inglés Brown á fines del siglo pasado quien el primer mé-
dico autor de un sistema ó principio general para
el arte de curar, luego sus discípulos llamaron asesinos
á los piqueristas, riberianos, boerhaavistas, y á todos los an-
teriores. Vino Broussais, y él y sus discípulos llamaron
asesinos á los brownianos. Han venido otros, y ya á Broussais
lo han improperado de asesino hasta en su sueño. Y en el
dia la escuela dominante, si escuela puede llamarse una
babel de principios, se reduce en cuanto á doctrinas á
una compilacion monstruosa de brownismo, broussaismo,
piquerismo y demas nombres pasados.

D. Clem. Segun eso, los que se han llamado asesinos unos á

otros, ahora se han reunido en una escuela médica tomando de acá y de allá, y son los médicos que tenemos.

D. Pep. Cabal: sí señor.

~~Felix. ¿Y Vds. alguna vez disputan con ellos?~~

D. Pep. ¿Algunos encuentros hay, y mas en los periódicos. Pero generalmente proceden de mala fé, y al fin se tapan los oidos.

Felix. Hombre! Solo falta que los apedreen á Vds. como los judios á S. Esteban, que porque les convenia se taparon los oidos y lo apedrearon.

D. Pep. Con algunos, y mas aquí en España, no ha faltado mucho. Conque á ver ese dolor. ¿Cuanto ha que le padece V.?

D. Clem. Un mes. Comenzó por una relajacion, como hemos dicho, de haber sostenido un peso

Felix (aparte á Juanita) Habla bien. ¿Que te parece?
(Luego volviendose á los otros). Sí, los dos estábamos: por no haber llevado un criado.

D. Pep. ¿Ningun alivio con los remedios que le han aplicado?

D. Clem. Ninguno.

D. Pep. ¿Es fijo?

D. Clem. Casi

(D. Pepito saca una caja, la abre, y de un frasquito se echa en la mano dos glóbulos, y dejando la caja en la mesa dice:)

D. Pep. Manden Vds. á por una libra de agua destilada, pongan dos dedos en un vaso, y V. Señorita, echara estos dos glóbulos agitando el agua hasta que se disuelvan.

Felix A ver, á ver..

(Se acercan él y D. Clem. á mirarlos en la mano de D. Pepito)

D. Clem. ¿Y eso me ha de curar el dolor?

D. Pep. Sí señor, se lo curara á V.

Felix Vea V. porque dicen que lo que Vds. usan todo es veneno endemoniado.

D. Pep. (sonriéndose). Y lo son, sí señor; pero lo son para estos médicos nuestros enemigos, que les envenenan el alma y la vida. Para nadie mas son venenos. Vea V. señorita.

(Juanita se acerca; él la vuelve á un lado disimuladamente, y mientras D. Clemente y Felix hacen pasmos de la pequeñez de los glóbulos, D. Pepito pone la mano izquierda donde los tiene encima de la derecha de Juanita que la alarga como para recibirlos, y le pone un billete muy doblado: ella lo toma y se aparta como satisfecha de haber visto los glóbulos, y con cuidado se lo pone en el pecho. D. Pepito se vuelve y dice):

Estos dos glóbulos pues, como decia, se pondrán en un vaso con dos dedos de agua destilada: mañana en ayunas tomará V. una cucharada, y tardará dos horas á desayunarse; y una hora despues ó hora y media tomará V. segunda cucharada. Y que sea, Señorita, con cuchara de palo. Nada de especias en la comida, ácidos ni excitantes: vino, poco, y licor, ninguno. Por la tarde volveré yo y veremos lo que hemos adelantado.

(Dáselos á Juanita envueltos en un papelito).

D. Clem. Cómo? ¿Y no volverá V. hasta mañana á la tarde?

D. Pep. Nosotros hacemos pocas visitas.

D. Clem. Vea V. pues, yo quiero que V. me haga muchas. Yo quiero que V. vuelva esta tarde.

D. Pep. No hay necesidad.

D. Clem. Sin embargo lo deseo, y se lo suplico á V. Vendrá V. como amigo.

D. Pep. Eso es otra cosa. Muchas gracias. Y aunque tengo que practicar algunas diligencias de interés, quiero corresponder al favor de V. vendré esta tarde. Queden Vds. con Dios. (Toma el sombrero).

D. Clem. Tome V. su visita. (Dale un peso duro)

D. Pep. Gracias. (Saluda y se va).

Escena 8ª

Los mismos menos D. Pepito.

D. Clem. Cata ahí un hombre que me gusta.

Felix. A mí tambien.

D. Clem. Dice su opinion con buen modo y en pocas palabras; defiende su escuela con templanza, y no dice injurias ni ultraja á sus contrarios.

Felix. Eso prueba...

D. Clem. Que es hombre de talento, bien criado, juicioso, modesto y sabio... No creas tú ahora que por eso te lo propongo ya para marido.

Juana (con modestia) Yo, padre, nada digo.

D. Clem. Pero ahí se ve un hombre, todo un hombre. Y en fin, en fin... puedes hacerte cargo... Quizá vale mas que tu Pepito.

Juana. Yo... ni casi lo he mirado.

D. Clem. Lo creo: de tí no saldremos. Y tú, Felix, ¿que dices de la homeopatía? ¿Que te ha parecido?

Felix. Que estoi embelesado. Sea por las razones que nos ha dado, sea porque ese hombre se me ha metido todo en el corazon; y en fin tambien porque no sangran ni destruyen la vida, no puedo menos de inclinarme á ellos; desde hoy soi homeópata, y no quiero otra medicina en mi casa. Al cabo eso si no cura, no puede hacer daño.

D. Clem. Lo mismo me pasa á mí, y lo mismo pienso hacer. Con todo esta tarde se van á encontrar aquí los dos y oiremos su disputa: veremos quien gana.

Felix. Quien? este; aunque hubiera una docena de los otros. ¿No has visto aquella serenidad, aquella seguridad de sí mismo y de su medicina?... ¡Ah, Juanita, Juanita! deja á Pepito: no pienses mas en él, y mirarás á ese hombre esta tarde. Allí

hay mucho fondo y una alma grande.

D. Clem. Déjala, y vamos nosotros.

Felix. Hombre! veamos otra vez esos glóbulos, porque eso, vive el sastre! que si tiene virtud para curar tu dolor... Ya se me deshace la homeopatía.

(Van á verlos glóbulos. Juanita desdobla poco á poco el papel, y haciendo un grande extremo, dice):

Juana. ¡Ay, que se me han caido!...

(Inclínanse todos á buscarlos)

Felix (llamando) Luz, muchachas, luz!...

D. Clem. ¿Que mas luz quieres?

Felix. Esa es blanca, no vale. «Si buscas milagros, mira...»

(Sale una criada con dos luces: Felix cierra las ventanas, y todos buscan los glóbulos).

D. Clem. Dejadlos estar.

Felix. Mira! el uno!

Juanita (mirandole) No es.

Felix. Sí es.

Juana. No es; que es azúcar de un bizcocho cubierto que anoche le di á Rosita y se lo comió saltando por aquí. Mire V. como se deshace.

D. Clem. Basta, basta: fuera luces. A la tarde volverá el médico y le pediremos otros, puesto que hasta mañana no he de tomarlos.

Felix. Dices bien.

(Se retira la criada, y Juanita abre las vidrieras).

D. Clem. Vamos allá, Felix. La cerca que te dije está en el granero. Dejemos á esta en sus meditaciones.

Felix. Lo dicho dicho, Juanita. Fuera nubes de los ojos; y esta tarde mírale bien: aquello es un hombre. (Vanse)

Escena 9ª

Juanita.

¿Que es esto? ¿De donde ha salido ahora este hombre? Toda estoi temblando... ¿No he pasado peor rato en mi vida. ¡Y no lo han conocido! Jesus, Jesus! Pues; y si lo hubieran conocido? ¿Que hubiera hecho mi padre?.. Aquel bigote, aquella perilla... lo desfiguran... Y luego mas cuerpo, mas llena la voz, y cerca de cuatro años que se fue... Ni antes lo trataban, ni lo querian mirar si le encontraban... No lo han conocido!.. A ver lo que me dice.

(Saca el billete, lo lee, y prosigue):

¡Que casualidad! Llegó ayer, y al entrar en el café ha oido que Félix encargaba á Lope Lopez que le enviase algunos médicos jóvenes, y ha temido (porque el amor de todo se recela) no fuese para ver si venia alguno que le pareciese bien, y al fin...

Y sí era, sí, á lo que vemos. Pero ahora ¿que sucederá? Y él ¿de donde le viene ser médico? Si no lo ha sido nunca... Y si no lo es; ¿como sabe las palabras, y las historias y las trazas de los médicos?... Sin duda es que los hombres muy sabios lo saben todo y son todo lo que quieren... Y los dos se han prendado de él! Y el bueno de Félix: deja á tu Pepito... ahí tienes un hombre, míralo, enamórate... Ah! si yo hubiera podido decirles: pues ese es Pepito! que pronto hubiese mudado todo! Entonces ya no sería hombre grande ni como Pepito ni como médico. Y lo habran de saber... Porque si no ¿á que ha venido? Y entonces... Dios mio!... En fin él sabrá como sale de este enredo... Pero vuelve mi padre.

(Vuelve á mirar el billete y lee): «Esta llegado el dia: acuerdate.» (Pensativa). Ha llegado el dia! Quiza es el de mi desgracia...

Escena 10ª

Juanita, D. Clemente, Raó, y luego Félix.

D. Clem. Aquí viene otro.

Racó (Despues de saludar haciendo cortesias, y hablando con gravedad y mucho entono.):

Yo soi el doctor D. Juan Racó, vulgo el médico Racó, alcurnia catalana, prosapia ilustre, que mi undécimo abuelo murió en la batalla de Gerona contra los franceses al lado del rey D. Pedro III el Grande; y su padre, es decir, mi duodécimo abuelo, se halló con el rey D. Jaime el Conquistador en la toma de Mallorca. Y como no pareciese la espuela del rey moro, y encontrándola él en un rincon, que en catalan es racó, y presentándola á D. Jaime, le dijo este delante de sus capitanes: este haya caballero de dos espuelas; y en adelante te llamarás Racó de la Espuela. Y ese fue el fundador de nuestro linaje, cuyas armas son dos espuelas de oro. Sino que por abreviar hemos ido dejando la espuela. Conque ¿ quien es el enfermo?

D. Clem. Yo, señor doctor Racó: una relajacion en este hombro, ya de un mes, con un dolor que me incomoda...

Racó. Está entendido. V. esta bueno y come con gusto.

D. Clem. Sí señor.

Racó. V. no tiene la parte inflamada.

D. Clem. Poco ó nada.

Racó. A ver el pulso. (Púlsale en las dos manos) Algo de pesador, y así... un poquito de tono... Pues señor, como he dicho, está entendido. Llame V. al barbero, al sangrador, que le haga á V. de pronto media sangria: de ahí á dos horas, otra; á las seis de la tarde, otra; á las diez de la noche, otra...

(Todos manifiestan sorpresa: Felix mas, y se va diciendo):

Felix (aparte) Si mi suegro oyera esto, del otro mundo volveria y lo mataba. (Vase)

Escena 11.ª

Los mismos menos Felix.

Pacó. Señores, no hay que asustarse, que aun no he concluido. Mañana un golpe de sanguijuelas al ano, y luego en la parte del dolor un linimento de éter con babas de caracol marino.

D. Clem. Segun eso V. es alópata.

Pacó. Por la gracia de S. Carlos y el título de doctor verdadero.

D. Clem. Los homeópatas no sangran.

Pacó. Error.

D. Clem. Ni aplican sanguijuelas.

Pacó. Error.

D. Clem. No nos convierten en terneros desollados.

Pacó. Error. Porque mire V. la sangre, si llega á viciarse, es en el cuerpo humano lo que el demagogismo en la sociedad política. Porque se ha inventado el demagogismo, que es lo mismo ~~que es lo mismo~~ que igualismo, y se ha infiltrado en el cuerpo social, todo es convulsiones, todo alteraciones, alborotos y aturdimientos; como si dijeramos, enfermedades de la sociedad. Desde que la sangre dió en adulterar con los fluidos vitales y nerviosos, y con los que antes llamábamos humores, aunque yo no creo que se hayan ido de casa; ¿estamos? Porque en efecto. Supongamos que se quita de enmedio á todos los demagogos, demócratas y comunistas, el mundo quedara en una paz octaviana, si otros no lo revolvieran. Supongamos que no se pueden quitar sin envolver con ellos á los liberales progresistas, exaltados, moderados y recelosos, y que se quitaba á estos y á ellos; la misma paz resultaria, siempre no turbándola otros. O al contrario. Son los realistas, los absolutistas, los legitimistas y los católicos de fusil al hombro; digo lo mismo: se cogen, se fusilan todos, y quedamos en una balsa de aceite. Pues así la sangre. No se puede quitar ó destruir el fluido morbífico ó dañado que anda con ella solo ó sin esta; pues se saca uno y otro, porque se vence ~~[illegible]~~ la fuerza enemiga, y entonces la naturaleza cobra ánimo, forma nueva sangre pura, y el mal desaparece.

D. Clem. Hombre, hombre! Esa doctrina es inhumana: ese es mucho estrago y ruina. La homeopatia no fusila á nadie.

Nacó. Tampoco no cura nada. Mire V. Cuando yo estudiaba, soñé una noche que era médico famoso, como al fin ha llegado el caso; y que de la sangre de mis enfermos corria de mar á mar el Ebro de Zaragoza; y díje: ahora va bien; ahora somos quien somos. Esto allá en sueños. Conque lo dicho dicho, y mañana...

Escena 12ª

Los mismos y Félix. (*)

(Sale Felix en mangas de camisa con la ropilla ó chaqueta por los hombros y quejándose. Dos criadas á la puerta).

Felix. Dios mio! ay! ay!..

D. Clem. (Corriendo á él, y tambien Juanita) ¿Que tienes? ¿Que es esto?

Felix Oy! oy! Me haya el favor de retirarse (á Nacó).

(D. Clemente da á Nacó un peso duro y habla bajo con él. Nacó hace seña que lo entiende, toma el sombrero, saluda y se va).

Ay! ay! ¿Se ha ido ese bárbaro?

D. Clem. Sí, ya se ha ido. Pero ¿que tienes?

Juana. Por Dios! dígalo V. que no tiene V...

Felix. Os vais á reir, porque es nada y es mucho. Ah! Por ir mas suelto... me he quitado esta ropa... y al pasar hácia la red... sin mirar al suelo... he resbalado en unos granos de maiz, y he caido de espaldas cogiendo debajo el monton de simiente de espinacas... (se rien)

D. Clem. Tampoco no te habras roto ningun hueso, que al cabo...

Felix. Sí, es un buen mullido... Me estan abrasando... aquí en el

(*) Esta escena se puede omitir ó rebajar algun tanto.

hombro y detrás... un millon de punzas.

D. Clem. Lo creo, y te darán un mal rato; pero no será otra cosa. Puedes acordarte de Pranto el avaro.

Felix. ¿El que sacaba almas del purgatorio revolcándose en abrojos por no pedirles por no dar una peseta de limosna?

Juana. Sí, sí, aplíquelo V. por las almas, y si por cada punzada saca V. una...

Felix. El purgatorio quedará vacío. ¡Que ganas teneis de chanzas! Pues á fe que yo... Ay! ay!

D. Clem. Y ahora has despedido al médico.

Felix. Aquel? ¿Cuanto va que me mandaba sangrar?

Juana. Y cinco ó seis veces.

Felix. Si fuera el otro de los glóbulos... Pero me parece que lavándome con aguardiente...

Paco (Que sale corriendo) No señor, no señor! Porque aunque no desapruebo lo del aguardiente, hay que aplicar antes otros remedios. V. tiene abiertas las carnes con mil agujeros.

Felix. Con veinte mil. Y bien ¿que?

Paco. Que primero hay que cerrar esos agujeros y llamar la sangre á otra parte. Se abrirá V. á un tiempo las venas de las dos manos...

Felix. Se me pone en un baño tibio, y muero serenamente.

Paco. Oiga V. No sería tan gran disparate...

Felix. Con las venas abiertas! Pero V. ¿no se habia ido?

Paco. Y me voi... Porque un enfermo que duda del médico... Sepa V., señor mio, que el que resiste al médico resiste á Dios, á Dios, sí señor, y peca y grava su conciencia. Al médico, mantuerto ó derecho, se le ha de obedecer, que para eso ha estudiado y tiene la autoridad y la infalibilidad del título. Y si á uno le duele el dedo, y el médico dispone que le corten una oreja, debe dejarsela cortar.

Felix. A él las dos y la lengua le cortaria yo, y las narices, y los dedos

con que toma el pulso.

(D. Clemente hace seña á Raco y este se va diciendo):

Raco. Por V. volveré, por V., no por ese hombre obstinado. (Vase)

Felix. Gracias á Dios! La conciencia! Vaya! No sé como me he contenido tanto. Vamos á lo del aguardiente.

D. Clem. Sí, yo te lavaré, y veré si ha quedado en la carne alguna punta. Vamos.

Felix. Algo padeceré, pero será poco rato.

(Vanse. D. Clemente se lleva á Felix, y Juanita á las criadas).

Acto 2º

Escena 1ª

Rosa y Juanita.

Rosa (sentada en una silla pequeña cosiendo y cantando):

Si se casan, que se casen
Otras niñas de mi edad:
De muñecas á muñecos
Tiempo tengo de pasar.
Mi madrina me lo dice
Y yo creo que es verdad:
De muñecas á muñecos
Tiempo tengo de pasar.

(Repite algunos versos como distraida y atendiendo á la costura. Sale Juanita, le mira la labor y dice):

Juanita. Bien; mas vale así; poca y bien. Dámela, que yo adelantaré mas, ahora que nos dejan solas.

Rosa. No!... Que estaba yo tan contenta porque me parecia que iba tan bien...

Juana. Bien, sí, ya te lo he dicho. ¿Porqué no te traias la tuya?

Rosa. Porque no he pensado.

Juana. Dámela, dámela. (Tómale la labor, y al mismo tiempo se presenta D. Pepito).

Escena 2.ª

Las mismas y D. Pepito.

D. Pep. (Sin pasar de la puerta). Señorita, á los pies de V.

Juana. (Algo turbada). Sin duda V., señor médico, busca á mi padre: está en el jardin. Rosa, acompañale allá.

(La niña va hácia D. Pepito).

D. Pep. ¿Podria hacer á V. algunas preguntas?

Juana. ¿Al enfermo, yo estoi buena.

D. Pep. Si hubiera sabido que así habian de recibirme...

Juana. V. es bien recibido aquí (señalando el pecho disimuladamente), tan bien como podia V. desear. Pero el enfermo está abajo. Mire V. lo que hace y como habla, porque el mal es mucho... ¡Yo tiemblo de pensar...

Rosa. ¿Tanto mal tiene tu padre, Juanita?

D. Pep. Serénese V., que los homeópatas, y se lo aseguro á V., todo lo curamos con suavidad y facilidad.

Rosa. Me alegro.

Juana. ¡Dios lo quiera! ¡No le pido otra cosa!...

(Vase D. Pepito con la Niña)

Escena 3.ª

Juanita.

Este hombre está loco! se pierde y me pierde. ¡Adonde va ahora? ¿Y si lo conoce?... Claro: dirá que nos hemos entendido

los dos... Me ahogo de congoja... Que hubiese venido una vez... la primera vez... esta mañana... pase; algo se ha de disimular á un enamorado. Pero esto! Si me estubiera bien, me iba de casa... Con suavidad y facilidad! Qué engañado está! No conoce él á mi padre... Pues ¿y eso de médico? ¿De cuando acá es él médico? Lo mismo que yo. Ya sabemos que tambien en Madrid es abogado, y el mas famoso de todos: sino que como es tan hábil, sabe todas las cosas... Pero si al fin se ha de descubrir... se ha de saber quien es!..

Escena 4.a

Juanita y Félix.

Feliz. Supongo que tu padre subirá, ó bajo yo tambien al jardin?

Juana. Lo que V. quiera. ¿Y como está la espalda?

Feliz. Bien: alguna punzadita de cuando en cuando, pero no fuerte. Conque allá me bajo.

Juana. Vaya V., sí. Allá encontrará V. al médico de esta mañana.

Feliz. Cual?

Juana. El homeopata.

Feliz. Me alegro. ¿Sabes, Juanita, que he conocido que á tu padre le gustaba, y que quiza quizá lo admitiria por yerno?

Juana. (Con indiferencia) Bien puede ser...

Feliz. Sí; y escucha: ¿No es buen mozo, bien hecho, bien hablado, atento, y con un aire allá gracioso y al mismo tiempo muy caballero?

Juana. Todo eso es verdad; pero aun así tengo miedo á mi padre.

Feliz. Miedo! No tengas ninguno. Tú di si te ha gustado, y yo me encargo de todo.

Juana. Por Dios! déjenme Vds. en paz.

Feliz. Con tu Pepito tuyo... Pues mira, creo que lo yerras.

tanto que te quiere tu padre, y no poder ó no querer darle gusto!

Juana. (Como apurada) Sí puedo, le daré gusto... ¡si puedo!...

Felix. Vaya, vaya, sosiégate, y piénsalo bien: me bajo al jardin. Pero para tu gobierno te advierto que ese jóven le ha gustado mucho á tu padre: mucho. Tenfin... te lo dire todo. Si no te lo ha propuesto ya, te lo propondrá, y quizá hoi mismo. Mira de no darle un disgusto. Deja á tu Pepito Turo: olvídalo; no pienses en que esta en el mundo: no te acuerdes mas de él, y deja inclinar tu corazon á ese hombre que á todos nos ha prendado. A todos, menos á ti. ¡Como sois las mugeres! Eso ya no puede ser gusto, sino tema y capricho; que si gusto fuera, es imposible que no se te hubiese llevado los ojos. Por Dios, Juana, piénsalo bien: de esta eres feliz ó infeliz para siempre; y haces tambien feliz ó infeliz á tu padre. (Vase).

Escena 5ª

Juanita.

¡Habrá tormento como este! ¡Mi mismo amante! ¡Con mi mismo amante me atormentan y desesperan!.. Y queriendole tanto, no puedo decir: sí, me casaré con él!.. ¿En que pararia todo ahora mismo si le conocieran?... Ahí le tienes: ese nos gusta: quiérelo; di que sí, y te casamos... ¡Dios mio!

Supongamos que digo que me gusta, que estoi pronta á darle la mano; descúbrese que es Pepito, ¿que hará mi padre? ¿Que pensara de mí? ¿Que creera sino que entre los dos le hemos engañado y nos hemos burlado de él, fingiendose médico y yo disimulando? ¿Como nos lo habia de perdonar?...

Ya solo el callar es faltarle: ¿si no correr ahora mismo y decirle: Padre, mire v. que ese es Pepito Turo!... ¿Y si lo hiciera?... Ay! me turbo. (Sientase en una silla contra la mesa). ¡Y engañar á mi padre! hija única y tan querida! (Se apura, se compunge y llora). ¡Y estan todos allá bajo! Y quizá le habran conocido... (Se levanta) y mi padre furioso va á subir... Me ahogo... me muero!... Ya suben... los

oigo hablar... los tres... No lo han conocido. (Respira).

Escena 6.ª

Juanita, D. Clemente, D. Pepito y Felix.

D. Clem. Parece que el señor es un poco apasionado á la pintura, y mientras vienen los otros para una consulta que quiero tengan aquí, dice que hará tu retrato. Lo comenzará, porque de un dia y en poco rato no se puede hacer. Me parece bien; que nunca habiamos pensado. Ya hemos dado órden que traigan la caja de su posada.

D. Pep. Y va á llegar.

Juana. Que haga el de V., que yo el mio para nada lo quiero ni lo necesito. El de V. lo conservaré y miraré toda mi vida, y lo abrazaré y besaré para mi consuelo si llega V. á faltar antes.

D. Clem. No, no: ha de ser el tuyo: ahora el tuyo, que quiero yo ver la habilidad del señor. Otra vez...: ya lo veremos.

Juana. Pues con licencia de V.V. voi á salir un instante (Al salir dice, aparte) A ver si me tiro al pozo.

(Felix que se impone ha oido estas palabras se va y la sigue).

Escena 7.ª

D. Clemente, D. Pepito.

D. Pep. Como decia á V. Para descansar de nuestros estudios nos dedicamos dos amigos á la pintura. No crea V. que salimos grandes pintores; no ~~era~~ era ese nuestro intento; sino huir de otros pasatiempos y distracciones que rara vez dejan de llevar algun peligro consigo.

D. Clem. Yo lo creo, y mas en jóvenes.

D. Pep. Yo me incliné á los retratos, porque soi un poco fisonomista: que todo se da la mano. Así es que cuando hago un retrato, como se

mira tantas veces el rostro, y el gesto, el aire, la mirada y el ademan, conoce el genio y el carácter de las personas, y aun sus inclinaciones, y hasta sus virtudes y los vicios dominantes; y esto me satisface y me gusta sobre manera.

D. Clem. Todo me parece muy bien. Ademas en los retratos al daguerreotipo generalmente hay poca vida, y á poco descuido que haya salen estravagantes, ó con una semejanza lejana y tonta.

Escena 8ª

Los mismos. Felix y Juanita.

Felix. Señores, ha querido lavarse y componerse un poco el pelo. Mírenla Vds.

(A este tiempo llega un criado con una caja. Tómala D. Pepito (el criado se retira) la deja en la mesa, la abre, saca papel, lápices, &c. Hace sentar á Juanita contra la pared al lado de la mesa (dando la izquierda al espectador); él se sienta en otra silla cerca de la mesa dando al espectador no enteramente su derecha).

D. Pep. La cabeza así... natural... revuelta. Míreme V... alegre! Firme... Quieta...

(Y va tirando algunas rayas en el papel: borra unas, hace otras, etc. D. Clemente y Felix se acercan á mirar)

Felix. Segun veo, V. adonde quiera que lo eche la suerte se sabrá ganar la vida: y en estos tiempos todo puede servir, que nadie sabe adonde le llevarán las revueltas del mundo. Médico, pintor... digo ¿es nada? Nosotros, Clemente, solo sabemos comer y parlar.

D. Clem. No nos han enseñado otra cosa.

Felix. Sí, hombre: y á matar franceses.

D. Clem. Eso para nosotros ya ha acabado.

Felix. ¿Ya ha acabado? Que volviesen con las chanzas del año 8... Aquella música de las balas...

D. Clem. Ahora no te gustaria tanto. Somos viejos, Felix, somos viejos.

Felix. ¿Viejos? Mientras se puede mascar bien una nuez, no se es viejo.

Pero... ¿sabes que esas rayas se van ya pareciendo á Juanita? (mirando el papel del retrato por un lado de D. Pepito) ¿Porque borra V. eso?

D. Pep. Porque en rasgo daba á esta señorita mas edad de la que tiene. El retrato la hacia de treinta años, y (mirandola) si ha cumplido los... veinte y... tres...

Felix Por ahí anda. Y ¿que importaba?

D. Pep. Ya me aborreceria esta señorita para siempre, y el retrato de ello. Nada ofende tanto á las mugeres como darles mas años de los que tienen, aun los justos.

Juanita. No señor; pero guardaria el retrato para cuando llegase á esa edad.

Felix. No hables, que te retratará hablando y habremos de quemar el retrato para hacerte callar. (Riense todos). Pare V. porque si la retrata V. riendose, nos la hace V. tonta... No la haga V. mas jóven tampoco.

D. Pep. De diez y ocho años: como era á los diez y ocho años.

Felix. Y ¿que sabe V. como era?

D. Pep. Lo mismo que si ahora diésemos todos de repente ese salto atrás, y viese á esta señorita entre los 17 y los 18.

Felix. Oiga V. Retrátela V. desenamorada.

D. Pep. Yo quisiera, al contrario, retratarla y verla muy enamorada. Mire V., tengo que pasar... ¿Ve V. como le han salido los colores?

Felix. Es verdad.. Vamos, Juanita, algo es eso. Bien: ya me entiendes.

Escena 9.ª

Los mismos y el Médico.

Med. Señores... (saludando)

D. Clem. Ola! ¡Que puntual! Aun no es la hora. Pero no importa. (Al llegar el médico se levantan D. Pepito y Juanita, dejando lo del retrato)

Señores: Yo he querido juntarlos no tanto para que consul-

tame de mi dolor, que al cabo no es cosa tan grave, como para ver qué médico, ó mas bien qué sistema ó método podria convenirme, ó me pareceria que me conviene para mi familia.

Felix. Y para la mia.

D. Clem. Hemos oido hablar de la homeopatia y no sabemos qué es. La otra medicina que ahora dan en llamar alopática, ya sabemos á qué se reduce.

Felix. A sangrias, sanguijuelas, sinapismos, cantáridas, vomitorios, purgas, quinas y quininas, sulfos, sulfatos y sulfatos, cosas todas tan rancias, que las saben ya hasta las comadres.

Med. Pero doce años de estudios, doce años de carrera, no los tienen las comadres.

Felix. Y luego, á los veinte, á los treinta años de práctica dicen los médicos viejos que entonces empiezan á entender un poco la medicina. ¿Que sabian pues hasta entonces?

Med. Eso es vanidad, estimacion propia, orgullo, egoismo, y desprecio ó envidia de los demas. Pero en efecto, el que una medicina sea vieja... Por ejemplo: si las purgas y las sangrias curaban en tiempo de Hipócrates, que hace mas de dos mil años, no por ser viejo su uso, y curando tambien ahora, debemos dejarlas nosotros.

D. Clem. Bien dicho! Me alegro, señor médico. Solo que aquí en esta casa, ó mejor, en estas dos familias que por amistad somos una sola, no gustamos de sangrias.

Felix. No señor. Ya he dicho á V. esta mañana, que segun mi suegro, solo hay dos sangrias buenas. Si V. viene alguna vez por mi casa, las haré delante de V. y no le pesará de verlas, se lo aseguro. Por ahora vaya V. diciendo esas cosas, que en verdad nos han gustado.

Med. Pero VVs. hablan de homeopatia y de métodos: para eso habia de haber aquí un médico homeópata.

D. Pep. Puede V. hablar y decir lo que guste.

Med. Ha! es V.? Me alegro: no le conocia á V.

D. Pep. Soi recien-llegado.

Escena 10.ª

Los mismos y Nacó.

(D. Clemente llama, pide luz, y una criada saca dos bujías, mientras los otros siguen el diálogo).

Felix. A punto. El señor es tambien alópata, y segun se ha explicado esta mañana sabrá defender su bandera.

Nacó. Usque ad sanguinem. ¿Quien es mi Héctor? (Con afectacion y menos en toda esta escena).

Felix. Porque sepan Vs. que ademas de pagarles esta consulta larga y generosamente, como acostumbra mi amigo D. Clemente, quiere saber qué medicina prefiere, si la alopatia ó la homeopatia. Por q. el señor (por D. Pep.) es médico homeópata.

Nacó. Homeópata!.. Y, quien ha dicho á V. que los alópatas nos dignasemos tratar de profesor á profesor con un homeópata?

D. Clem. La razon. Porque profesando todos la misma ciencia, y siendo esta una, y tan ciencia con un nombre como con otro, los que crean seguir la verdad deben arguir, combatir y destruir el error para honor de ellos y bien de la humanidad. Ademas, señor Nacó, la rivalidad de las escuelas, ni el odio de los profesores entre ellos, no da dignidad á ~~la profesion~~ nadie, ni decoro y respeto á la profesion; antes la desacredita á nuestros ojos. Porque no respetandose ellos entre sí, y mas tratandose del modo que se tratan, ¿quien ha de respetarlos?. ¿Que hemos de pensar de unos y de otros los que solo podemos juzgar por lo que les oimos?

Yo no tengo autoridad para mandar á Vds. que hablen ó dejen de hablar, ni me ocurre: sino que se lo pido por favor, y creyendo que el honor y la propia estimacion, y la que me Vds. hago yo de la profesion, los obligaria. Si me he engañado, pueden Vds. retirarse, respetándome pensar lo que me parezca y admitiendo desde hoy á los homeópatas para mi familia.

Felix. Y para la mia, que es una misma con esta; y para las de muchos parientes y amigos.

D. Clem. Pregunte Vd.

(Divídense: Felix, Juanita y D. Pepito á la derecha del espectador se juntan y hablan en voz baja: los dos médicos á la izquierda dando Nacó su derecha al compañero, y hablan como aparte y de modo que los demas no lo oigan. D. Clemente, solo en el fondo mirando á unos y á otros).

Nacó: ¿Y entraremos, compañero, en la disputa?

Med. ¿Yo creo que en el punto á que esto ha llegado no lo podemos escusar. ¡Y ese D. Clemente es tan caballero...

Nacó. Es que yo, la verdad, no estoi muy puesto en la doctrina homeopática. Ya sabe V. que D. Coloquintio decia que un alópata debe mirar los libros de los homeópatas como un verdadero católico los libros de los herejes.

Med. Pues yo apesar de eso los he leido, y no me parecen de herejes. Pero ya no tiene remedio. Y ahora á defender nuestra causa viribus et posse.

Nacó. Eso. Pero me han dicho una cosa. Me han dicho que este D. Clemente es muy rico; y bien se ve en la grandeza conque paga las visitas; á peso duro! cuando en esta ciudad el que mas las paga á peseta. Pero hay mas. Es aficionado á los médicos, y me han asegurado que quiere casar la hija con médico. De modo que ese dolor y esta consulta bien podria ser que fuese todo pamema y pretexto para conocernos, y al fin decir al que le parezca bien: V. es mi yerno. ¿Que se le da á él de la alopatia ni de la homeopatia?

Med. ¿Eso tenemos?

Nacó. ¡Sí, compañero. Y que muchacha! Eso es un sol! Y los cuarenta ó cincuenta mil duros de su padre! Eh? Pero no nos la han de birlar ese otro: ó para V. ó para mí. Eso! Y á nosotros! Ceniza, añicos ha de salir de nuestras manos. Conque ¿estamos?

Med. Sí.

Nacó ¿Conformes?

Med. Sí señor.

Nacó. Pues Santiago y á ellos!

(Vuélvense y dan á entender que estan dispuestos, formando todos un semicírculo imperfecto).

Med. Señor D. Clemente: la nobleza de V. nos obliga mucho, y por darle gusto entraremos en la disputa; en la cual, como Vds. conocen, no parece que hayamos de ahondar en la ciencia ni tratar los puntos en que difieren nuestras escuelas de un modo científico. Porque al fin Vds. lo que es la ciencia no pueden entenderla.

Raú. Eso es claro.

D. Clem. Con que Vds. nos hagan entender algo de las ventajas ó desventajas en cada una, de modo que podamos preferir con alguna razon y conocimiento, nos damos por satisfechos.

Med. Pues diremos no mas de aquello que baste para que Vds. puedan formar juicio, y con la mayor sencillez y llaneza posible.

En primer lugar pues, la medicina alopática...

Raú. Aguarde V. compañero. Traigo aquí un prospecto que quiero lo vea el señor (mirando á D. Pepito. Saca un papel y lee): «Proezas de un médico homeópata.» Aquí verá V. las astucias y los disparates de un médico de su escuela.

D. Pep. Tambien yo tengo un prospecto semejante á ese. (Saca un papel y lee): «Fazañas de un alópata.» Aquí verá V. lo que puede la ignorancia y la temeridad.

Raú. (Sacando otro papel). Pues, ¿este otro? (lee): «Sueños de Hanheman.»

D. Pep. Igual á este que yo tengo. (Saca otro papel y lee): «Campañas de Broussais.» Y este (saca otro): «Aventuras de una sanguijuela contadas por ella misma á un sapo, de botella á botella, en casa de un médico alópata.» Y este (saca otro): «Hoja de servicios de una geringa.» (Recoge todos). Y este otro: «Amores y travesuras del ~~[illegible]~~ anillo de un alópata.»

Raú. V. se burla, caballero.

D. Pep. No señor, no me burlo. Hemos formado una empresa literaria seis médicos homeópatas, y cada uno hemos inventado un título y obligádonos á componer cada uno su obra. Estan escritas; pronto las verá V. impresas. Y algunas en el teatro, porque son comedias.

Nacú. ¿Y si nosotros nos juntamos tambien y componemos otras obras, mas y mejores que esas, y así mismo comedias y tragedias?

D. Pep. Iremos á quien más pueda y valga.

Nacú. Pues iremos. Compañero, V. y yo seremos dos.

Med. Sí, pero eso mas de espacio.

Nacú. Es verdad: ahora á lo que estamos. Diga V. diga V. lo que iba á decir, que yo le he cortado la palabra.

Med. Pues decia, señores, que la medicina alopática...

Nacú. Que es la verdadera...

Med. Es tan antigua como el mundo.

Nacú. ¿Que dice V. á eso, señor homeópata?

D. Pep. ¿Que tambien son tan antiguas como el mundo las tercianas y las pestes, y por eso no dejan de ser dos cosas muy malas.

Nacú. Pues señor, quedamos enterados.

Med. En segundo lugar...

Nacú. Verán, verán Vds. ahora.

Med. Han profesado la alopatia todos los hombres mas grandes que ha tenido la ciencia.

D. Pep. Tambien todos los mas pequeños, como que no habia otra. Antes de criar Dios la luz todo estaba á oscuras.

Nacú. ¿Que tienen que ver aquí la luz y la oscuridad? Señor homeópata, V. va de rota.

Med. El principio fundamental de la alopatia es cosa dada por la misma naturaleza; á saber, la ley de los contrarios.

Nacú. ¡Eso, eso! Sí señor, la ley de los contrarios.

Med. Porque naturalmente cuando tenemos frio buscamos el calor, y cuando calor, el frio; y si hay sobra de un líquido...

Felix. Menos de sangre, que nunca hay demas.

Nacú (Con desden). ¡Menos de sangre! ¿Que lo sabe V.? A ver, señor homeópata, qué responde V. á eso del calor y del frio.

D. Pep. De una vez hubiera respondido á todo. Pero entre tanto diré que ese principio, lo que es por la naturaleza, es verdadero; segun lo entiende, y segun y lo aplica la alopatia, falso.

Nacó. Pues hemos concluido. Un hombre que dice que tres y dos pueden ser cinco, pero que realmente son seis, ¿qué le hace V.? Un hombre que niega que el calor se quita con el frío, y el frío con el calor... Esto, señores, es para desesperarse.

D. Pep. Pues no se desespere V., ni quiera entender mal lo que yo digo bien, porque eso no es lealtad. Además bien antiguo, bien vulgar y de todos sabido es, que el que está á punto de ~~[illegible]~~ entorpecerse por el rigor del frío, vuelve en sí y recobra el movimiento y la vida frotándolo mucho y todo él con nieve: el que se quema cayendo en el fuego ó con agua hirviendo, si pone la parte quemada en agua fría, siente un alivio momentáneo, sí, pero le daña mucho y empeora; y lavándola bien con aguardiente, se alivia en realidad y se cura pronto: y el que tiene mucho calor y sed...

Nacó. Se atraca de bacalao y de sardinas bien saladas.

D. Pep. No señor, sino que bebe antes vino ó aguardiente.

Nacó. Llámelo V. hache. (Mientras todos se rien, él se vuelve á su compañero, y de modo que los demas no lo oigan le dice): Si no le echo encima las sardinas y el bacalao, nos revuelca.

Med. El remedio heróico...

Nacó. A ver, á ver ahora.

Med. De las emisiones sanguíneas...

Felix. Ya, ya: las sangrías

Nacó. Sí señor, las sangrías, las sanguijuelas y los demas modos que hay de espumarla, depurar y normalizar la sangre.

Felix Si V. me prueba la utilidad de las sangrías...

Nacó. Por probada. Oiga V. Cuando un pueblo se altera, se desmanda, se alborota, se amotina y cae en la anarquía, siempre es obra de unos cuantos revoltosos; pero el pueblo por sí no puede con ellos, y todo sucumbe á la bullanga. Entonces el gobierno envía allá fuerzas, prende una docena, ó dos, ó mas, de aquellos alborotadores, los fusila, y el órden se restablece. Así el médico. Se altera, digamos, se amotina la sangre; el cuerpo no puede con aquella violencia, y cae en enfermedad: entonces va el médico, manda una, dos, tres ó mas sangrías, va fuera la sangre morbosa, es decir, la alborotada, recobra

la naturaleza sus fuerzas, y el cuerpo queda libre de la enfermedad.... No menee V. la cabeza (á Felix), que V. no lo entiende. Y mas que no he concluido. Vuelve el pueblo á alborotarse; vuelve el gobierno con su fuerza, fusila ciento, mil, diez mil de aquellos díscolos, y la ciudad respira y queda sosegada. ¿Tornan á alborotarse? Vuelve allá, y fusila otros tantos. ¿Otros tantos? Si la ciudad tiene cien mil habitantes, fusila noventa mil, y los demas le dan las gracias. Y si esos diez mil que quedan se rebelan, va allá, los fusila tambien, y queda en paz la tierra. (Se pavonea por su rasgo de elocuencia)

Felix. ¿Y el enfermo?

Rací. (Mira á Felix con desden y no le responde. Pero saca un libro, hojea muy aprisa y lee): «Sobre todo ten presente que la sangre es el mayor enemigo del hombre; despues entra el amor.» (Cierra el libro y se lo mete en la faltriquera). No tratamos ahora del amor, sino de la sangre. Esto lo escribe un autor famoso; y son consejos que un médico muy sabio daba á un discípulo.

Felix. ¿Como se llama ese autor?

Rací. No ha puesto el nombre: pero eso no importa para la doctrina.

Felix. ¿Sabe V. lo que le quiero decir? Que el médico que dijo eso, si alguno lo ha dicho, era un bárbaro, y el que lo escribió, un burlon.

Rací. Es decir que para V. no hay libros. Bien se conoce que ha visto pocos.

Felix. No tantos como V. sin duda; pero en fin aun estudié algo.

Rací. Pues eso algo sobra. Compañero, siga V.

Med. Las dosis de la homeopatia...

Rací. Ahí, ahí: las dosis de la homeopatia. Poca ciencia, compañero, poca doctrina: ponga V. comparaciones. Yo, yo voi á hacerlo. (Se adelanta un paso). Pues señores: supongan Vds. que el anís cura los flatos. Pues bien: los homeópatas (para que Vds. lo entiendan) toman un grano de anís, un grano, un solo grano

de anís, lo echan en un caldero con diez arrobas de agua... ¿Están Vds.? un grano de anís en diez arrobas de agua! Y cuece allí diez horas. De aquella agua toman después una cucharadita, échanla en otro caldero de agua tan grande como el primero, y la revuelven puesta al fuego otras diez horas. Digo, ¿cuánta virtud del anís habrá pasado del primer caldero al segundo con aquella cucharadita? Pues todavía no hemos acabado. De ese segundo caldero toman una gota de agua y la echan en otro mucho mayor, como si dijéramos en el lago de Méris; y luego van y mojan en el agua de aquel lago unos granitos de azúcar de leche, y esos de uno en uno ó de dos en dos es lo que dan al enfermo para curarle los flatos, con la virtud de aquel primer grano de aníííís. (Ríense todos).

Por manera, que solo falta que esos señores añadan algun ensalmo en sus curaciones, y digan (señalando eso la palma de la mano izquierda con el índice de la derecha): globulillos, globulillos, por la virtud que Dios os ha dado, que cureis los flatos á esta muger. (Ríense todos).

Está V. muerto, señor homeópata: y no replica V. si no baja el que sacó á Lázaro del sepulcro.

D. Pep. Pero en fin, aunque esté muerto, ¿me permitirán Vds. hablar?

Nav. Eso sí; porque lo de muerto ya ve V. que no se entiende de esa manera.

D. Pep. Yo quisiera que aquí se depositase algo qué para premio del vencedor. Yo me caso... quizá dentro de dos dias.

(Sorpresa en todos)

Nav. Que sea muy enhorabuena.

D. Pep. Mi esposa futura tiene de doce á quince mil duros de dote.

Nav. Más enhorabuena!

D. Pep. Y desde ahora puedo disponer de ese dinero, seguro de que ni ella ni mi futuro padre político han de desairarme. Pues bien: yo pongo esos doce mil duros, y seis mil que tengo mios en dinero contante, contra la mitad, contra dos mil, contra mil, que rebato ese argumento, ese falso y ~~[illegible]~~ traidor argumento de los calderos, y que el muerto y el sepultado ha de ser V. y su alopatía.

Raw. ¡Yo muerto y sepultado! ¡Ah guapo! Veremos, veremos. En cuanto á centro de la apuesta, ya conocerá V., caballero, que tener nueve mil duros ni dos mil, ni aun mil, un médico jóven de un año de profesion, ni entre los dos que estamos aquí, eso, señor mio, eso... ya ve V. que es ... una peripecia. Pero hay otra cosa que vale mas, y es el honor. (poniendose la mano en el pecho).

LEGADO DE LA TESTAMENTARIA DEL SR. GARCIA ARISTA

D. Pep. Uno y otro iba en la apuesta, y mas aun el honor, el cual queda ahora solo en ella. Hagamos pues otra prueba. Señáleseme un barrio de la ciudad, de mil, de dos mil vecinos: señálese otro igual á dos ó mas alópatas; y al cabo de un año, yo daré la cuarta parte menos de muertos, tres cuartas partes menos de gastos, curadas una tercera parte mas de enfermedades de la misma naturaleza, y ninguna convalecencia penosa ó que pase de ocho dias. Y si esto no cumplo, si en esta prueba soi vencido, saldré desterrado del reino para siempre, y entregaré el título de médico para no ejercer mas la profesion.

Raw. Yo le diré á V. La prueba no seria mala: y si el ayuntamiento de la ciudad la quisiera hacer, creo que se ocuparian citas y citados, y que habria menos farfantonadas y contrapuntos entre nosotros. Pero eso no está en nuestra mano; eso no es para hoi ni para mañana; y ahora, en este caso y acto está empeñada la disputa por el honor de V. y el nuestro; y lo que V. debe hacer es responder al intento y defender ese grano de anís que de caldero en caldero ha ido á parar al lago consabido.

D. Pep. Voi, y prevéngase V. En primer lugar pues, digo, que eso de tener el grano de anís á otra distancia del modo que V. ha dicho, para hacer lo que llamamos tinturas madres y despues las diluciones en todos sus grados, no lo hacemos; y es falso, falsísimo todo lo que V. ha dicho sin que haya una sola palabra de verdad. Vaya V. á ver elaborar nuestros medicamentos, y no tendrá ocasion de decir esas maliciosas vulgaridades. ¿Ha ido V.?

Raw. (Con menos tono ya). No señor.

D. Pep. Pues no debia V. haber hablado. ¿Ha leido V. nuestra farmacopea?

Raw. No señor.

D. Pep. ¿Y se atreve V. á hablar de ella? El que impugna falsa y calumniosamente, ¿qué nombre merece?

Pasemos al otro argumento. Redúcese á que dosis tan pequeñas como las que nosotros usamos no pueden producir ningun efecto.

Raió (tambien muy templado) Eso mismo.

D. Pep. Responda V. pues. En una epidemia, hablando en general, ¿en donde suelen estar los miasmas que producen el contagio, sea su origen el que fuese?

Raió. En el aire.

D. Pep. ¿Y por donde entran en nuestros cuerpos?

Raió. Por la aspiracion y por los poros.

D. Pep. Y reduciendo á volúmen ponderable la cantidad de los miasmas que á un cuerpo lo enferman, ¿cual piensa V. que seria ese volúmen y su peso?

Raió. ¿Compañero? ¿Que decimos?

(El compañero se encoge de hombros y no responde nada).

D. Pep. Sin embargo, aquella pequeñísima cantidad de aire viciado inficiona el cuerpo y lo mata. Pues así obran en la salud las dosis homeopáticas, preparados los medicamentos del modo que nosotros los preparamos. Responda V.

Raió. Compañero? (El compañero se encoge de hombros). ¿Y piensa V. que eso no tiene respuesta? La tiene, señor, y contundente. Y es que los efectos de la fuerza del contagio los vemos, y los de las dosis homeopáticas no los vemos. Por consiguiente no existen. Y contra los hechos, señor mio...

D. Pep. Ustedes no los ven porque cierran los ojos. Venga V. á mi visita conmigo dos ó tres dias, y los verá si no quiere ser ciego.

Raió. Aguarde V., que ahora me ocurre la respuesta y satisfaccion del argumento de la peste. Y á esto no tendrá V. que contestar. Los miasmas de un contagio, aunque reducidos á un volúmen ponderable seria pequeñísimo, producen la infeccion porque encuentran al cuerpo dispuesto; y comprendida la sangre y demas fluidos, el mismo calor y movimiento de esta los trabaja, los esparce, los dilata y fomenta en su daño, y de ahí la enfermedad y la muerte.

D. Peq. Pues eso mismo sucede en sentido contrario, esto es, en el de obrar la salud, con los medicamentos homeopáticos, por su afinidad con la causa ó naturaleza del mal, y por la ley de los semejantes. De modo que el argumento q. V. hace contra la homeopatia, es en pro de ella. El señor (por D. Clemente) padece ese dolor: supongamos que yo al designar el medicamento lo yerro: tómalo el señor; y como no encuentra afinidad con el mal, no le produce ningun efecto, ni bueno ni malo, sino que pasa de largo, por no verificarse la condicion de los semejantes. Pero he acertado: entonces el medicamento es atraido de la causa morbosa, y la combate y destruye sin atacar ni empecer parte alguna ó sistema del cuerpo.

Nacó. Sírvase V. explicar eso un poco mas. (Se pone á escuchar con mucha atencion levantando la cabeza y volviéndola un poco á un lado como para no distraerse).

D. Peq. Si señor, lo haré. He dicho y repito que los medicamentos homeopáticos obran por semejanza. Y pues explicarlo fisiológicamente seria largo y hemos convenido en escusar esto lo posible, me valdré de comparaciones comunes, como V. mismo ha propuesto, para que todos lo entiendan. (Señales de aprobacion en todos).

Apagamos una vela: si luego antes de enfriarse, y mas si queda algo de fuego en ella, acercamos otra encendida, antes que la llegue á tocar ya se enciende. (Señales de aprobacion). Pero si la dejamos enfriar, ya no se enciende asi. Aquello pues es la homeopatia. Y cuanto mas calor y mas fuego hay en la pavesa, que es, cuando mas fuerte y aguda, cuando mas declarada es la enfermedad, mas pronto prende la llama; es decir, produce su efecto el remedio. (Nacó sacude la cabeza).

Por manera, que entrado el medicamento en el cuerpo, naturalmente en virtud de la accion misma de la sangre y de la vida animal, y por la ley de los semejantes, es atraido irresistiblemente por la causa morbosa, y va allá y se incorpora con ella y la destruye. (Nacó el mismo meneo).

El hierro busca al iman, y el iman atrae al yerro. La atraccion general de los cuerpos, más especial y determinada en algunos; la simpatia física y moral de las personas; las cristalizaciones que nos ofrece la tierra; los fenómenos de la electricidad; todo el órden de la

creacion, conservacion, propagacion y transformaciones de los seres animados é inanimados, se funda en esta misma ley de los semejantes, llamada en unos atracciones, en otros afinidad, en otros simpatia...

Raú. (Volviéndose y luego tomando la misma actitud). Vaya, vaya; menos bombo y mas música.

D. Pep. En fin la ley de los semejantes obra en nuestro sistema curativo lo mismo que obra el amor en dos jóvenes que se quieren mucho. Logran verse por fin; cerca el uno del otro; se miran, callan, y arden sus corazones; sienten un impulso violento; dudan, vuélvense á mirar, vence la pasion, y sin poderse detener y movidos á un tiempo del mismo afecto se arrojan el uno al otro y se abrazan con violencia.... (Y diciendo esto abraza con fuerza á Juanita y ella á él. Se desasen: ella avergonzada se sienta y se cubre el rostro con las manos).

Raú. (Volviéndose de pronto). ¿Y esa es la homeopatia?

D. Clem. (Furioso á su hija). ¡Infame! (Y va á correr contra ella: detienele Felix: D. Pepito se queda mirando á tierra). ¡Infame! Y V. caballero... (á D. Pepito señalándole la puerta: D. Pepito se está inmoble: D. Clemente quiere ir hácia él y le detiene tambien Felix).

Raú. Compañero; ¿quien ha ganado?

D. Clem. (A los dos médicos). Señores, Ustedes ven de qué modo tan indigno se han burlado de mí ese mal caballero y mi hija. Pueden Vds. retirarse: pero mañana entre siete y ocho los espero aquí sin falta: sin falta, señores, como amigos y como médicos; y les suplico tengan callada esta infamia de mi casa.

Raú. Somos caballeros.

Med. Sr. Don Clemente, sentimos este disgusto: la sorpresa, y aun la afrenta, ha sido igual para todos. (Hacen cortesia y se van).

Escena 11.ª

Los mismos menos los dos médicos.

D. Clem. (Mirando con ira á su hija). ¡Conque enamorada de uno y manceba de otro!...

Juana. (Llorando y con ~~[illegible]~~ tristeza). ¡Ay! ¡no!

D. Pep. (Con alguna resolucion). Sr D. Clemente...

D. Clem. (Sin dejarle hablar). ¡Le he dicho á V. que se fuese!...

D. Pep. (Tomando el sombrero y mirando á Juanita). ¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana! (Se va precipitado)

Escena 12ª

D. Clemente, Félix y Juanita.

D. Clem. (Dirigiéndose á D. Pepito que habrá ya desaparecido). Yo te libraré de entrar en esta casa.
(Volviéndose á su hija que permanecerá sentada llorando).
¡Así, malvada, así se engaña á un padre, y á un padre como el tuyo! ¡Así echa á barato la verguenza una doncella bien criada!... ¡Bien criada! lo creia; y tú, hipócrita, debajo de esa apariencia ocultabas tanta liviandad! (Juanita solloza fuertemente).

Felix. ¡Juana! ¡Que has hecho!

D. Clem. ¡Perder su honor para siempre, y destruir la paz y el contento de mi vida! Eramos la envidia de la ciudad; ya en adelante seremos la burla de todos... Pero yo obraré de modo contigo... ¡Cásate! ni con ese ni con el otro. Bien que aquel, como hombre de talento, y muy pundonoroso, porque esto no se le puede negar, en sabiendo esta maldad, te despreciará y escupirá..., porque yo, yo mismo, se lo voi á escribir. Y tú entre tanto...

Felix. ¡Nada prouncies! ¡Ten valor! ¡Sé hombre! Ya ha pasado el primer movimiento: ya puedes reportarte. No te desmientas á ti mismo. Y pues aquí y á estas horas nada podemos hacer, encierra á tu hija en su cuarto, y vamos los dos al tuyo, tomarás luego algo; y cuando te deje sosegado en lo posible, me iré á mi casa. Ya sabes que no puedo faltar de ella en la noche. Y mañana con el dia me tienes aquí y deliberaremos. Ahora nada, nada, por Dios, Clemente...

D. Clem. ¡Hija ingrata! ¡hija perdida!

Felix. Sí, bien, es verdad: pero eso ya lo has dicho y siempre dirás lo mismo.

D. Clem. (á su hija). Ande V. á su cuarto.

(Juanita se levanta y cae en otra silla: acude Felix, la toma del brazo, la ayuda á levantarse y se la lleva. D. Clemente la mira, y cuando han desaparecido va á la mesa, rasga con ira el papel que se supone del retrato bosquejado de Juanita, y cogiendo la caja y lápices lo arroja por el suelo, toma una bujía y se va).

Acto 3.º

(La misma sala, pero oscura, como estando aun todo cerrado por ser el alba).

Escena 1.ª

D. Pepito.

(Abre poco á poco la puerta y sale descalzo, ~~[illegible]~~ pisando quedo y con las botas en la mano ó debajo del brazo, y ~~[illegible]~~ dirigiéndose al balcon ó vidriera para abrir, se detiene y dice):

Abrir... ¡no!; que si alguien entra de repente, puedo esconderme allí en cualquier rincon de pronto. Y aquí... en levantándose van á venir al punto, pues no saben estar en otra parte... Locura fue, lo conozco; pero ya no tiene remedio. ¿Y lo que hago ahora?... lo de esta noche en fin... Porque si la hubiese maltratado, rompo el balcon y allí nos viéramos. Afortunadamente he podido encaramarme á él desde la tapia del jardin. Pero nada ha sucedido: la he oido llorar cinco ó seis veces, sola en su cuarto...; nadie la ha molestado. ~~Sólo falta que alguna criada baje por allí, y encuentre mis botas y el sombrero... Es verdad que no madrugan tanto... Pero con lo de anoche ¿quién habrá dormido en esta casa?... Me voy, ¿para observar lo que pase lo mismo estaré por abajo de mi cuarto en escondite~~... ¿Y si entra allí ~~alguna criada... ó criado... Ah, ellos [illegible] y callarán. Entre tanto, si algo sucede, me presento, y rompo los vidrios. ¡Y... viene... Demonio! ¿Y ahora?~~... ¿Y D. Clemente que

usa... El es.
(Junta poco á poco la puerta y se coloca de modo que al abrirla quede detras y cubierto con ella).

Escena 2ª

D. Clemente.

(Abre la puerta, se dirige al balcon ó ventana, y entre tanto D. Pepito sale de detras de la puerta y se va. D. Clemente abre la vidriera y va entrando la luz del dia).

Lo creé de no hacer quedar á Felix... Pero su hermana tan delicada siempre... (Se sienta contra la mesa y respira). Cuando uno oye contar de otros, aunque sean casos mucho mas fuertes, los juzga leves y dice: bah! cosa natural... Hombres y mugeres. ¿Y que es eso?... Y hace uno el estóico. Pero si son en la familia, si en personas propias, ya no hay filosofia.

Si esto hubiera sucedido á otro, diria yo: mal hecho: faltó la hija al respeto de su padre y de las personas que ~~estaban~~ se hallaban presentes; pero ya ¿que remedio? Cásenlos, y si son infelices, no daran la culpa á nadie. Y el padre deles lo que quiera, ó no les dé nada; pero cáselos, sáquelos de delante, y no pierda por eso la paz y la tranquilidad... Esto diria yo si á otro le hubiese pasado. ¿Como pues no me lo digo á mí mismo?

¡Oh, que está herido el amor de padre! Está ofendido mi amor propio; mi dignidad de padre ha sido insultada! Y ademas han venido á tierra mis esperanzas de una vejez apacible y llena de satisfacciones con una hija casada á mi lado, y tan virtuosa como la creia...! Pero... lo mismo le pasaria á otro... lo mismo podria decir...

Sinembargo es necesario este sentimiento, porque es la voz, el testimonio y como la queja de la virtud ultrajada; y así cuidamos de ella en nosotros y en los nuestros, y... la vengamos si la ofenden... Sentimiento es pues justo, sentimiento recto, sentimiento legítimo, como ley de la conciencia, como el ay de la virtud recordándonos

la estimacion que damos á su excelencia y hermosura.

Pero, ¿que fué aquello?... Un jóven que me tenia encantado, que sin conocerle, ya en mi mente le tenia dada la hija y lo habia hecho señor de mi casa!.. Desde parecia que lo hubiese criado Dios para mi hija, y para mi gusto y genio..!. Qué habrá sido esto?... ¿Que engaño han padecido mis ojos?.. ¡Qué vida se me espera!...

Me parece que han llamado... y será Felix. Ahora veremos qué es lo que yo puedo y debo hacer de esta hija que así ha tratado su honor y el mio.

Escena 3ª

D. Clemente y Félix.

D. Clem. Me alegro.

Felix. ¿Como ha ido?

D. Clem. No ha habido novedad. Ella está allá encerrada.

Felix. ¿Y no has entrado?

D. Clem. No.

Felix. ¿Y si le ha sucedido algo?

D. Clem. ¿Qué puede ser? ¿Qué de una congoja se haya muerto? Poco perdíamos. Una hija sin honor mas vale muerta que viva. Te aseguro, Felix, que la enterraria sin dolor, y no sé.. no sé, Felix, si me alegraria.

Felix. No, eso no. ¿Quieres que vaya á verla?

D. Clem. Aguarda, que antes hemos de determinar lo que hacemos de ella.

Felix. ¿Ya lo has pensado?

D. Clem. Sí; á ver lo que te parece. Desde luego hoi mismo encerrarla en un convento para siempre... Y si ese jóven, sea quien quiera, porque aun no sabemos sino que es médico, la saca y se casa con ella, no verla mas tampoco ni darles nada. Ya sabes tengo pensado lo que he de hacer de mis bienes si llegase á faltar mi hija.

Felix. Por de pronto, bien. Pero yo creo que nada se perderia

de saber quien es aquel jóven, y cómo se han querido y entendido tan aprisa.

D. Clem. Tan aprisa!... Para nosotros, no para ellos, porque es imposible que en dos ratos que ayer se vieron y siempre delante de nosotros, se criase ese amor, se entendiesen así y se arrojasen á tal desenvoltura. Porque de lo contrario ¿ que podríamos pensar de mi hija?

Felix. Pues por lo mismo deberíamos procurar saber este misterio.

D. Clem. Y al fin ¿ qué se logra? Por eso mi resolucion no mudaria. Sea quien quiera.

Felix. ¿Si ella fue sorprendida y lo abrazó así de repente sin saber ni pensar lo que hacia? Fue aquello una cosa que ni nosotros sabemos esplicarla ni qué fue aquella escena.

D. Clem. (Meneando la cabeza). No puede ser. Si por broma hubiera sido, en broma y vista hubiera parado. Sobre que así en chanza no abraza á un hombre una doncella honesta.

Felix. Y él se despidió de ella hasta hoi.

D. Clem. ¿Ves como no fue chanza? Trabajo pues tendrá para entrar: hay órden de no abrirle, con intimacion á todos los criados y criadas que los echo de casa si aquel hombre llega á pisar el umbral.

Felix. Estará en acecho y os seguirá; y lo menos será apartarte tu del convento, ó ya la sacará por la justicia manifestandola en otra parte.

D. Clem. O se veira y no pensará mas en ella, como hacen esos jovenes traviesos y sin honor que las engañan. Porque esa misma facilidad y ligereza la hará despreciar, no siendo tonto, como no es. Y en fin lejos de mí, que hagan lo que quieran. Harto de penas y cuidados.

Felix. Que trastorno! ¡Que esperanzas tan burladas! Pero á veces, Clemente, á veces, amigo mio, tambien los padres erramos contra los hijos. Si la hubieras dejado casar con Tuero...

Clem. No podia.

Felix. Por una aprehension no mas.

D. Clem. Pero me podia tanto. Lo habia visto en el banco de su padre con el martillo.

Felix. Y si hubiera sido hijo de un sastre, lo hubieras visto coser; si de un carpintero, andar con el cepillo y la sierra; y si de un labrador, cabar en el campo. No nace el hombre de quien quiere. Ni el nacimiento, como tú mismo has dicho mil veces, da ni quita mérito verdadero. Lo viste en el banco de su padre! ¿Y que? era baldon ó de afrenta? ¡Y sea lo que quiera: tambien lo pudiste ver despues en las cátedras de la universidad, y con la borla de doctor ganada por su sola aplicacion y virtud... Tambien lo viste celebrado de todos en la ciudad, estimado y honrado de todos, querido de grandes y pequeños.

D. Clem. Todo eso es verdad, lo confieso. Y conocia entonces, y conozco ahora y confieso, que hice mal: pero ya no tiene remedio; ya, Felix, eso no tiene remedio! (Con sentimiento). Lo que ha pasado, ha pasado. (Sacan el chocolate para los dos. Felix manda á las criadas que dejen las jícaras y los vasos en la mesa y que se retiren. Retiranse, y él va y cierra la puerta).

Felix. ¿Y con ella; ya han contado?

D. Clem. No lo sé; es regular. Pero tengo yo la llave. (Van tomando el chocolate). ¿Sabes lo que ella hace? Pues no lo dudes: esta allí deseando morirse de repente, y que cuando yo entre la encuentre muerta. Y esto, no de arrepentimiento, sino de ira, de rabia, de desesperacion. Así son las mugeres. Y primero se dejaria degollar, que tomaria un sorbo de chocolate ni de caldo, por darme pesadumbre. Por eso he dispuesto que venga el coche muy pronto; y allá entre las monjas, cuando se haya hartado de llorar, si es que llora, irá tomando alimento; y si no,... que se muera, y concluye todo.

Felix. No puedo sosegar: no puedo menos de ir á ver lo que le ha sucedido. Dame la llave.

(D. Clemente le da una llave y queda tomando el chocolate: vase Felix, y de alli á un ~~rato~~ poco vuelve trayendo á Juanita del brazo. Ella

viene pálida, abatida, andando con dificultad, destrenzado el pelo, y con la misma ropa y traje del dia anterior, pero del todo descuidado. Al llegar baja el rostro, llora y se sienta en una silla).

Escena 4.ª

D. Clemente, Félix, Juanita.

D. Clem. Vas á ir á un convento, como te habrá dicho Felix. Qué convento es, al llegar lo sabrás: pero para tu inteligencia te advierto que es para siempre! Esta casa no la verás mas..., ni á tu padre..! ~~[illegible]~~

Escena 5.ª

Los mismos y Racó.

(Se advierte que Racó ya no es afectado como en los otros actos).

Racó. Buenos dias, señores... El compañero no ha querido venir; pero yo dí palabra y la cumplo... Oeo sinembargo que mi presencia... puede ser molesta...

D. Clem. No señor. Dije á Vds. que viniesen como amigos, y los amigos no estorban. Ademas, Vstedes fueron testigos de la desenvoltura de mi hija, y ahora lo sea V. del castigo que le da su padre.

Racó. Bueno es haber dejado pasar la noche sin ejecutar la ira. Con todo, S.r D. Clemente, y no lo lleve V. á mal, le voi á hacer una reflexion. El hombre no puede castigar sin remedio: quiero decir, de modo q.e el castigo no pueda ó suspenderse ó mitigarse, porque no nos es dado conocer en su justo punto la malicia (ni tampoco la bondad) de las acciones, y por consiguiente su mérito ó demérito. Dios solo lo conoce. Por eso se ha reservado el castigo definitivo de todo, y á nosotros nos ha dicho: perdonad.

Felix. Tambien yo, S.r Racó, he dicho lo mismo á mi amigo; pero no le he aconsejado que por seguir la clemencia olvide una justa y prudente severidad.

Racó. Prudente severidad; eso es. Que no se corte las manos, p.a podérselas alargar cuando á su tiempo se las pida para besárselas.

pues si ahora tiene V. en el corazon una ofensa, entonces tendria la muerte. Profunda, ya lo veo, ha de ser en V., Sr. D. Clemente, la herida de aquella falta de respeto; pero, señores, (y disimulen Vds. mi impertinencia) la naturaleza tiene ordenadas inmutablemente leyes de justicia, de prudencia y de correspondencia entre los padres y los hijos; y cuando faltamos á ellas... No quiero yo decir que V. haya faltado: hablo en general. Decia, que cuando se falta á alguna de esas leyes, sea por quien quiera, las venga la naturaleza tarde ó temprano; y con la misma mano, y á veces de un solo golpe castiga en los hijos la desobediencia y la ingratitud, y en los padres el descuido, el rigor excesivo, la sinrazon, ó la arbitrariedad.. Y tal vez sucede que el crimen ó delito de un hijo constituye en sus consecuencias el castigo del padre, que acaso lo pudo evitar á tiempo obrando sin pasion y con prudencia.

D. Clem. V. habla muy bien, y le doi las gracias. Pero el delito de mi hija no es tan sencillo como parece. Sin esto, ya despues de oir palabras tan prudentes, nada me quedaria que decir, y le abriria los brazos. Pero, Sr. D. Juan, sépalo V. todo, pues le miro ya como un verdadero amigo. Sepa V. que mi hija, desde que tubo edad y conocimiento, quiere á un jóven de esta ciudad, abogado de profesion, que aunque lleno de mérito personal y aun de virtudes, y muy alabado y estimado de todos, no me acomodaba que pensase en ella, y menos que ella le correspondiese. Hace cuatro años que se fue á Madrid donde goza de gran fama, y no ha vuelto. Entre tanto esta no ha querido casarse con ninguno de cuantos me la han pedido, pensando siempre en su primer amante: cuando ayer, sin haber visto mas que por la mañana á aquel jóven (á no ser que se hayan tratado tan en secreto que nadie lo supiese), ya por la tarde hizo lo que Vds. vieron. ¿Que he de pensar yo de mi hija y de su virtud. Ahí la tiene V. llorando. Yo me irrito mas y mas de ver esa hipocresia... Ya me lo ha oido: enamorada de uno y manceba de otro!

Escena 6.ª

Los mismos y D. Pepito.

(Supóngase que D. Pepito sale calzado, &c.)

D. Pep. (Con gran sentimiento y éntasis así en la accion como en el tono) No tanto, por Dios, Sr. D. Clemente, no tanto! No ha caido tanto su hija!...

D. Clem. (muy alterado). ¿Quien le ha abierto á V.?

D. Pep. Nadie, porque no he entrado por ninguna parte. No salí anoche de casa, me escondí en los patios de abajo temiendo no sé qué, y por observar lo que sería de esta infeliz...

D. Clem. Atrevimiento sobre atrevimiento! Y todo contra mi estimacion y el honor de mi casa. Ahí tiene V. esa muger... Llévesela V... Pero ahora mismo... Sálganme ya de mi presencia! Basta! Basta!

D. Pep. No me llevaré yo su hija de esta manera, porque tengo honor, y ella no lo ha perdido. No señor, no lo ha perdido. El buen Felix la recogerá en su casa, ó de mi parte y á mi derecho irá á un convento; y con mas serenidad ella pensará lo que le conviene, y V. lo que mejor crea estará á su reputacion y buen nombre. Mas para que V. pueda proceder desde luego con todo conocimto y salga de un error que podria influir mucho en su ánimo, como ha influido ya, sepa V., Sr D. Clemente, que yo soi Pepito Turo...

(Sorpresa y admiracion grande en todos. Juanita sigue sollozando siempre en esta escena).

Sí señor, Pepito Turo... acaben Vds. de conocerme... Pero su hija de V. nada sabia: su hija de V. nada ha sabido de mi llegada hasta que me vió ayer aquí; ni ha habido mas inteligencia entre nosotros que haberme ella conocido y disimular, sin duda por miedo al antiguo odio de V... Ni aquel olvido momentaneo de sí misma nació de liviandad, sino de mi imprudencia, y... de su desgracia!...

(Oyese el ruido de un coche: Felix y D. Clemente atienden: para el ruido, y sale una criada y dice: Señor, un coche ha parado á la puerta de casa)

Felix. Pues decidles que aguarden un poco. (Vase la criada).

D. Clem. (á Felix). ¿Para qué? Vamos, vamos. Yo no puedo sufrir la presencia de ninguno de ellos. Levántate (á Juanita), y á tu destino! Ahora, ahora mismo! Salid de mi presencia! No os vean mas mis ojos! (Juanita va á levantarse y se cae á un lado: Felix corre y la sostiene un rato, pero sentada).

¿Conque al cabo me has traido á tu amante para que me insultase en mi misma casa?...

D. Pep. He dicho, y es verdad, que ella nada sabia: y yo no insulto nunca á nadie. Pero; á V. Sr. D. Clemente! A Vd.! ¿Yo al padre de la única persona que he querido y puedo querer en el mundo!

Sí señor! Soi Pepito Turo, aquel Turo tan aborrecido de V. que al fin sin querer ha venido á dar á V. tan mal dia. Es lo que mas siento! Porque siempre me habia propuesto hacer ver á V. que era digno de la mano de su hija, y del favor y amistad de V. Todo lo he malogrado! He cometido una falta, grave, sí, y de tanta consecuencia; pero tambien la primera de mi vida!...

(Un rato de silencio)

No le pediré á V. que sea indulgente conmigo ni con su hija; rigor, rigor quiero, si lo exige la paz y la tranquilidad de V... No se haga V. violencia; no deje V. llenar su ~~pecho~~ corazon de amargura, de una pena reconcentrada que le consuma. Derrámela V. toda sobre nuestras cabezas, y quede V. vengado y satisfecho!...

Puedo mantenerme y mantenerla á ella con decencia, con tanta decencia como se ha criado. Si V. siente favorecer á una hija que le ha ofendido, renunciamos todo derecho á los bienes de V.; nada nos dé V. ni ahora ni nunca: disponga V. de ellos en quien V. quiera. Y para dejarle en paz y no irritarle con nuestra presencia, tampoco no viviremos en esta ciudad, ni volveremos mientras V. viva sino una sola vez y un solo dia al año, á pedirle á V. perdon de esta ofensa, presentandonos nosotros mismos si nos admite, ó enviandole personas respetables que lo hagan en nuestro nombre, y se le postren á los pies por nosotros...

(Sensacion en todos)

Una sola cosa, una sola gracia le pediré ahora, y no le molesto

mas: y es, que cuando Felix le traiga la noticia de haberse celebrado nuestros desposorios, haga V. un esfuerzo heróico y diga delante de Dios: ¡Yo os bendigo!..."

(Un rato de silencio).

Ravó (aparte) En qué parará esto? casi lloro de ternura. Vaya que el mozo no es rana. Lástima que sea homeópata.

Felix (Con mucho ahinco, dejando á Juanita). ¡Valor, amigo! Sé hombre, y acuérdate que eres padre!... No hay otra salida para tu honor ni para el de tu hija!... O los perdonas, ó todos quedais infelices!...

(Otro rato de silencio. Juanita siempre llorando).

D. Clem. (A D. Pepito, con grande esfuerzo y suspirando profundamente). Ah! Veo en tí virtud... á pesar de todo!.. Quita... quita yo no ~~no~~ tenia razon cuando te aborrecia! Ah! Si de otro modo te me presentáras!...

Felix (Con mucho calor y afecto). Clemente! que te pierdes, y pierdes la hija para siempre!... Sé hombre, Clemente amigo! Sé sabio, se prudente y magnánimo!..

(D. Clemente se enternece. Felix le mira, y guiñando á D. Pepito cogen los dos á Juanita, y tomandola uno de cada brazo la levantan de la silla y quieren llevarla á su padre: ella llorando y pronunciando con dificultad, dice):

Juana. ¡No puedo andar!..

(Entonces ellos la ayudan, y casi en el aire la llevan á su padre, y al quererse arrodillar, cae de bruces: levántanla al punto y sosteniendola queda de rodillas, pero llorando y sin hablar. Su padre al fin enternecido le da las manos; ella se las besa dos ó tres veces con mucha fuerza: ellos la levantan y queda siempre abrazada con su padre).

Ravó. Bien, Sr. D. Clemente, bien!

(Despues de estar Juanita un poco abrazada con su padre se suelta y queda asida con los dos brazos del ~~derecho~~ izquierdo de su padre y descansando la cabeza en el hombro de este).

D. Pep. Ahora acabaré yo de esplicarme, porque no quiero que Vds. estén en un segundo error, de poca importancia ya, pero que no debe pasar de aquí. Yo no soi médico, ni homeópata ni alópata.

Naró. (Con presteza). Como que no? Pues y la disputa? No señor, no señor, V. es homeópata, y lo será á la fuerza, hasta acabar conmigo; digo, el empeño que tiene conmigo.

D. Pep. Luego voi á V.; ahora quiero satisfacer á estos señores. No soi médico, sino letrado, como lo fui siempre; y tengo estudio abierto en Madrid en donde la opinion pública me favorece bastante. Ahora lo abriré aquí, ó en ninguna parte, porque la ciencia me gusta mucho, la profesion no tanto. Haré lo que á V. le parezca (A D. Clemente).

D. Clem. Eso ya lo pensaremos.

D. Pep. Sino que hace unos dias que como cosa estraordinaria no tenia sosiego, pensando siempre en Juanita y no pudiendo quitarme de la imaginacion que V. la casaba. A fin encargué las causas que tenia y ~~...~~ determiné venir, y llegué anteayer. Mas para no ser conocido, porque en cuatro años algo he debido mudar, me fui á una casa de huéspedes y me fingí pintor retratista para mas disfrazarme. Ayer estando en el café ~~de~~ nuevo oí á Felix que encargaba á su dueño enviase aquí algunos médicos jóvenes. Me dió un salto el corazon, temí, y sin mas aguardar me fingí médico y vine, fiado en que no me conocerian, como así ha sido; menos esta que me conoció al momento, porque los ojos del amor son muy penetrantes. Pero nada hemos tratado entre nosotros. Anoche me escondí abajo; y como sé la casa desde niño, me salí al corral, me encaramé al balcon de V. para escuchar, y allí he pasado la noche.

D. Clem. Pero, como dijiste ayer que quizá te casabas dentro de dos dias? Era con otra?

D. Pep. No señor, con esta. Porque venia resuelto: y hoi mismo iba á dar un paso, que ó se verificaba nuestro enlace con la aprobacion de V. por las personas que hubiesen intervenido, ó quedábamos los tres infelices para siempre. De hoi no pasaba, poniendo en ello hasta la vida, seguro como estaba del corazon de Juanita,

(Pag. 55)

(De repente levanta la cabeza al cielo y está así un rato, mirandole todos: la baja enfin y dice en tono grave):

Profecia. (grande atencion en todos). Sabio el esposo, hermosa y discreta la esposa, noble y generoso el padre, y bienes de fortuna ó tea riqueza;... el cielo no concede tanta felicidad sino á condicion y como en anuncio de grandes pruebas y trabajos!.. Ay! ay! ay de esta casa!... (Affectanse todos)

D. Pep. Contraprofecia. ~~[illegible]~~ Concedido, ésimismo el esposo, modesta y humilde la esposa, prudente y magnánimo el padre, y todos religiosos y adorando la providencia en lo que tenga á bien ~~[illegible]~~ disponer de nosotros, no puede el cielo dejar de bendecir esta casa...

Raró (pronto y resuelto). Basta!... Con hombres buscaba tratar, y los he encontrado. Sí señor! acepto y agradezco en el corazon la amistad que V. me ofrece de esta casa;

D. Clem. En fin, aunque de otro modo tambien hoi salimos de cuidado y se acaban los disgustos. Vamos, hija, te lavarás y mudarás. Felix, de aqui á un rato ~~que pase D.~~ para decir al escribano que venga, y á los del coche les des algo y que se vayan. ~~(Vase Felix)~~

Felix. Bien: bien, Clemente, bien!

Nacó. ¿Conque letrado? ¿Como pues sabia V. defender tan bien la homeopatia?

D. Pep. ~~Sí señor~~ He leido los principales autores de ambas escuelas por gusto y curiosidad.

Nacó. ¡Cáspita! Pues si fuera V. profesor, ¿que seria? Conque es decir que V. abandona el campo.

D. Pep. Ya ve V...

Nacó. Pues entonces triunfa la alopatia. ¿Quien le resiste? ¿Quien alza bandera contra ella? Sola, sola queda en el campo, vencedora, gloriosa y arrogante. La homeopatia murió, ha desaparecido... ¿Y como no? Era humo, y se desvaneció: era imaginacion, y dió en el vacio; era un eco, y se perdió la voz; era un delirio, y acabó en manos de la razon; era menos que todo, era nada, y volvió á su origen y cayó en el silencio y el olvido de lo que ni es, ni ha sido, ni puede ser. La alopatia pues y los alópatas, y solo ellos reinan y han de reinar, como ha sido siempre desde Hipócrates y siglos antes, hasta mí que soi su último digno discipulo. Y señores, en su consecuencia, no hay mas arbitrio que rendirse, callar, bajar la cerviz y aguantar las sangrias, las sanguijuelas, las cantáridas, las ventosas, los botones de fuego, las sajas, los cauterios,...

(Al entrar Nacó en la enumeracion de estos remedios, levanta Felix el puño cerrado como amenazandole, sin que él lo vea, y sigue:)

las purgas, las lavativas, los vomitivos, &c, &c: y sobre todo las sangrias. Sí señores, las sangrias, al principio, al medio, y al fin, y siempre. Sangrias, digo, sangrias á toda hora, y viva Nacó.

D. Pep. Viva muy enhora buena. Con todo, otra vez volveremos á la disputa mas de espacio. Yó Vd. me convertirá á mí, ó yo le convertiré á V.

Nacó. ¿Sí?

D. Pep. Sí señor; pero como amigos. Entre tanto ofrezco á V. la amistad de esta casa, y muy especialmente la mia.

Nacó. ~~Con hombres me gusta tratar. Sí señor, lo acepto~~, y se lo hon-

sara mucho con ella el doctor D. Juan Ravó de la Espuela, que es muy servidor de todos Vds.

(*Hace una gran reverencia á todos, y con mucha marcialidad pasa y da la mano á D. Pepito; y haciendo todos ademan de irse, cae el telon.*)

Nota.

He sentido mucho que el modo como se tratan los médicos en sus periódicos y fuera de ellos hiciese necesario el recurso adonde al fin creí deber acudir, que es llevarlos al teatro y avergonzarlos de sí mismos. Y aun está mi comedia muy lejos de alcanzar á lo indecoroso de sus polémicas: pero quizá alcanzara otra que tengo compuesta, intitulada *Los Alópatas de provincia*. Y todavía bosquejé otra tercera, poniendo la escena en ~~[illegible]~~ la corte, y tendrán para su entretenimiento, si así lo toman, una *trilogía dramática*.

Deseo que no hagan necesaria ~~la~~ publicacion, y menos la representacion de las otras dos ~~[illegible]~~ comedias. Pues como jamas escribo por especulacion, me contentaré con el efecto que esta hiciere.

~~B. F.~~

Por lo demas, de una y otra escuela tengo amigos en la profesion, y los aprecio igualmente, habiendoles dado pruebas de mi confianza.

B. F.

LEGADO
DE LA TESTAMENTARIA
DEL DR. GARCIA ARISTA

Los Alop.s de Prov.a

F02 - 15 (1)

Cuadra 3ª

Derrota de la Homeopatia.

([illegible] 2ª)

LOS ALOPATAS

de

Provincia,

Comedia en cuatro actos.

Por

D. B. Clemente F. Burguet.

Personas

Pretiles . . . . ⎫
Urea . . . . ⎬ médicos
D. Terapio . . . ⎪
D. Asterio Locio. ⎭
Varios otros médicos.
Torres, cursante de teología, fámulo de D. Pepe Turo.
Lopez, cursante de medicina, fámulo de Pretiles
El Doctor Rató.
D. Pepito Turo.
Dª Protasia, muger de Pretiles
Dª Frenedad, muger de Urea.
Dª Justa, amiga de las dos.
Gobernador civil de la provincia.
Un marqués
Secretº del Gobernador.
Comparsa de máscaras.
Dos guardias civiles.
Oficiales, escribientes, criados y criadas.

Al lector y á quien toque.

Otra comedia y van dos. Porque el *Homeópata fingido* es la pri-
mera de la serie y pertenece al mismo asunto. Y aun no sé si
el que de esta se va á Madrid allá en el 3.er acto nos dará
ocasion y materia para otra.

Conformes con nuestros críticos y enemigos en que ni
la una ni la otra valen nada: que comedias como estas cualquier
principiante compondrá en un invierno para todos los teatros
del reino un año cómico entero; y conformes enfin en que el
autor delas presentes y delas futuras podria emplear el tiempo
en otras cosas de mas provecho para el y sus hijos si los tubiera.
Conformes y reconformes en todo esto. Pero no ¡vive la verdad!
en que los ~~[illegible]~~ alópatas no hayan encerrado en gran parte
los medios de persuadirnos la falsedad dela doctrina homeopá-
tica, de sus principios, de su terapéutica, dela homeopatía (en una
palabra), la cual representada en una doncella pura, ino-
cente, amable, y que se está mirando á si misma, nos da á
entender en esta segunda comedia, ¡sinó lo que es, lo que quisie-
que de ella pensemos los profanos á la ciencia. ¿Porqué no
la han mirado así los furibundos alópatas que hace tanto
tiempo nos estan llenando de escándalo? Y si tan favora-
blemente no la quieren mirar, ¿porqué adoptar, porqué
permitir al menos que muchos profesores hayan adop-
tado los medios que propone Aretiles en el acto pri-
mero? Y si esa vigilancia es imposible, ó no se concede
á nadie autoridad, aun inspeccion p.a tanto, ¿porqué
no los han desaprobado publicamente, aunque calla-
sen los nombres de esos profesores indignos de pertenecer
á una clase tan ilustrada? Así veríamos que se

condenaba su conducta, y que se desea llegar al conocimiento de la verdad por el camino del exámen, de la discusion, de la experiencia y del desengaño. No lo han tenido á bien; y este silencio, y otros numerosos hechos que cada dia recogemos nos hacen creer que no sabemos lo que nos pedimos cuando esa manifestacion les proponemos.

En efecto: ¿á qué la sátira, no siempre de buena ley, á qué los cuentos, las falsedades y calumnias que de cuando en cuando leemos en los periódicos y oimos continuamente? ¿A qué disimular y tal vez negar los hechos que van acreditando la nueva doctrina? Y otra vez y mil les preguntaremos ¿qué hemos de pensar los profanos? ¿Qué juicio quieren que formemos de ellos y de su sistema?

Y viniendo á mis comedias, ya les he concedido que no valen nada: que el arte no las puede recoger como obras que le honren: pero no podrán decir que la sátira en ellas pase los límites concedidos, ni que vaya (como se dice) muy cargada de color, pues harto será que llegue á la realidad. Con solo tomar y acomodar al diálogo lo que dicen los profesores y lo que leemos en sus irritantes y mas de una vez groseros periódicos tendríamos para esquiciar escenas sin fin si tanto desprecio quisieramos hacer caer su profesion (no la ciencia). Porque es mucho lo que hemos visto, oido y leido; mucho, sí; y nadie nos podrá pedir con razon que guardemos consideraciones de mas respeto á quien ninguna ha querido merecer al público ni á la intencion y ley de la comedia.

Hombres de honor hay en la escuela alopática; no uno ni dos, sino muchos; y me honro y me he honrado siempre con la amistad de algunos de ellos; y como afirmo en la advertencia del Homeópata fingido, tengo dadas pruebas de no preferir (científicamente, como que no soi profesor) una escuela á otra; al menos con un juicio absoluto y cerrado por ahora. Eso pues, quiero decir, los hombres de honor, ya entenderán que no va nada con ellos; y tambien el público sabrá distinguirlos para no comprenderlos en la censura, así como señalará con el dedo mis originales.

No se crea que esto es manía, como lo ha sido en otros, de tomarme con una clase que mirada en sus estudios y en la ciencia es muy digna de aprecio y de respeto. Ni tampoco es empeño (lo repito) de auxiliar á la nueva escuela contra la antigua consideradas en su doctrina; y mas despues que el gobierno va pensando en dar la mano á aquella que tan desvalida se ve y con tanto trabajo y contradiccion se va estableciendo y dando á conocer entre nosotros. Pero sí lo es de obligar á los profesores de la segunda á tratar de otro modo á unos compañeros que valen tanto como ellos, y mas aun la ciencia y arte de curar en ambos sistemas. ¿Quien sigue la verdad? Ellos ya deben de saberlo; nosotros quizá lo sabremos con el tiempo. Entretanto les aseguramos que sus sarcasmos contra la homeopatía, ni ~~el modo indecente~~ ~~[illegible]~~ cuanto hacen y dicen contra ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ los profesores, no nos han convencido de su falsedad; como tampoco de su verdad lo que en malos términos y ageno de toda razon ~~[illegible]~~ han escrito ~~en su defensa los~~ homeópatas.

Este es pues mi empeño; lo confieso, lo declaro. Y asi como para componer esta segunda comedia no he tenido paciencia para aguardar á ver el efecto que haria la primera, asi quiza para componer la tercera no aguardaré el de ninguna de ellas, sino que aprovecharé los primeros dias libres de otras ocupaciones literarias, y el temple del animo, que para mí es la gran facultad en estas obras. No es esto confianza en mi mismo, ni venderme por un prodigio de fecundidad, de la cual tengo bastante noticia, sino que fio mucho de la abundancia de materiales. ¿No siguen ellos en su propósito? ¿No estan obstinados é intratables? ¿No ha ido Orea á Madrid? Pues ahí está la mina; ahí está la fecundidad de mi ingenio, y la riqueza y la variedad de mis escenas. Y mas ahora con la ida allá de Rasó para seguir á aquel los pasos y alborotar la corte médica. ¿Si me faltaran personages, intrigas altas y bajas, chistes y travesuras para mi nueva comedia? ¡En la corte! ¡Despues de lo que ha pasado!

¿Que? ¿no se representaran mis comedias? Asunto quizá p.ª la cuarta. Y habiendo imprentas, eso se me dará que se representen ó nó; que el público las vea en el teatro, ó se lean privadamente y se hable de ellas en las tertulias, en los cafes, en los paseos y las encuentren los médicos en sus mismas visitas. Ya conocen que el cebo no es malo para sentirnos chistes y largas y repetidas

conversaciones. Conque nada adelantaran con sus intrigas (si de ellas se valen y logran su objeto), sino darme nuevos y mejores apuntes.

V. 6 de Agosto de 1850.

Acto 1.º

Sala adornada con algun lujo.

Escena 1.ª

D.ª Protasia.

(Al levantarse el telon aparece delante del espejo mirándose, volviéndose de un lado y de otro, y haciendo con la cabeza y con todo el cuerpo movimientos de satisfaccion: al cabo de un rato, que ya se parece bien del todo á sí misma, dice):

¡Que diferencia! Entonces un vestido de percal ó de indiana me parecia un traje de señora, y un pañuelo de seis pesetas el mismo manto real de la reina los dias de recibir embajadores; y ahora... (mirándose) las condesas... Vaya! las condesas, no me distingo de ellas.

¿Pues y esta sala? Oh! que diria mi madre si volviera al mundo! La Tijereta! Que á mi abuela, no sé porqué, la llamaban la Tijera; y á mi madre le tocaba la Tijereta. Jesus, Jesus! la Tijereta! Y su hija tan gran señora! Tambien á mí principiaban ya á llamarme la Tijerina; pero se acabó pronto. Porque este hombre, mi marido... Que marido! mi esposo! mi señor esposo!... que entonces era estudiante y estaba de pupilo en casa de mi tia la comadre de S. Nicolas, ya se ve, comenzó á venir á mi casa, y á guiñarme, y decirme cosas dulces, y que me queria, y yo tambien á él. Y con esto iba yendo, iba yendo, y siempre allí, y al fin nos entendimos, y nos compusimos á nuestro modo, y despues nos casamos. Y luego las gentes no se acordaron mas de las tijeras ni tijeretas, y me decian la médica, luego la señora médica; y ahora D.ª Protasia, la Sra. D.ª Protasia; que como dice D. Primo For-

rubias, es hombre ancho y cuadrado. (Y se pavonea)

Pues digo, mi marido!... Mi esposo! mi señor esposo!... Chico, Pretiles! Perico Pretiles! decian entonces. Luego fue D. Pedro Pretiles: ahora es D. Pedro Emegsio Juan de los Pretiles. De los Pretiles!... Y tenemos criada para la cocina y casi dos doncellas. Pues amas y niñeras... Que lastima! media docena tendriamos. Que saltos, y que gritos, corridas y bullicio por casa! el uno llevando, el otro riendo, y todos alborotando... si hubieramos tenido hijos! Ahora ya... Santa Paula fue buena moza! (Mira la sala).

Ya puede venir la junta. En mi casa las juntas! En mi casa! Y tantos señores! Y a mí todos: Doña Protasia! Sra. Da. Protasia! A los pies de V. Mi Sa. Da. Protasia!.. Vaya!.. Eso tiene casarse con quien a una pueda subirla. Pero, quien lo habia de decir! Y mas con la disenda que tuvo por la otra... Mentira!!.. En fin ya todo se ha olvidado.

Escena 2ª

Dª Protasia y Dª Tremedal.

Dª Prot. Ola, señora sobrina, ¿como estas de la cabeza?

Dª Trem. Estoi muy bien: ¿y V. de su histérico?

Dª Prot. Ya te he dicho mil veces que me digas de tu y no de V.

Dª Trem. Se me olvida. Y ademas, si he de decir la verdad, no me suena bien. Decir de tú a personas mayores!...

Dª Prot. Pues debe sonarte, ó te quedaras tan plebeya como eres. Y cuidado que ese hijo que tienes, cuando sepa hablar, permitas que nos diga de V. a vosotros ni a nosotros, sino tú por tú, y de V. a los criados. Porque tratar de V. a uno, es lo mismo que tratarle de fregona si es muger, y de lacayo si es hombre. Asi lo dijo un dia el conde Pumpampe. ¿No es verdad V. D. Serapio? (Saliendo este)

Escena 3ª

Las mismas y D. Serapio.

D. Ser. Si señora, sea lo que sea.

D.ª Tren. ¿Sabe V. lo que es? que mi tia le ha tratado á V. de marmiton y de lacayo.

D. Ter. ¡Muchas gracias!

D.ª Prot. No tal, Sr. D. Terapio.

D.ª Tren. Sí tal, Sr. D. Terapio.

D.ª Prot. No, señora sobrina; que eso se entiende con las personas de la familia ó como de la familia, padres, abuelos, tios... ¿no ves que eso seria faltarles al respeto?

D.ª Tren. ¿Y quien mas digno de respeto que esas personas?

D.ª Prot. Vamos, tú solo entiendes. Quien lo entiende son los reyes y los condes.

D.ª Tren. Y los amoladores, y los limpiabotas, y los chiflantes, como dice mi marido. Es esta moda francesa; lo mismo que el besarnos y contrabesarnos tan á tontas y cien veces nos vemos al dia.

D. Terap. Aun no he acabado de entender lo que VV. dicen.

D.ª Tren. Nada, Sr. D. Terapio. Que mi tia quiere que yo la trate de tú y no de V., porque dice que eso es acercarse á condes y marqueses, y por estos á príncipes y reyes. De modo que mi tia quiere ser condesa ó marquesa, y llegarse á princesa ó reina. Pero como mi marido junta con esos á los amoladores, á los lacayos y pinches de cocina...

D.ª Prot. ¿Ha visto V. qué insolente está hoy mi sobrina?

D. Ter. Insolente, no; graciosa, sí. Porque en efecto, en Francia de donde ha venido esa moda y los besos de visita, no parece mal, porq. las costumbres, el carácter, y hasta la lengua de aquella gente admite y casi pide ese modo de tratarse. Pero en España desdice de nuestras costumbres, repugna á nuestro carácter, y cae mal en nuestra lengua, siendo las lenguas como el color, y como el traje y aire de los pueblos. Así es que entre esos grados de tuteadores hay familias distinguidas cuya razon y su patriotismo no ha admitido esa moda.

D.ª Tren. Nauseabunda, como la llama Urea. Me alegro, me alegro. (Dando palmadas y riendose): ya, señora tia, no sera V. tu-tú en adelante, sino usted con todas las letras. Y mi hijo, si vive, en sabiendo que sepa hablar, y conocer y distinguir las personas, dira de V. á su padre y á su madre y á quien deba este respeto,

conformarse á la antigua y castiza costumbre española. Sea francés quien quiera. Bien que como dice mi marido, los que eso hacen ni son franceses ni españoles, sino burdéganos, ó condes yanarquejes con el caballete de la mula al hombro.

D. Fer. Mucha sátira es esa: no la haría á V. beltedera su tía.

Da Fran. Así le vendrá bien á algun amolador, ó algun conde ó príncipe.

Da Prot. ¿Quieres callar, atrevida?

D. Fer. ¿Y á todo esto, amigas, saben VV. la hora? Porque el muerto está ya en la iglesia.

Da Prot. No son los oficios hasta las once, y solo es la media.

D. Fer. ¿Ya han estudiado VV. el papel?

Da Prot. Déjelo V., que en buenas manos está el pandero. Falta Da Justa

Da Fran. Al pasar estaba en el balcon y me ha dicho que venia.

Da Prot. Sí, que como no es muger de crédito, no dirán que obra por interés; y aborrece á los homeópatas aun mas que nosotras. (Vase poniendo la mantilla y le ayuda Da Fremedal)

Escena 4a

Los mismos y Da Justa. Con ella entran Pretiles, D. Clisterio y médicos.

Da Prot. Bien venidos, señores. Estamos, Justa. Mira (á su marido) si quereis tomar algo, ya la doncella sabe donde está todo. Pedid lo que querais.

Pret. Sí, tomaremos, porque todos hemos adelantado la visita y llegamos cansados. Cuidado, vosotras, de hacerlo de modo que ni deis grande escándalo, ni dejeis de hacer cundir la voz.

Da Prot. Descansa. Con estas dos ayudantas, del infierno saldríamos pegándosela á los diablos. (Vanse)

Escena 5a

Los Médicos.

(Siéntanse: Pretiles de presidente)

Pret. Pues señores, como tantas veces he dicho á V.V., hasta ahora hemos obrado sin plan, comunicándonos poco menos que

por casualidad y asi como por encuentro. Y aunque algo hemos conseguido, pero no todo lo que era de desear ni lo que se debe esperar de la unidad de nuestros esfuerzos, y de la inteligencia de los medios. La homeopatía, mal que nos pese, va haciendo progresos, ganando terreno, logrando opinion, y nuestro crédito vacila, nuestra autoridad decae y nuestras ganancias van á menos. Tres visitas me ha quitado ya á mí Rodriguez

D. Feraz. A mí cinco Ribera

D. Clist. A mí cuatro Collado.

Otro Med. A mí seis el mismo Rodriguez.

Pret. Y á todos pocas ó muchas: y al fin nos igualarán, nos pasarán delante, y nos irán orillando y arrinconando hasta que nos dejen reducidos á las visitas de media docena de amigos.

Yo pues he meditado en esto, y voi á proponer los medios que me han parecido mas á propósito para cortar los pasos á esos enemigos y atajar el mal antes que no haya remedio. ¿O quieren VV. que nos apliquemos á estudiar ese sistema, ó lo adoptamos á bulto?

D. Clist. Para estudiar, no es ya nuestra edad; y mas que dicen que esa doctrina pide algunos años y muy buenas cabezas. Quien va ahora á estudiar una ciencia nueva ó como nueva? ¿Hemos de volver al A.B.C. de la medicina? ¿Estaria esto bien á hombres como nosotros? Porque eso seria lo mismo que confesar que ó no sabemos nada de medicina, ó que hasta ahora habiamos engañado á las gentes.

D. Fer. No señores, no señores, nada de estudiar. Mi voto es de adoptarla á bulto para dar á entender que la sabemos...

D. Clist. ¿Y si un enfermo dice: cúreme V. homeopaticamente?

Pret. Se recetan los glóbulos homeopáticos de donde diere, supuesto que lo mismo es tomar unos que otros y que ninguno. ¿Que V. cree en la virtud de esos glóbulos?

D. Clist. Si creyera, ya hubiese quemado todos mis libros y tirándome un pistoletazo. Porque morir, es posible; mudar, nó.

Un Med. ¡Pues como hacen algunas curas!

Pret. Chiton!... Eso no se ha de decir nunca, ni confesar aunque se vea. Lo que en esos casos se ha de hacer, es decir (por supuesto, con una risita burlona): «¡Sí! se ha curado? Me alegro. Pero lo mismo se hubiese curado sin nada, si eso es algo. La naturaleza...

una fuerte aprension favorable..." Y por aqui lo que á cada uno se le ocurra.

Un Med. Bien. pero; y si nos retorquen el argumento?

Pret. No ha lugar, porque nuestras medicinas las siente fuertemente el enfermo, y natural y precisamente les ha de atribuir su curacion; cuando en las homeopáticas nada se ve ni se siente. Porque enfermos que discurran hay pocos; hombres que estando enfermos raciocinen y esten serenos, hay pocos en el mundo.

(Un Méd. á su compañero) (Eso nos vale, D. Flebomo).

Pret. Pues entre los medios que yo he pensado y tengo por eficaces salvo el parecer de VV., el primero es, que cuando tengamos algun caso desesperado, un enfermo que puede vivir ocho dias, quince, un mes, pero que infaliblemente debe morir de aquella enfermedad, le propongamos que llame si le parece á los homeópatas, por si en su método hubiese algun recurso. Los llamarán, se morirá el enfermo, y ganamos todo el crédito que ellos pierdan.

D. Tr. Si... Yo lo hice asi con D. Homéz del Pozo, que estaba de ... hasta los ojos, y se le caian ya los dedos de los pies, y lo curaron. Buen chasco me llevé, y buena verguenza he pasado.

Pret. St!... Ese es un caso, y ahora ese, de mil uno. Conque; que les parece á VV.?

Todos. Bien, bien; aprobado.

Pret. El segundo medio (á mi parecer) es, que si algun enfermo á quien se proponga consulta pide que sea con homeópatas, negarse resueltamente; y si insiste, santiguarse y abandonarlo, porque ni como hombre ni como enfermo puede ya dar de si cosa buena.

Todos. Tambien; aprobado.

Pret. Tercero: Si de alguna casa nos despiden habiendo enfermo comenzado á tratar por nosotros, y llaman á un homeópata, formar al punto queja criminal ante la autoridad, diciendo que se ha intrusado. Y si la cosa se enmaraña... (tose), pues... (tose) entonces ... (vuelve á toser) tierra encima, y luego decir que por compasion á esos infelices hemos suplicado que se sobresea y no se hablase mas en el asunto.(*)

(*) Histórico. Y si los alópatas se ofenden, se les citarán nombres propios.

Todos. Sí, sí, aprobado.

Pret. Cuarto: Mucha amabilidad y cortesía con las autoridades, mucha amistad y docilidad con ellas; lo? ¿estamos? lo mismo que con títulos y personas distinguidas. No digo que adularlos bajamente...

D. Fer. Qué!!.. Eso no!..

Pret. Enfin, ya me entienden VV.

Un Med. Optime, Pretiles! óptime! optimísime!

Todos. Aprobado, aprobado.

Pret. Quinto: No leer nunca los periódicos de esa escuela, y llevar los nuestros encima y sacarlos al descuido con cuidado en las casas de mas valía, y dejarlos como olvidados en una mesa, en una silla, cuando traigan algun discurso ó chiste contra la homeopatía.

D. Crist. Pido la palabra.

Pret. Hable V.

D. Crist. Falta ahí un toquecito. Porque aunque no leamos los periódicos de los homeópatas ni sus autores, porque eso, ya se ve, es un caso de apostasis; pero debemos decir y publicar que los leemos.

Un Med. Buen alambique!

Todos. Aprobado.

Pret. Sexto: Hablar á todos los dueños de baños, y decirles que si llega á prevalecer la homeopatía, quedan perdidos, porque los homeópatas nunca recetan baños.

D. Crist. ¡O que tecla! ¡Que tecla, Pretiles, que tecla! Ese sí que es resorte! los baños! Como quien no dice nada! Para los dueños... —(tose) y para nosotros. (vuelve á toser)

Todos. Aprobado, aprobado. (Y diciendo esto tosen todos ~~y vuelven á toser~~)

Pret. Septimo: Este no sé si parecerá tan bien como los otros. Yo por lo menos ya lo he usado dos veces con buen éxito. Ya saben VV. que Ribera estaba pa casarse con la Juanita Acalá, que de presente le dan cuatro mil duros, y de su tia Da Orojedes ha de heredar de ocho á diez mil. Pues bien, yo me valí de terceras y cuartas personas, y diciendo y ponderando que á los homeópatas los llegarán á correr por las calles y sacarlos de la ciudad á pedradas, hubo de llegar á oidos de sus padres, lo creyeron, porque en los casamientos todo se cree, y dijeron: "no le damos la hija." ~~[illegible]~~ Y eso que Ribera ya por su familia, ya por su persona y la estimacion de que se le—

tros es entre ellos el hombre de favor en esta ciudad.

D. Crist. ¡Pretiles, una corona! Eso vale una corona!

Pret. Gracias. Lo mismo hice con Collado cuando se casaba con la de Peñas, y tambien logré mi intento.

D. Crist. ¡Digno presidente!

Pret. Es decir, que por todos los medios imaginables impidamos que esos jóvenes enlacen con familias de lustre ó muy ricas, porq. ya conocen VV. que eso los introduciria en las primeras clases y de ahí en todas.

Un Med. Pero eso, Sr Pretiles, pide mucho tiento y discrecion.

Pret. Ya lo he prevenido. Pero al hombre de talento nada le es difícil. Y en fin nos veríamos y entenderíamos.

Todos. Bien, bien; aprobado.

Pret. Por lo demas, ya VV. conocen, que si nos dormimos nos despertará la ruina de la casa. Ahora, lo que es poner esto por escrito, seria una locura; podria perderse el papel, y quedabamos descubiertos, pudiendo entonces nuestros enemigos...

D. Ter. Nada de escribirlo. Fuera de que, está todo eso tan en nuestra sangre médica, Señor, que ni los axiomas matemáticos asientan mejor al entendimiento.

Pret. Pues todavia me ocurre otro: y es que con las personas que discurren y saben tener opinion propia, no se hable nunca sino con aprecio de los homeópatas; y de su método, como de un descubrimiento que con el tiempo es posible se admita en la medicina para algun muy raro caso. Abien que esas personas son pocas, no aun en el vulgo, sino entre hombres de letras. Todos á ciegas obedecen al médico, preguntan y consultan al médico, pensando ser muy prudentes y decir algo con decir: tractent fabrilia fabri (cada uno á su oficio). Y se nos dejan sangrar, purgar, desollar y gobernar con la docilidad de niños ó de mujercillas que les hará uno creer que la pituita es una lombriz de diez varas.

D. Ter. En efecto, los tuertos son pocos, muy pocos.

Otro Med. Tambien si fuesen muchos, ¿ que era de nosotros?

Escena 6ª

Los mismos y las tres Señoras.

Dª Pret. (Echando atrás la mantilla, agitada, haciendo ademanes

fuertes y comenzando á hablar desde la puerta. Las otras dos entran tambien alteradas dando muestras de ira y desesperacion)

Venimos quemadas, abrasadas, tristes, desesperadas.

(Al mismo tiempo hablan las otras dos y dicen).

Da Fran. No he pasado peor rato en mi vida.

Da Justa. Ha empezado bien, y ha acabado negramente.

Pret. Señoras, si hablan las tres á un tiempo, no vamos á entender nada.

Da Prot. Yo, yo lo diré; callad vosotras. Pues señores, hemos llegado...

(Vuelven á hablar las otras al mismo tiempo)

Da Fran. Ya estaba la iglesia llena de gente, y la orquesta...

Da Justa. Yo les he dicho que nos retirásemos á un lado pa observar.

Pret. Por Dios, señoras! que nos aturden Vds. Vamos, habla tú (á Da Protasia), y vosotras sentaos y callad. (Se sientan y se abanican con mucho desasosiego)

Da Prot. El túmulo es soberbio. Y como D. Felipe era tan querido de pobres y de ricos, porque eso, la verdad, no se puede negar; que era muy cristiano y hacia muchas limosnas...

Da Fran. Lo menos habia cuarenta pobres llorando.

Da Justa (al mismo tiempo) Un clérigo ha dicho: el mejor hombre del mundo ha muerto.

Da Prot. ¿Me dejais hablar?

Da Francisca. ¿Quien lo habia de decir de Raró?

Pret. ¿Como? ¿Tambien Raró anda en esas vueltas?

Da Prot. (¿No me van á dejar hablar?)

Da Justa. No señores; quien ~~tenido~~ tiene la culpa es un señor que no conocemos; que le falta un diente.

Da Prot. Es verdad. Todo iba bien, hasta que ~~ha~~ aquel ha remanecido por allí. Si hombre que le falta un diente no puede ser bueno!

Pret. Mugeres! Comenzad de una vez, y dadnos relacion de todo, con orden, desde el principio.

Da Prot. No me dejan estas!.. Pues señores, hemos llegado: la iglesia llena de gente: ricos y pobres todos hablaban del muerto: rezaba ninguno. Y ~~todos~~ unos decian: „que lástima! otros: que cielo se habrá ganado! Si el no está, pobres de nosotros!"

Pret. Al caso, Protasia, al caso!

Dª Prot. Voi, hombre, voi! Déjamelo contar á mi modo. Entonces pues nosotras allí por un lado disimuladamente, á una muger que no paraba de hablar y de hacer papuos andando de una parte a otra, le he dicho al pasar por nuestro lado: Ahí tienen VV. las habilidades de los médicos homeópatas: ellos lo han muerto. — ¿Esos que dan agua y venenos? ha dicho ella. — Sí señora, esos. — Ay los pícaros! ha principiado gritando: asesinos! los homeópatas! los envenenadores! Y se ha ido por toda la iglesia gritando y maldiciendo de los homeópatas; y en un instante no se oía otra cosa que homeópatas y asesinos. (*)

Prot. Hasta aquí va bien: eso es lo que se os ha encargado; esa es la leccion que se os ha explicado. Sigue.

Dª Prot. Nosotras, figúrense VV. nos regalábamos de gusto; cada una abultábamos como tres de hinchadas y pomposas. Pero yo no sé de donde ha remanecido por allí un caballero... Caballero, sí, porque lo era en el traje y en los modales. Y oyendo lo que se decia, se ha acercado á un corrillo donde le han saludado con mucho respeto; sin duda le conocian; y ha dicho: "Por Dios, señores, no digan Vds. tal disparate. Quien lo ha asesinado son los otros médicos; los otros, sí señores; que á viva sangria lo degollaron, lo debilitaron, lo llenaron de dolores; y despues de sacarle una desvergüenza de dinero con visitas y consultas, lo abandonaron diciendo que para él no habia remedio; que se moria dentro de ~~quince~~ cuatro dias; que si le parecia, podia llamar á los homeópatas. Llamó á estos, fueron, y le dijeron que lo que es curarle era imposible; pero que le aliviarian los dolores y le alargarian la vida tres ó cuatro meses; y lo han cumplido á la letra. Conque si asesinos hay, en los otros médicos están, no en los homeópatas."

Dª Fran. Sí señores, sí señores, eso ha dicho aquel hombre.

Dª Prot. O demonio, que bien pudiera ser que lo sea. O amigo de

---

(*) Histórico.

D. José. Tú, que es lo mismo.

D.ª Justa. Yo de vista bien le conozco, pero no sé quien es.

D.ª Prot. Entonces nosotras... Porque esa voz ha corrido en un verbo por toda la iglesia, y nos miraban como diciendo: esas son, esas las mujeres de los asesinos... Que sin duda nos ha conocido alguno. Entonces pues de rabia y de verguenza no sé lo que nos pasaba: sino por levantar un escándalo, nos da á las tres un patatús de muerte. En esto ha entrado Racó, y al oir aquel murmullo y enterado de lo que era, ha dicho á dos Señoras y un caballero: «Nadie ha asesinado al muerto, sino su mal: los médicos, lo mismo los unos que los otros, han hecho y cumplido su obligacion; todos han llegado adonde sabian: sabian mas los homeópatas, y le aliviaron un poco y alargaron algs meses la vida.» Y diciendo esto ha reparado en nosotras, y nos ha saludado con la cabeza.

D. Clest. (Alterado) ¿Eso ha dicho Racó?

Las tres. Eso, eso ha dicho.

D.ª Prot. Que los homeópatas saben mas que VV.

Prot. Señores, á las cuatro en punto á la academia. Nadie falte. Y de palabra avisen VV. á los compañeros, cada uno al que vea.

Todos. A la academia, á la academia! (Se van levantando)

D.ª Fran. ¡Que carnaval á nos espera!

D.ª Prot. ¿Por eso? Mira, ya se me ha pasado; ya me he desahogado. Aun pienso divertirme mas; por lo mismo. Señores, sí, á la academia esta tarde: y tirarme con ellos. Tambien iremos nosotras. A la academia! á la academia! Sí señor, tambien nosotras: á la academia.

Prot. Para nada os necesitamos.

D.ª Prot. Para nada! Que poco sabes tú lo que yo pienso! Ya lo verás. Por fin iremos ya á lo último, cuando hayais despachado vuestras letras. (Los médicos en ademan de irse)

Y V. D.ª Justa, y tú Francisca, tambien aquí á las cuatro.

D.ª Justa. Yo no sé si podré venir. Tengo la mujer de ...

D.ª Prot. Haga V. lo que pueda. Que allí no nos irá tan mal como ahora en la iglesia.

Los Méd. A los pies de VV. Señoras.

Las Señoras. Vayan VV. enhorabuena.

(Vanse los médicos, y Protasio y las Señoras los siguen acompañandolos, y desaparecen todos)

Acto 2º

(Salon de la Academia con algs. cuadros de anatomia)

Escena 1ª

(Aparecen diez ó doce médicos acabando de sentarse: Urtiles en la presidencia, y Urea en la mesa, de secretario)

Pret. (Toca la campanilla). Supongo, señores, que nadie ha dicho nada á Trato... (Todos callan). Pero ante todo léase el acta de la última sesion.

Urea (Leyendo) "El dia 20 de Febrero de 18... "

Pret. Por leida... ¿Aprobada?...

Todos. Si, aprobada.

Pret. Vamos á la presente. El socio don Eleuterio Odimio desea leer una Memoria contra la homeopatia. Espero que la Academia la oirá con gusto. Es larga?

Un Med. Cincuenta y dos pliegos y medio.

Pret. Mucho es eso. A ver, lea V.a la introduccion, porque para leerla toda no hay tiempo.

Un Med. (leyendo) "En todos tiempos ha habido embusteros, saludadores y fanaticos, chalanes y embaidores..."

Un Med. Buen principio!

Otro. Sublime!

Otro Yo veo que no se habra escrito cosa como esa. A ver, nos eso otra vez; eso inspira.

El de la Mem. "En todos tiempos ha habido embusteros, saludadores y fanaticos, chalanes y embaidores."

Un Med. ¿Que está en verso? Porque lo parece.

El de la Mem. No señor; aunque mi pensamiento sube. Por ahora está en prosa.

D. Clist. Mézclele V. algo de verso, porque el verso, señores, la poesia es poesia; y la cosa lo vale. Eso es una inspiracion. Con eso ya se puede decir: adios homeopatia! Concluyó; murió; descansamos

Todos (con entusiasmo y dando palmadas) ¡Aurió, aurió, la homeopatía!

D. Fer. Pido la palabra.

Pret. Hable V.S.

D. Fer. Advierto que esa Memoria no tiene epígrafe.

El de la Mem. No he pensado.

D. Fer. Pues debe ponerse, porque Memoria sin epígrafe es como iglesia sin pila de agua bendita. Búsquese una sentencia muy grave que diga al asunto: en latin, por supuesto: y si fuese en griego, mejor; y habrá ocasion de ponerla en tres lenguas: en griego para quien lo entienda y diga lo que quiera: en latin para nosotros; y en romance para todos.

Pret. Me parece eso bien. Llévese V.S. la Memoria y busque un texto que cuadre al asunto. Por hoi no se lee mas. A ver, secretario, ese oficio ó carta del Sr. D. Catasio Geta... Ya saben VV. SS. quien es.

Urea (Saca una carta y lee) « Señores de esa Academia muy Señores mios: Hemos visto con mucha satisfaccion lo que VV. SS. se proponen trabajar y lo que hasta ahora han hecho contra el enemigo comun...

Pret. Sí, porque yo le escribí lo que habia pensado y he manifestado esta mañana en mi casa; con alg.^as cosillas de mi cuenta. Siga V.S.

Urea. « Y si no de oficio, al menos confidencialmente y como de amigos á amigos aseguro á VV. SS. que la alopatia no podrá menos de estarles muy obligada y de poner sus nombres en el album de los beneméritos. Entretanto adelanten VV. SS. lo de los baños que citan, que aunque las aguas valgan poco se les pueda dar credito y fama (como VV. SS. saben), y habra colocacion para tres de VV. SS. Las oposiciones no deben dar cuidado. Alópatas puros; y el que mas servicios haya hecho á la profesion ó á la escuela, aquel se llevará el empleo. Soi de VV. SS. .. &c.»

Pret. Ya lo oyen VV. SS. Conque manos á la obra. ¿Que sales contienen las aguas de Jarcte y Lea?

Un Med. Sales, ninguna: algo de azufre, muy poco.

Pret. No importa. Se envian allá los enfermos de poco mal y se curaran, ó por la virtud de las aguas, ó por la vida que se lleva

en todo baño, sin cuidados, mucho beber y purgar, bien comer, pasear, jugar, divertirse, y la fe que los ha llevado.

Un Med. Tampoco no son gran cosa los de ~~Lindes~~ Sinues, que solo contienen un poco de magnesia. Pero corren de mi cuenta. Ya tengo en cuenta seis enfermos que los voi á enviar en llegando el Junio.

Otro Med. Pues por la mia corren los de Cózar: son un poco ferruginosos, y voi á enviar allá las solteras de doce años arriba, supuesto que no pueden hacer sino bien á todas y mal á ninguna.

Pret. Eso. Y luego se hace allá un viaje; estamos? (Tose dos ó tres veces): se habla, se trata... (Tose) Esto mientras se acreditan, mientras se publica su analisis, y el gobierno pone médico en ellos.

Aquí tambien verán Vds. cuanto daño hace la homeopatía. Porque los homeopatas no envian á baños; se burlan de ellos. Lo que ya yo tengo hablado con los dueños de algunos (Tose). Porque enfin, un médico de baños... (Tose). Yo ya no estoi para esto, á Dios gracias; pero trabajaré por otros. ¿Estamos conformes?

Todos. (Con grandes señales de aprobacion). Conformes, conformes.

Pret. Pues ahora, secretario, esa proposicion.

Srio. (Abriendo un pliego y leyendo): « Por cuanto el doctor D. Juan Racó, individuo de esta Academia, ha proferido espresiones sospechosas de apostasía médica, y no es la primera vez que se le han oido proposiciones inconvenientes y palabras de mal sentido; y siendo público por otra parte su trato y amistad con D. José Turo, enemigo declarado de la alopatía...

Escena 2.ª

Los mismos y Racó.

(Al presentarse Racó se suspende la lectura y todos quedan un poco turbados).

Racó. (Alterado y con firmeza). Señor presidente, ¿porque se ha dado órden al portero de no abrirme?

Pret. La academia tenia que tratar cosas en que nos ha parecido que V.S. no podia tomar parte.

Ravó. Soi académico lo mismo que todos, y nada puede tratar la academia que yo no deba ó pueda saber, y en que no tenga derecho á tomar la misma parte que cualquiera otro. Acaso porque me toca demasiado no se ha querido que yo asistiese; y precisamente por eso, porque me lo he pensado, he querido venir, y romper la puerta si no me abrian. Y aquí estoi; y siga la sesion. (Se sienta como uno de tantos)

Pret. Ya pues que V.S. lo quiere, seguirá la sesion. Secretario, eso mismo otra vez.

(Orea duda: el presidente insistiendo):

Pues lea V.S. esa proposicion; eso mismo que se ha leido.

(Orea vuelve á leer lo mismo, y continúa):

Orea „Propongo que se le borre de la lista de la academia, y se le tenga por no académico, lo mismo que si nunca lo hubiera sido. — Cliterio Locio."

Ravó. ¿Y por eso no querian que yo entrase? Vamos, á votar!..

Pret. Pero V.S. ¿confiesa que la proposicion es verdadera?

Ravó. ¡No ha de ser! Aun no dice todo lo que hay. Verdadera, señor; verdaderísima. Conque á la votacion.

Pret. Es que si acaso V.S. tenia alguna esplicacion que dar...

Ravó. No señor, ninguna.

Pret. A veces los hombres...

Ravó. Son hombres. (Con firmeza y poniendose la mano en el pecho)

Pret. Pues, secretario, reparta V.S. bolas.

(Orea reparte bolas, diciendo antes):

Orea. La negra escluye al doctor Don Juan Ravó de la academia; la blanca le conserva en ella.

(Pasaba por alto á Ravó, y este le pide bolas)

Ravó. Como? Vengan tambien aquí bolas: tambien yo quiero votar. (Miranle todos). Que quiero votar. (Daselas).

(Pasan todos á depositar las bolas en una caja. Y acabado

saca el secretario los cajoncillos, mira y dice):

Secr. Por unanimidad: el doctor D. Juan Naró queda excluido de esta academia.

Naró. (Levantándose y como continuando la frase del secretario) Para provecho suyo; para honor, digo, y provecho suyo. Señores, doy á VV. las gracias, y me despido para siempre de la amistad, trato y comunicacion de todos los individuos de esta academia, como profesor, como ciudadano, y hasta como cristiano.

Pres. Modérese V. Sr Naró, y mire V. lo que dice.

Naró. Está mirado. Solo me falta añadir, que cada dia pediré á Dios envie á la tierra otra razon y otra luz nuevas para los medicos alópatas..

D. Clist. (Furioso y levantándose) Señor presidente, si obra V. lo obro yo. (Y coge una silla. Naró muy sereno le mira poniéndose la mano con el ademan que hacemos cuando nos ofende el sol y queremos librarnos de sus rayos para mirar algun objeto. Al coger la silla D. Clisterio se levantan todos, y unos le detienen, otros suplican á Naró que se retire.)

Naró (cerca de la puerta). Eh! de la silla!.. (Hácele besamanos con desprecio). Nos veremos! Señores, queden VV. con Dios. (Vase)

Escena 3ª

Los mismos menos Naró.

D. Clist. Siento que se haya ido sin hacerle pagar su insolencia

Pres. Calmese V. Sr D. Clistº, que á todos nos toca lo mismo.

Secr. Señores, desde que Naró trata con Turo ha mudado enteramente. Se ha despedido de sus visitas, que aunque no eran muchas, algªs tenia. No sale de casa sino para ir á la de Turo; y dicen que estudia noche y dia. Tambien se le ha visto hablar con Ribera. Y esta votacion? Bola negra le ha echado.

Prot. Eso quiere decir que dentro de poco se declarará homeópata. Y en verdad que si todos fueran tan majaderos como él, poco adelantaría esa escuela, y poco cuidado podrian darnos.

Orea. Harto majadero ha dejado de ser. Pues qué? lo que acaba de hacer ¿es de un hombre sandio?

Prot. Lo que es talento no le falta: sino que salió de los estudios muy confiado, y parece que va volviendo atrás de aquella tontería.

Orea. Pues yo no será lo que ha sido. Ya será un homeópata mas temible, mucho mas temible que otros, por el ningun empacho de decir lo que siente y de atacar al mismo hijo del sol en figura de médico alópata, si se ofrece. Porque lo hará, señores; no lo duden VV. Le conozco bien; y como mi tio ha dicho, tiene talento; y una honradez á toda prueba. Siento que le hayamos dado justo motivo para hablar como hablará de nosotros. El Sr. Locio nos ha precipitado.

D. Crist. Pues á mi no me pesa lo hecho. Con decir, con empeñarnos todos en decir que está loco ó camina p.ª loco, le vencemos, y le desacreditamos é inhabilitamos en la opinion pública.

Orea. Si no tubiese á su lado y favor á D. José Turo, dice V. bien, porq.e asi se ha inutilizado y perdido á otros que eran mas hombres que él; pero esa amistad podrá mas que todos nosotros. La opinion y la autoridad de Turo es grande y puede mucho en esta ciudad. No vayamos por lana, y..

Escena 4.ª

Los mismos y D.ª Protasia y D.ª Trinidad

D.ª Prot. Aquí estamos nosotras. D.ª Justa no ha podido venir.

Trinid. Tiene allí una prima, y por la tarde se van de tiendas.

D.ª Prot. ¡Que serios nuestros maridos! Lo ves? Cualquiera diria que son alguna cosa. Vaya, vaya, siéntense Vds.; y tambien nosotras, chica; acerquémonos sillas. (Lo hacen y se sientan, sentandose tambien los médicos, que se habian levantado al entrar las señoras)

Vamos, señores, siga la academia; á ver si nosotras sacamos lo que tratan. ¿De qué estaban Vds. hablando? ¿de fiebres ó de calenturas? (Ríense). Chica, nosotras, á nuestra idea. (Levántanse las dos, van á la puerta, y volviendose, dice D.ª Prot.): supongo, señoras, que aunque

estén en la academia, bien recibirán un agasajo que les traemos, y valdrá un poco mas que todo lo que Vds. han parlado. (Hace señas hacia fuera, y entran criados con bandejas de dulces secos empapelados, bizcochos, vasos, copas y botellas, y lo van dejando en la mesa. Los médicos se levantan riendose, y dice el secretario):

Srio. Está visto: se nos apoderan. A lo menos acabará la sesion dulcemente.

Dª Prot. (Acercándose a la mesa) Ea, ea, señores.

Valdad. (Mirando por la vidriera). Que comparsa de máscaras tan bonita!

Dª Prot. (Corriendo allá) Es verdad! Ay que hermosa! Que suban, que suban, y nos divertirán un rato. Lopez! Lopez! (Llamando. Entra Lopez) Baje V. y digales a esas máscaras que suban; se bailarán un rato, y los hartaremos de dulces (Vase Lopez).

Señores, el que se muere porque quiere, es un tonto. Verán Vds. que rato pasamos. Lo que se goza, se goza; lo que no, todo es perdido.

D. Ter. Señora, ¿que se dirá que se baila en la academia?

Dª Prot. ¿Se dice aqui misa?

D. Ter. No señora.

Dª Prot. ¿No tratan Vds. aqui de pestes, de colera-morbos, fiebres, partos, y esas porquerias? (Señalando los cuadros)

D. Ter. Mejor hubiera sido que bailasen en la calle y mirarlos desde los balcones.

Dª Prot. ¿Y si queremos bailar con ellos?

D. Ter. Eso es otra cosa.

Dª Prot. Ya estan ahí. Ea, fuera academia, señores. Mira que graciosos! (Entrando las máscaras en la sala) ¡Quien los habrá vestido! Mirad, habeis de bailar, y despues os atracaremos de dulces por llevarsenos los jamuelos.

Escena 5ª

Los mismos y una comparsa de máscaras.

(Compónese de ocho personas: tres parejas vestidas de un mismo modo, con un pandero chiquito cada persona de las seis: un figuron con cara, piernas (de la rodilla abajo) y brazos ensangrentados; sartas de cosas que parecen sanguijuelas colgadas al cuello; tientas, pinchos, lancetas y espátulas y cuchillos colgando de la cintura, y una geringa descomunal echada al hombro y teniendola con la mano izquierda: una figura de muger muy jóven toda de blanco, pero traje ligero, suelto y airoso una

guirnalda de flores blancas en la cabeza, y un espejo de mango en la mano atado al mismo tiempo con un cordon verde á la cintura. El figuron es Torres.

(Van delante las tres parejas; sigue la doncella, y detras de todos el figuron. Este se coloca á un lado, la doncella á otro, y las parejas bailan tocando los panderos: y cuando van hácia el figuron hacen ademanes de horror y como se espantan; y cuando van hácia la doncella, hacen ademanes de afecto y amabilidad con ella. Esta se está quieta, con la mano izquierda en el pecho, y levantando con la derecha el espejo se mira en él sin hacer ningun movimiento. (*)

(Despues de bailar un rato dice Dª Protasia).

Dª Prot. Y ¿quien es esta doncella tan blanca y tan hermosa, que no dirán sino que sea una reina, la reina de la amabilidad y de la inocencia?

La Doncella (con una voz muy suave y dulce, pero natural en lo posible): Yo soi la Homeopatía.

Torres. (Pronto y con una voz fuerte y en tono feroz): Y yo la Alopatía.

Todos. Zapelto! insulto! Bribones! (con alboroto)

Las señoras. A tirarlos por el balcon! Tunantes!

Torres. Compañía!... á formar en ala!... á la defensa y ofensa!...

(Fórmanse al punto en ala tomando en medio á la doncella, y sacando de repente unas cosas como pistolas y haciendo como escudos de los panderos, apuntan á los médicos y á las mugeres. El figuron apunta así mismo con la geringa puesta en un extremo de la sala.

Las dos Señoras. Ay ay! que nos matan! (Y echan á correr y huyen: al salir de la sala da Dª Protasia un chillido tan alto,

(*) Veo que habrá alguna dificultad en esta escena. Pero se podrá colocar la testera á la derecha ó á la izquierda del espectador; ó contar con esa ~~no~~ otra disposicion de la sala para este baile de las máscaras.

que parece le sucede algun trabajo. Los médicos huyen tambien: y Torres y toda la comparsa van siguiéndolos en batalla hasta la puerta y la antesala. Vuelven riéndose, y levantándose las caretas, se acercan á la mesa y todos á un tiempo alargan las manos á tomar dulces)

Torres. No hijos, no con ese desórden. Yo os los daré: y á V. Majestad tambien, señora Homeopatía, que supongo es la mas golosa de todas.

(Y les va dando dulces, y ellos comiendo con afan, y saltando y dando cabriolas, riéndose y diciendo cada uno lo que le ocurra)

Compañía!.. (Atienden todos). Ahora hemos de beber. Veamos qué botellas son estas. (Toma una y la mira como al través de la luz). Este es el licor de los nueve gustos. (Riense). Porque lo ha hecho el boticario tuerto... sabeis? aquel de la esquina. Y es que son nueve los médicos que hacen llevar allí sus recetas, y él en pago los regala continuamente; y de estas bebidas hasta á sus gallinas dan las medicinas para que porgan. A ver. (Echa en tres ó cuatro copas; él toma una y otros las otras; gusta el licor un poco, y levantando la cabeza y paladeando dice): Uno, dos... tres... cuatro... cinco... seis ... siete... ocho y nueve; pues, los nueve gustos que he dicho. (Riense, y se bebe la copa: los demas beben tambien un poco dándosela de unos á otros, y tosen como de la fuerza del licor). Qué fuerte? Bebed un poco de agua. A ver esta otra botella. (Toma otra y la mira)

Escena 6.ª

Los mismos y Lopez (Que entra mirando y con miedo)

Torres. Ola, valiente! ¿Que buscas? ¿Te envian tus amos?

Lopez. Por fuerza habias de ser tú! Un teólogo andar así de máscara!

Torres. Y un medicinante hijo de buenos padres ponerse á servir á la hija de la Tuferota!

Lopez. Vaya, chico, no me enfades. Lo que habeis de hacer es iros en paz y no buscar lo que no teneis, porque os podria costar caro.

Torres. Mas caro les costará á tus amos, que en hartándonos vamos á tirar los dulces que queden por los balcones á la calle; y las botellas,

y los vasos, y las vandejas; y tras esto, al paje de la Tiplecita. Dejanos tú en paz, y come si quieres comer y bebe; y sobre todo calla, simó.... (Toma la geringa y le apunta dando un vonquido de amenaza. Ríense todos. Vuelve á tomar la segunda botella, y mirándola dice): Ola, hijos míos! hijos é hijas mias! esto es Champaña!.. Por eso estan aquí estas copas. (Las vuelve pa echar en ellas). Sabeis lo que es champaña?

Todos. No, no lo sabemos.

Torres. Pues es un vino á modo de licor que si sale acertado hace ver ya del primer trago á todos los ángeles y virgenes del cielo. No es que embriague tan aprisa, sino que de gusto levanta el espíritu al quinto cielo y hace olvidar todo lo de la tierra. Esta botella, hijos, sin duda de un cajon de un par de docenas, debe ser regalo del director de los baños de Pluvres, que como próximos á Francia le es facil traerlas, y regala así á estos santos médicos, á botella por bamista que le envian. Allá va, hijos mios. (Destapa la botella y echa en una copa); Veis, veis como suben y bajan los espíritus que os han de subir al cielo? ¿Veis como se bullen? (Se acercan á mirar: dáselo á probar y hacen gestos de aprobacion. El se bebe de un trago lo que queda en la copa y vuelve á echar en ella y en dos mas.) Si de esto hubiera en el otro mundo, no habria purgatorio ni infierno; todo seria cielo. A tí no te doi (á Lopez) por indigno. De esotras puedes beber; de esta, eres incapaz por criado de la Tiplecita. (Y bebe y da otra vez á los mozos)

Lopez. Bien se conoce á quien sirves. No tendrias valor para hacer estas cosas, ni tampoco las sabrias inventar.

Torres. Con efecto, mi amo, mi dignísimo amo D. José Tiros, se gucira con alumnos de médicos alópatas. (Ríense todos).

Lopez. Sí, sí, ya se conoce. No dejará de sacarte un teólogo famoso.

Torres. Oyes! Mas teología me ha enseñado él en seis meses que hace que estoi en su casa, que habia aprendido en cinco años de carrera. Y mas nobleza y mas humanidad he visto en su casa, que habia visto en toda mi vida. Tú; que ves en la casa que estás? Los mantones y los pavoneos de la Tiplecita; y la afectacion y la miseria de aquel

trato y de aquella grandeza forzada, mas baja y necia que la andadura de un sapo.

Escena 7ª

Los mismos y dos civiles á la puerta.

Torres (Al verlos) Compañía! á formar en batalla! firmes! apunten!.. (Se forman, bajándose las caretas, y apuntan con las pistolas y el con la geringa. Los civiles no se alteran ni se mueven. De ahí á un poco se echa Torres la geringa al hombro, va á los civiles, habla al uno de ellos al oido; el civil mira á la comparsa, luego se sonrie, habla al compañero, y los dos se van riendose. Lopez se habrá asustado y metido en un rincon)

Escena 8ª

Los mismos menos los civiles.

Torres. Segunda batalla: segunda victoria, hijos mios. A los dulces, y á la tercera. (Y riendose todos vuelven á la mesa). Donde está Lopez? Miradle, miradle, el indino! Ah cuitado! (Riense todos de verle)

Lopez. (Saliendo de pronto) Mira, Torres, si esto no para en mal.. No sé qué va á ser de ti..

Torres. De mí? Yo te lo diré. Pero primero bebe un poco de agua por el susto, soldado del Gran Capitan.. Que puede ser un ayuda de cámara de Dª Protasia! De la hija de la Inspectora!.. (Riense todos. Torres tomando otra botella y mirándola) Esto.. esto es chacolí de las Provincias. Sí, chacolí es: regalo de los vascongados por los ricazos que los médicos les envian á tomar aires y dejar allí sus patacones. Ah Lopez, Lopez! No vengas allá entre tiempo á confesarte conmigo, porque no te absolveré. Para vosotros no hay absolucion. A ver. (Echa en una copa y lo gusta). Pues! chacolí. Probadlo. (Dales la copa y lo gustan todos, escupiendo luego como cosa desagradable). Oh! esto no es el champaña. Anda (á Lopez), saca otra botella de cham-

paño, porque una sola no habeis traido. Anda, sirvó... (Y le apunta con la geringa)

Lopez. ¿Y tú has de ser cura?

Torres. Si Dios quiere; y muy pronto. Amo ser que lo retarde para acabarme de formar en el trato y enseñanza de mi amo, que vale mas que la de cien seminaristas. Ea, ea! (Y reparte un puñado de dulces á cada uno) Y tú, tuferito, ahí tienes. (Dale un viscocho: Lopez no lo quiere, y lo echa otra vez en la vandeja). En paz! y adios, señor don badea, señor don paje de la tufera, de la tuferita y de la tuferina. Mirad, por el miedo y sustos que este mozo ha pasado, demosle un bailecito. Agarrate, marporro!... (Bailan, poniéndose las caretas y colocándose Torres y la doncella como la primera vez. Acabado de bailar, pregunta á Lopez):

Torres. ¿Qué tal? ¿te parece bien? (Y de pronto) Compañía!... en batalla! apun!..

(Apuntan todos á Lopez; él se apunta y echa á Torres; y todos así apuntando y diciendo Torres tom, tom, tom..., se van marchando á paso redoblado hasta que desaparecen).

Acto 3.º

La misma sala del acto 1.º

Escena 1.ª

Dª Protasia y Dª Tremedal.

(Dª Protasia sentada junto á la mesa haciendo calceta á la luz de dos bujías. A poco rato llega Dª Tremedal á quien una doncella quita la mantilla)

Dª Prot. Me alegro. ~~[illegible]~~ Escucha... ¿Sabes quien es Petronio mentis?

Dª Trem. (Sentándose). ¡Qué humor tiene V.!

D.ª Prot. Chica, si las penas duraran, á la primera se inflaba una. ¿Qué? ¿por lo de esta ~~mañana~~ tarde?

D.ª Fran. Por lo de esta tarde, por lo de esta mañana, y por lo de todos los dias. Enferma me pongo ya de oir hablar á estos hombres de su homeopatía, y de sus proyectos contra ella, y de sus iras y desesperaciones. Pues digame V.: si esa medicina vale algo, ¿tienen mas que adoptarla tambien ellos? Y si no vale nada, ¿á qué tanto ruido y escándalo? Ella se acabará y morirá por si misma.

D.ª Prot. Pero muger! ¿No ves que eso es querer enseñar á nuestros maridos, á los médicos antiguos, una cosa que no saben?

D.ª Fran. Que la aprendan.

D.ª Prot. ¿Y si no quieren ó no pueden, porque son viejos ó se dan vergüenza?

D.ª Fran. Que callen.

D.ª Prot. Pero ven acá. ¿No ves que esos nuevos médicos van ganando opinion y les quitan á los nuestros las visitas, la ganancia y el crédito?

D.ª Fran. Señal que no engañan del todo á las gentes, como quieren decir nuestros maridos. Una vez ó dos podrian engañar; pero siempre, es imposible. Y en fin, sea lo que quiera, y engañen ellos ó los nuestros, mas vale comer pan prieto y yervas del campo en paz y con honor, que todos los regalos del mundo con la desazon y tormento que ahora viven ellos y nos hacen vivir á nosotras.

D.ª Prot. Chica-Chica! ¿Asi discurres?

D.ª Fran. Asi discurro, y asi pienso y siento.

D.ª Prot. Pues hija mia, si con tanta filosofía quieres vivir, lo que tienes te valdrá; que lo que habeis de ganar, en almas de suegras me lo quiero yo comer todo. Vaya, vaya, dejemos esto, y dime si sabes quien es Petrusincuntis.

D.ª Fran. ¿~~Y á quien~~ Y á qué viene eso? No ignoro, no lo sé.

D.ª Prot. Pues yo sí. Oh vale mucho tratar con hombres sabios, y mas como se trata á ~~mi~~ un marido. El mio... pues, tu tio,... el doctor D. Pedro Emegio Juan de los Fratiles, presidente de la academia, y que con el baston ha ganado el patrimonio de treinta mil duros que tenemos, y lo que no se sabe. Pues amiga, Petrusincuntis es un sacristan, un fiel de fechos, un barbero, un peluquero, un comadron...

D.ª Fran. Pues tambien lo serán nuestros maridos.

D.ª Prot. Poco á poco, señora sobrina. Pretiles no va ya á asistir á los partos. Eso es para médicos principiantes como tu marido; para médicos entreverados de cirujanos; para médicos asi... en fin, médicos que no comen principios sino se lo dan; no para médicos de las ínfulas y carácter de tu tio, que ya casi son Usías.

D.ª Tren. Conque es decir, que en llegando un médico á ser muy rico ó muy entonado ya se desdeña de asistirnos en la mayor necesidad que puede haber, en un acto y trance en que peligran dos vidas, la de una muger infeliz y la de un ser inocente que va á salir á la luz.... ¿Para qué es pues la inteligencia y la práctica de los buenos profesores?

D.ª Prot. ¿Sabes, Tremedal, que me enfadas hoy con tus filosofías? Mira, ahora van á venir nuestros maridos, y vendrán quemados de lo que ha pasado esta tarde, y todos alborotados con el proceso que se está formando. Conque si nosotras les ayudamos, si nosotras tiramos la cuerda, buen descanso tendrán en sus mugeres.

D.ª Tren. Eso es otra cosa. Nunca yo cuando Orca viene desazonado...

Escena 2.ª

Las mismas, y Pretiles y Orca.

Pret. Mirad, Protasia; nos venimos aquí otra vez. Bueno será que nos dejeis esto libre... O nos entramos á mi estudio.

D.ª Prot. De ningun modo. Queremos asistir nosotras, pues ya sabemos lo que vais á tratar. No nos meteremos en nada. Y estando nosotras delante, no os alterareis tanto por no darnos pesadumbre; y será mejor para todos.

D.ª Tren. Gracias á Dios que le oigo á V. hablar con discrecion y con seso.

D. Prot. ¿Pues qué? ¿Piensas que me falta?

D. Tren. No pienso tal, sino que á veces quiere V. forzar el corazon á que se alegre, y eso no puede ser.

Pret. Mira, ya suben. Retiraos por lo pronto.

D. Prot. Ni por lo pronto ni por lo tarde.

Escena 3.ª

Los mismos y alg.s médicos.

Pret. Señores, parece que estas dos...

Dª Prot. Señores, señores, queremos estar aquí, porque esto ni es junta, ni academia, ni nada. Ya sabemos lo que van á tratar. Y aunque no lo supiéramos supuesto que despues nos lo habian de decir, lo mismo es, y mucho mejor, oirlo nos-tras ahora. Siéntense VV. y comience el acto. (Vanse sentando)

Un Usd. Tiene razon mi Sª Dª Protasia. Hay cosas que es impertinencia llevarlas con misterio, y más guardarse de las mugeres.

Dª Prot. De apuestas! que la mitad de las veces valemos una sola mas qe. todos VV! Vamos, hijo marido, vaya V. contando esa historia.

Pret. Has dicho que no os meteriais en nada.

Dª Prot. Si nos metemos. El hablar es otra cosa.

Pret. Pues señores, inmediatamte que hemos salido de aquí...

D. Prot. (á Dª Frem.) (Huyendo de las pistolas).

Pret. — hemos ido á ver al gefe politico... digo, al gobernador, segun hemos quedado; le he referido el hecho: y señores, tenemos el sentimiento de participar á VV. que no lo ha creido.

Dª Prot. (Con viveza) ¡Como que no lo ha creido? No se lo habras dicho como ha pasado: no le habras dicho... Vaya, vaya, que si eso no cree el gobernador, tampoco no creera que ahora es carnaval y luego sera cuaresma ~~[illegible]~~

Pret. Protasia, déjame concluir la relacion!..

Dª Prot. Si no ha creido nada, ya está concluida.

Pret. Calla, por Dios! Y... no me interrumpas!

Dª Prot. (á Dª Frem.) (Chica, no despeguemos los labios).

Pret. Pues como decia, el gobernador lo ido creyendo todo...

Dª Prot. Pues ~~[illegible]~~ no acabas de decir que no lo ha creido? Mira, ¿sabes lo que te digo? Que con esas rabias y cosas todos habeis perdido la cabeza, y no sabeis lo que os decis.

Pret. (Con un gesto de resignacion por la impertinencia de su muger) Lo creia pues todo al principio.

Dª Prot. (á Dª Frem.) (Ya veras como no sabe salir de creia y no creia).

Pret. Y aun hemos conocido que se incomodaba, y que en aquel momento hubiera tomado una providencia fuerte contra ellos.

Da Prot. Bien le merecen!

Pret. Pero cuando despues de todo le he dicho que el corifeo de la compañía era el estudiante de D. José Tuso (porque lo hemos sabido por Lopez), ha principiado á menear la cabeza; y al fin nos ha dicho: «Sr D. Pedro, V. no lo lleve á mal que dude en parte de la realidad de esos hechos, no porque crea que V. falta á la verdad, sino porque desatinados, ó muy preocupados al menos, al oir aquello de homeopatía y alopatía, y creyendolo una burla, como talvez ha sido, y no han visto VV. sino fantasmas de su imaginacion alborotada.»

Da Prot. Eso te ha dicho? Pues hijo mio, os ha tratado á todos de necios y de menguados de seso. Habeis quedado lucidos! Y con eso es decir que la burla quedará por burla, el insulto por insulto, y los dulces y los licores buen provecho les hagan! Solo de oirle eso me da dolor de vientre y hay una revolucion en mi cuerpo. Y pensais dejarlo asi?

Pret. (Con ira) Muger! O callas ó... Señores, VV. disimulen... Pero ya ven que no me ha dejado decir dos palabras seguidas.

Da Prot. (Serena) Si todas han de ser como las que has dicho, mas vale que no sigas, sino que estos SS. se vayan á roer el hueso á sus casas, y nosotros lo roeremos aquí en la nuestra.

Pret. (Repulla) Vámonos á mi estudio (levantándose); veámonos libres de esta muger importuna, imprudente, impertinente...

Da Prot. (Serena) Vayan VV. mucho con Dios; no mas que habrian de estar á oscuras.

Orea. Déjela V, tio, que hable lo que quiera. El mal no está en que hable sino en que alguna vez tiene razon.

Da Prot. Pacien... Pero la razon no la quiere oir un medico, un presidente, un doctor de las infulas de tu tio. Todo menos la razon. Cuanto va que con tus frases y repulgos de palabras te has dejado lo mejor, y á estas horas no sabe el gobernador lo que ha pasado?

Pret. Señores, voy á concluir, que me falta la paciencia. Por fin nos ha dicho, que aquella misma relacion se la presentásemos por escrito. A la hora ya la tenia en sus manos, y leida, ha contestado que le daria mas cargo, y que mañana antes de providenciar me avisaria que piensa por allí, y es en lo que hemos quedado. (Señales de satisfaccion)

Da Prot. Gracias á Dios! Ya ahora sabemos lo que habeis hecho: ya salimos de penas: ya me ha vuelto el alma al cuerpo. A ver si fusila á aquel

del trabuco y echa á presidio á todos los demas.

Pret. A lo menos si hay justicia, de un grillete no se libra aquel pillan, y segun..., puede que sea algo mas; porque el abusar asi del disfraz de mascaras tiene penas muy severas. Y el codigo penal... ¿Lo ha visto alg.º de Vds.? (todos se encogen de hombros)

Dª Pret. ¡Cuanto me alegraria de que los ahorcasen á todos!

Orea. No tanto, señora tia, no tanto; porque se conoce que entre ellos hay ciertos quintos de poca edad.

Dª Pret. Lo parecian, pero no lo eran. Asi que para manejar pistolas, que yo de ver una ya me parece que me entra la bala por el pecho.

Pret. Vamos á otra cosa.

Dª Pret. Supongo que tambien á esa otra cosa podemos asistir nosotras.

Pret. Si, muger, si,... calla y... oye si quieres.

Dª Pret. Habla pues, y... Mira, cosida la boca.

Pret. A Orea y á mi nos ha parecido que sin perjuicio de llevar aquí esta causa á sangre y fuego...

Dª Pret. Eso, eso!

Pret. — y de defender la profesion viribus et posse...

Dª Pret. (A Dª Trem.) (Eso quiere decir de puño y de codo)

Pret. — seria muy conveniente enviar á uno de nosotros á Madrid para que se vea con los que escriben contra la homeopatia en periodicos y en libros, y con todos los medicos de alguna valia contrarios ~~[illegible]~~ á esa escuela; ó al menos con los principales; y con algunos de los de cámara...

Todos. Bien!

Dª Pret. Me encantas, Pretiles, me encantas (Con desasosiego en la silla)

Pret. — referirles el hecho para que lo publiquen y comenten en todos los papeles, y nos digan lo que hemos de hacer ulteriormente, comunicándoles al propio tiempo lo que aquí hemos acordado. Asi mismo deberá informarse el que vaya, del estado en que se hallan los trabajos publicos y secretos contra la homeopatia; insinuandoles, si no hubiesen dado en ello, que en la sociedad publica de seguros mutuos se disponga haya una parte secreta al modo de la de los masones ~~[illegible]~~ y propagandistas.

Todos. (Con grandes muestras de aprobacion) Bien! Muy bien!

D.ª Prot. Ahora si que habeis tenido un pensamiento digno de vosotros! Eso es que me gusta! Vamos, muger, (á D.ª Franc.) alegrate; nuestros maridos van siendo hombres.

D.ª Fran. (Poco satisfecho) Lo mismo que siempre. Al fin se canta la gloria.

D.ª Prot. Ya la canto yo desde ahora. Pues que? Piensas tu que aquellos señores miraran esto con desprecio? Unos hombres que entran en palacio y hablan con los ministros.. Ya te acuerdas que aquel que llaman D. Calasio Encorvado nos dijo que se han propuesto acabar con todo lo que no sea ellos.

D.ª Fran. Pues tampoco nosotros somos ellos.

D.ª Prot. Si tal. Porque como de la misma idea todos somos unos. Ademas nosotros no les hemos de quitar los honores y rentas que tienen, como los hacen patas si les pillan el puesto

Pret. A fe hablais!

D.ª Prot. Dejanos, hombre, ahora que estamos contentos. Veras que cena que tenemos.

Pret. Conque, señores, ya que a todos parece bien el pensamiento, veamos quien sera á proposito para esa comision; quien de nosotros ira á Madrid.

Urea. Para que nadie se escape, lo mas acertado sera votarle, y el que reuna mayoria, que vaya.

Todos Dice bien Urea. A votacion, á votacion.

Pret. Pues á votar. Lope! (Llamando)

D.ª Prot. Para que lo quieres?

Pret. Para que traiga papel y tintero.

D.ª Prot. Ya voi yo. (Vase, tomando una bujia)

D.ª Fran. Aun esto, señores; aun este viaje á Madrid, que todos Vs. aprueban y tan bien parece á mi tia, me dice el corazon que será p.ª aumentar nuestros disgustos, ó por lo menos para mas y mayores desengaños

Pret. Mira, Francisca; tu tia con sus extremos é impertinencias, y tu con tu melancolia, ni nos dejais entendernos en paz, ni dar un paso con satisfaccion y seguridad. Ella nos abruma, y tu nos contristas. Que tomeis parte en nuestras cosas, natural es; pero sin-

tiendo y callando, no hablando y metiendoos en todo como hace tu tia.

D.ª Prot. (Saliendo y habiendo oido las ultimas palabras de Pret.) Me da la gana; y hago bien: si señor. Vaya, aquí hay papel y tinta (Deja uno y otro en la mesa)

Pret. (Se levanta, corta unas cedulitas, escribe en una de ellas, la rolla y dejándola en la mesa dice): Vayan VV. pasando y haciendo lo mismo. (Se levantan uno por uno, y hacen lo que dice Pret.)

D.ª Prot. (Vase corriendo entretanto, y vuelve trayendo un gorro ó sombrerillo suyo, y dice): Ea, señores, vayan VV. echando aquí las boletas.

(Va Urea á la mesa, echa las boletas en el gorro, y toma la pluma p.ª ir apuntando los nombres ~~que salgan~~).

D.ª Tremedal (Metiendo la mano en el gorro y sacando una cedula la desdobla y dice): "Señor Urea." (Urea escribe) Saca otra y lee) "Señor Pretiles." (Saca otra y lee): "Yo."

D.ª Prot. ¿Como tú? ¿Tu quieres ir á Madrid á hacer esas intrigas?

D.ª Trem. No Señora, sino que en la boleta dice: Yo. En vez de poner un nombre el que ha escrito esto, ha puesto la palabra Yo. Mire V. (Riense todos)

D.ª Prot. Qué atrocidad! Y quien es ese yo?.. Eso no es votar: ese es voto perdido. ¡Que burlon sera el que lo ha puesto!

D.ª Trem. (Sacando y leyendo otra cedula) "El mas gato." (Riense)

D.ª Prot. Tiene razon! ji-ji-ji! A la Corte debe ir el mas gato, por que allí todos son gatos, y el que no lo sea mas que ellos, ó al menos tanto, se le burlaran y no hara nada.

D. Fer. Y como sabremos cual es el mas gato entre nosotros?

D.ª Trem. El que mas pesetas sabe ganar embaucando á las gentes.

D.ª Prot. Eso, mi s.ª D.ª Tremedal, es bueno p.ª decirlo aquí entre nosotros; pero cuidado..

D.ª Trem. Pues yo ¿ entre quien lo digo?

D.ª Prot. No Señores; á mí me ocurre otra cosa. El mas gato sera el que con mas sandunga supo engañar á su muger y hacerle decir que sí y que no á tontas y á ciegas

D. Fer Pues entonces debe ser el S.r Pretiles

Dª Prot. Caaa!... Ni amor!... Está V. equivocado: V. no sabe lo que pasó entre nosotros. Ademas yo no quiero que ese vaya á Madrid, porq. una vez que fue se volvió sin un cuarto, me perdió la mitad de la ropa, y casi me trajo á casa dos manolas. (Riéndose) No porque él las engañase, sino porque ellas lo engañaron á él. ¿Sabe V. quien es aquí el mas gato de todos? Pues es el secretario.

Dª Fran. ¿Y qué habilidades tiene hechas ese hombre pª ser el mas gato?

Dª Prot. Mira: engañarte á ti y casarse contigo á pesar de tus padres, y hacer despues que le nombrasen heredero contigo. ¿Son esas habilidades?

Dª Fran. Si eso es... Y ¿porque me he de quedar yo viuda?

Dª Prot. Calla, boba: tambien lo quedarás mas despues.

Dª Fran. Si no hace lo que el tio (Risas).

Dª Prot. ¿Y cuanto piensas que durará tu soledad?

Pret. Saliendo esta noche, que aun hay lugar, mañana casi á la misma hora entro en Madrid; pasado mañana voy á aquellos señores, y al otro, ó lo mas al otro, está aquí de vuelta.

Dª Prot. ¿Ves, muger?

Pret. Si á VV. señores, les parece que vaya Urea...

Todos. Si, si; que vaya, que vaya.

Pret. (A Urea) Pues mira, vete, y tu con él á casa (á Dª Fran): ponle una mudada en la maleta; y no pierdas tiempo en sacar el pasaporte: ya iré yo allá mañana y te lo mandaré por el correo.

(Levantanse Urea y Dª Fran.). Si, no perdamos tiempo.

(Vanse Urea y Dª Fran. al entrar Lopez con un pliego cerrado y lo entrega á Pretiles: este lee el sobre):

Pret. "Al Señor presidente de la Academia de medicina y... del gobierno civil de la provincia." (Lo abre y lee): "Sr D. Pedro Eusebio Juan de los Pretiles: (Esto es carta de oficio) Hecho cargo del contenido del escrito que V. me ha entregado esta tarde, me ha parecido, antes de providenciar, oir de nuevo á V., y asimismo al que VV. llaman Estudiante de D. José Tirso. Espero pues que mañana á las once se sirva V. venir á mi despacho con uno ó dos de sus compañeros. = El gobernador, &c."

Urea. ¿Y ahora?

Pret. Contigo no va nada: tú á tu viaje. Porque si algo ocurriese que hubieras de saberlo, te escribo por el correo. Anda, anda. (Vanse Urca y Dª Trem.)

Escena 4ª

Los mismos menos Urca y Dª Tremedal.

Dª Prot. ¿Sabes, Pretiles, que con ese oficio ó carta se me va oscureciendo el alma é indigestando la cena de ayer?

Pret. ¿Porqué?

Dª Prot. Porque dice que llamará tambien al estudiante de Turro.

Pret. ¿Y qué?

Dª Prot. Qué? Ya lo vereis. Ese estudiante, que enviará mi amo bien advertido y estudiando, es capaz de hacer ver al gobernador que todo lo que decis es falso; que ni ellos eran ellos ni nosotros nosotros. A ti te he oido decir que una vez habia un hombre tan bien hablado y con tanta virtud y fuerza en sus palabras, que cuando luchaba con otro y caia debajo hacia ver y creer á todos y al mismo que lo vencia, que el vencedor era él y no el otro. Pues lo mismo os va á pasar ahora con Turro. Una sola vez le he oido, en casa de D. Tumarda-ronda; y si le oigo otra, me voi con él y no vuelvo mas á tu casa.

Pret. Eso bien lo creo.

Dª Prot. Oigo V., amor Pretiles: qué? ¿tantos pasos falsos me sabe?

Pret. No, muger; ya conozco que eso es hipérbole. Pero al cabo el que llamará el gobernador, no es el mismo Turro, sino á su estudiante.

Dª Prot. Mira: si el estudiante no fuese muy agudo de su cosecha, no lo tendria consigo un hombre como Turro. Ademas irá muy explicado y prevenido por mi amo. Conque haz cuenta que te las vas á haber con él mismo.

Pret. Pues que sea. ¿Qué te espanta?

Dª Prot. Nada: aquí me lo estan diciendo. Allá lo veremos.

Pret. ¿Y quien vendrá conmigo?

Dª Prot. ¿A que ninguno va de buena gana? ¿Quieren VV. que yo lo nombre? Pues el que debe ir es D. Aquilino Pregonero.

Un Mod. Muchas gracias, señora.

Da. Prot. Si amor: porque las palabras de V. tienen peso, y es lo que alli se necesita. Estudien VV. la leccion esta noche y toda la mañana. A cada tope de ellos, tres VV. Nosotras les oiremos una misa y los encomendaremos al santo mejor hablado del cielo. Cuidado que se dejen ganar!... Como vuelvas cachifollado, no tienes que presentarteme, porque no te recibire en casa. Ahora veremos si un hombre solo sabe y puede mas que toda una academia. Tambien á mi parecer debe ir el Sr. D. Cliterio, que como un poco mas vivo y cosquilloso...

D. Clit. ¿No bastan los dos, amora?

Da. Prot. No amor. Y mas; ¡dejar de ir un D. Cliterio Locio! Un D. Cliterio Locio!..

Todos. Si si, los tres.

D. Clit. Pues iremos.

Prot. Pues hemos concluido: Señores, hasta mañana.

(Levantanse, y mientras toman los sombreros y se despiden y se van hacia la puerta, va diciendo Da. Protasia, tambien en pie y siguiendolos):

Da. Prot. Buen animo, D. Aquilino! y V. Sr. D. Cliterio! VV. no tienen necesidad mas que de estar muy sobre si para que aquel hombre no los encandile á todos volviendo el dia noche y la noche dia, y haga ver al gobernador y á VV. mismos, que todo fue sombras, todo visiones y embelesamientos. A mi no me alcanzaria;... pero á VV.... Son VV. muy benditos... Nosotras los engañamos siempre que queremos.. Vaya, si los engañamos!...

(Y desaparecen todos)

Acto 4.º

Sala de Audiencia ó Despacho.

Escena 1.ª

El Gobernador y un Marqués.

(El gobernador en la puerta como acabando de despedir á alguno. Vuelve para irse á su puesto, y de repente vuelve á la puerta y llama):

Gob. Marqués!.. Marqués!.. Oiga V... (Sale el Marqués). Me ha ocurrido... Tiene V. prisa?

Marq. No señor.

Gob. Puede V. detenerse hasta las doce?

Marq. No hay inconveniente; pues si en algo puedo servir á V.

Gob. (Mirando el relox). Son tres cuartos cerca p.a las once, y van á venir. Sentémonos. (Siéntanse, el gob. en su silla y el marq. á su derecha). Ha oido V. algo de lo que pasó ayer tarde en la academia de medicina con unas máscaras?

Marq. Sí señor, mucho: está llena la ciudad; no se habla de otra cosa.

Gob. Pues tengo citados á los médicos y al estudiante de Turo que dicen era el cabeza de la comparsa; y al mismo Turo.

Marq. También á Turo?

Gob. Sí señor. Vino ayer tarde despues del suceso, y me hizo reir mucho. Los médicos me dieron luego queja, y se la hice presentar por escrito. Ahí está. Verá V. entre ellos y Turo qué escena tan divertida. Por eso le he detenido á V.

Marq. Muchas gracias, y me alegro. Aunque no sé cómo Turo con toda su elocuencia podrá dejar en buen lugar á su estudiante.

Gob. Pues V. ¿qué es lo que ha oido?

Marq. Se cuenta de varios modos; y como sucede, cada uno añade

y quita á su gusto. Pero lo que mas generalmente se dice, es, que estando en sesion la academia tratando ~~tratando~~ cosas propias de su instituto, se presentó allí una comparsa de máscaras y bailaron un rato con panderillos que todos llevaban: Que el corifeo, ese estudiante de Turo, les dijo despues, que él y sus compañeros eran la escuela homeopática, y venimos (dijo) á acabar con la barbarie de la alopatía en sus profesores aquí reunidos: Que á esta provocacion tan insolente se pusieron sobre sí los médicos y quisieron echar de allí á aquellos atrevidos; cuando de repente saca el estudiante un trabuco y los demas su pistola cada uno, se les apuntan y los amenazan; y los médicos tuvieron, como que estaban desarmados, que retirarse mas que de paso abandonando la sala y huyendo á la calle: Que entonces la comparsa, dueña del campo y de los reales, se lanzaron sobre unas bandejas de dulces que como en dia de carnaval y para despues de la sesion se habian mandado traer los médicos; y sobre unas botellas de vino generoso y licores; y que dieron fin de todo sin maldito el empacho. Y aun añaden que al criado de Portiles, tambien estudiante, le maltrataron de palabra y le amenazaron muchas veces con el trabuco y las pistolas. Que por último, hartos de dulces y ebrios de licores y de vino, se fueron dejando aquello hecho un destrozo.

<u>Gob.</u> Algo, sí, algo hay de eso, pero no todo.

<u>Marq.</u> Otros lo cuentan de otro modo. Dicen que las máscaras pasaban por la calle, y que ellos mismos las llamaron é hicieron subir; y que si sacaron las armas, fue porque los médicos les quisieron pegar solo por haber dicho que una de aquellas figuras representaba la homeopatía y otra la alopatía.

<u>Gob.</u> Un poco mas se acerca eso á la verdad.

<u>Marq.</u> Sí? me alegro: ya decia yo. Con todo, no sé como un hombre tan advertido y mirado, porque lo es, D. José Turo, formó aquella comparsa y la armó de aquel modo. Ya sabe V., Gobernador, mejor que yo, que las ~~mascaradas~~ pueden llevar armas. No sé como Turo ha caido en esa imprudencia.

<u>Gob.</u> (<u>Sonriéndose</u>). Él se explicará y lo oirá V., y veremos cómo quedan él y ellos. Dígame V.: por ahora y por lo que se sabe ó se dice del hecho, ¿quién cree V. que saldrá vencedor y ganará la causa?

<u>Marq.</u> Por ahora... Hombre! cuando pueden saber los médicos; al cabo es toda la academia. Pero... yo no sé... me parece... si tienen,

me parece que Turo se los beberá como mosquitillos que caen en el vino y se los bebe uno sin tropezar ni sentirlos. Solo eso del trabuco y las pistolas... Pero capaz es de probar y hacerles ver que no vieron lo que vieron, y que todas aquellas armas eran abanicos. Y él se lo hace confesar y a burla de ellos.

Gob. ¿Y por quien apostaría V.?

Marq. Eso de apostar... ya es otra cosa. Pero así á ciegas... por Turo, á Amor; y venga lo que venga.

Gob. Deseo ganarle á V. los caballos del coche. Yo pongo este alfiler (señalando el del pecho) que es el regalo de boda de mi mujer y vale doce mil reales. Es decir, V. los caballos del coche en favor de Turo, y yo el alfiler por los médicos.

Marq. Pues ni aun así pierdo la confianza en Turo. Y eso que V. debe saber lo que hubo. Porque... Gobernador, un hombre siempre es un hombre, y muchos tal vez no son ninguno.

(Entra un portero y dice: Señor, la Academia de medicina)

Gob. Que pase adelante (Vase el portero). Ya los tenemos.

Marq. Otra vez doy á V. las gracias por haberme hecho quedar. Me parece que vamos á pasar un buen rato.

Escena 2ª

Los mismos, y Pretiles con dos compañeros.

(El gobernador se levanta para recibirlos y les señala los asientos de la derecha)

Gob. Bien venidos, señores; siéntense VV. SS.

Pret. Con permiso de V. E.

Gob. Menos tratamiento. Ya veo que esta audiencia se va á convertir en excelencias y señorías.

(El portero otra vez: Señor, D. José Turo)

Gob. Que pase adelante, y que entre el secretario. (Vase el portero. Muestras de contento en el marqués). Señores, la justi-

cia me obligaba á esto....

Escena 3ª

Los mismos y D. José Turo, el doctor Ravó y el estudiante Torres.
(El gob. se levanta para recibir á Turo; y lo mismo hace el marqués con señales de alegria y respeto)

Gob. Puntuales todos: bien. Siéntense VV. Sr. D. José; y V. tambien Torres.
(Siéntanse al lado del secretario; que es á la izquierda de este y del gobernador, quedando enfrente de los médicos. El gob. sigue):

Señores: Yo he sentido mucho el disgusto que este caso ha debido causar á todos, á los SS. de la academia, y al Sr. D. José Turo igualmente. Y si yo pudiese proceder como amigo pero como autoridad, hubiese aconsejado á VV.SS. señores, (á los médicos) que lo tomasen como una travesura, como una humorada inocente de jóvenes alegres que se quisieron divertir sin intencion de ofender. Pero la academia ha pensado de otra manera, y ha habido que llegar á este término y caso de providencia. Conque en efecto, señor presidente, (á Pret.) ¿la academia insiste en su queja?

Pret. Señor gobernador, si la ofensa hubiera sido contra cualquiera de nosotros, aun contra todos, como simples particulares, y en otro sitio, aseguro á V.E. que no llegára á noticia de la autoridad por nosotros; y quiza en vez de ofendernos, hubiesemos celebrado la inventiva con ellos. Pero ya conoce V.E que como académicos, esto es, como corporacion, no podemos desentendernos del insulto que se nos hizo. Por tanto, aunque sintiendo no poder acceder al deseo de V.E., no podemos menos de insistir en la queja y de pedir justicia.

Gob. Bien; la academia está en su derecho. Pues para que la reparacion sea mas solemne y satisfactoria (toca la campanilla y entra un portero), sera público este acto en lo posible. Abra V. esas puertas (al portero v. este las abre), y que entren todos

los que quieran. Me parece que así quedará mejor todo en su lugar, el honor de la academia si tiene razon, ó la inocencia de la comparsa si inocencia hubo en el hecho.

(Entran todos los oficiales y escribientes, y cuantas personas lo quisieron poner que habia en los salones de las mesas, y se van colocando detras de las sillas, quedando en pie y mostrando contento y alegria)

Eso es... así... Ahora, secretario, tome V. este papel y léalo V. en voz y tono que todos lo oigan. (Dale un papel)

Secret. (Leyendo). « El doctor D. Pedro Crespo Juan de los Pretiles y el licenciado D. Cardiano Urea, presidente aquel, este secretario de la academia de medicina y cirugia de Quiron, de esta ciudad, en nombre y representacion de la misma, á V. E. exponen: Que esta tarde sobre las cinco estando los individuos de la expresada academia reunidos en el edificio y sala de sus sesiones, se ha presentado una comparsa de máscaras con el pretexto de bailar y divertirse un poco. Mas habiendo proferido algunas palabras en ofensa y desprecio de la academia, se les ha intimado se fuesen; á cuya voz han sacado cada uno una arma de fuego, el corifeo un trabuco y los demas sendas pistolas, y acometiendo y apuntando con ellas á los exponentes, los han obligado á retirarse, quedando ellos apoderados del sitio, en donde creyéndose dueños del refresco que en semejante dia acostumbra tomar despues de la sesion, han derrochado dulces y bebidas entregados de tal modo al desórden, que hasta han amenazado de muerte al criado del presidente que de allí á poco ha entrado y les reprendia aquel exceso.

« Todo lo cual ponen los exponentes en conocimiento de V. E. para que castigando tamaña insolencia sirva de ejemplo á otros que con el disfraz de máscaras permitido en estos dias sean capaces de abusar de él pa. cometer insultos y desmanes. El cabeza de la comparsa es D. N. Torres, cursante de 5o. de teologia, y estudiante ó criado de honor del doctor D. José Toro. Dios gue. á V. E. ms. as. »

Gob. Etcétera. (Para de leer el secretario y deja el papel en la mesa delante del gobernador: y este dice en voz baja al marques). Ya se ha quedado V. sin caballo.

Marq. (tambien en voz baja) No le sabe.

Gob. Conque, señores de la academia, esta es la queja que V.V.S.S. presentan. ¿Tienen algo que añadir ó que explicar en ella?

Secr. No señor.

Gob. Pues ahora la imparcialidad y la ley de justicia exigen que oigamos los descargos de los acusados. Señor Turo; quiere V. hablar, ó que hable Torres?

Turo. Sr. gobernador, yo solo he venido por cumplir la órden de V. E. no porque Torres necesite de mi padrinazgo.

Navó. Y yo he venido con el permiso de V. E (para que esos S.S. lo sepan); y porque tambien, aunque lejano, he tenido alguna parte en el hecho; al menos en sus preparativos.

Turo Conmigo.

Navó. — haciéndome cómplice de Torres; y ahora tambien del Sr. Turo segun acaba de manifestar.

Gob. Está bien. Hable pues el Sr. Torres.

Torres. En primer lugar pues, Sr. gobernador, la relacion de la academia es toda verdad y toda mentira. (Risas). Así como tomando la parte por el todo, si uno se comiera en una merienda los sesos de tres carneros y se propusiese decir que de una vez se habia merendado tres carneros, seria verdad y seria mentira; así la relacion de la academia, tomada en los sesos de los carneros es verdadera, y tomada en los mismos carneros es falsa. (Risas). Es verdad que subimos, y que bailamos y que comimos dulces y bebimos licores; estos son los sesos. Van ahora los carneros. Pero nosotros subimos porque nos llamaron. Nosotros pasábamos por la calle saltando y tocando los panderillos; y el criado del amor (señalando á Prebles) salió corriendo y nos dijo: «Máscaras, máscaras, que subais á bailar un poco y os hartarán de dulces.» A este con-

vite. ¿quien le pone mal gesto? Y mas que excepto la criada de S.r Felix todos eran niños y niñas de poca edad y por tanto aficionados á golosinas. Subimos, y encontramos á los SS. académicos, no en sesion, como acaso se podria creer; no tratando sus altas inaccesibles cuestiones de medicina; sino de holganza llena y gran tertulia. En una palabra, y diciendolo con los términos propios y verdaderos, la academia no estaba de sesion sino de bureo. (Risas) Y si no ¿que hacian allí dos mugeres, que fueron las que mas especialmente nos recibieron y nos repitieron lo del baile y los dulces? Yo no creo que aquellas señoras, aunque mugeres de dos SS. académicos, sean tambien académicas. Lo que estrañé yo fue no encontrar allí las mugeres de todos los académicos, y sus compadres y comadres, y hasta los amigos y amigas de estos, puesto que el hallarse allí aquellas dos no pudo ser casualidad; como no lo era el verse en la sala de sesiones, en vez de algun cadaver, pierna, brazo, ó calavera, tal provision de dulces y tan escogidos vinos y licores.

Marq. (Al gob. en voz baja) Ya se le está á V. cayendo el alfiler de boda.

Gob. (Sonriendose) Mucha glosa V. Torres. Mas ceñido, mas ceñido á los hechos. (Y al marques en voz baja): Pues aguarde V.

Torres. Voi, Sr. gobernador; sino que la idea de que acaso pudimos haber turbado una importante sesion de la academia, y puesto en peligro la salud del pueblo, nos hubiera perjudicado; y por eso he creido conveniente desvanecerla. Y concluyo esta parte de mi defensa, repitiendo, que no estaban los SS. de sesion, sino de bureo, y quisieron aumentarle haciéndonos subir á nosotros.

Con efecto, subimos: y la señora del S.r presidente nos dijo: ea, ea, á bailar un rato, y despues á comer dulces hasta que os harteis (Risas). Bailamos, y concluido el baile, cuando esperabamos los dulces prometidos, nos pregunta la misma señora: «¿Y quien es esta doncella tan hermosa y tan amable?» Y ella con una voz apacible y amorosa respondió: „Yo soi la Homeopatía." Y una del otro lado dijo: „Y yo la Alopatía." Lo mismo fue oir esto esos SS. que turbados, alterados, fuera de sí y perdido el color de ira, gritaron: „¡Insulto, insulto! ¡Bribones!" Y arremetieron

á las sillas contra nosotros. Yo entonces, por la ley de justa defensa, hice formar en ala mi compañía, mandoles sacar las armas, a saber, la cuia, y los atrancadores: los SS. no tuvieron á bien hacer frente, creyeron que les convenia fugir, y entre pasmos y chillidos de aquellas buenas almas, echaron á correr bajando de bruces la escalera y dejandonos dueños del campo. Si de solo oir nombrar la homeopatía se alborotaron asi, y se herizaron y bufaban, y pasaban á obras mayores furiosos y desatinados, ¿quien sostiene la enfermedad? La virtud está sin duda en esa palabra; la cual sin embargo no hemos inventado los teólogos, sino ellos mismos, los medicos. Y ahora ya sabemos cómo hemos de volver el juicio á todos y á cualquiera de ellos: con nombrar la homeopatía, ya han perdido el peso (Risas)

Gob. Señor Torres, V. añade reflexiones que nada conducen para dar claridad á la relacion de los hechos. Otra vez le mando á V. que se ciña á ellos. (Y se rie disimuladamente)

Torres. Falta ya muy poco, Sr. gobernador, y referiré simple y sencillamente lo que pasó desde este punto. Quedando pues alli solos, y creyendo haber ganado los dulces, pues habiamos bailado que era por lo que se nos prometieron, nos acercamos á las vandejas, tomamos algunos, y sin hartarnos, como queria la señora del Sr. presidente, comimos los que buenamente nos parecio; gustamos los licores, gustarlos no otra cosa, porque ninguno de aquellos niños puritos los habia probado en su vida, y medio dedal de uno los hizo toser y medio ahogar á los pobrecillos; y luego dimos con el champaña, del cual una botella bastó para todos. Y tratando de sandio y de majadero, porque lo es á todo viento, al criado del Sr. presidente, nos fuimos de alli y nos retiramos á casa. He dicho.

Gob. ¿Tiene la academia algo que replicar á lo que acaba de decir el Sr. Torres?...

(~~Algunos~~ Confusion en los medicos)

Pret. El Sr. Torres en su relacion ha dicho hartas cosas inútiles, y algunas llegan á ser ofensivas ó casi ofensivas de la dignidad de la academia. Por lo demas puede pasar, pues tampoco

nosotros decimos en nuestro escrito que estubiesemos en posesion. La habiamos tenido; pero ya concluidos, dejamos entrar á las dos señoras, y en aquel punto pasaba la comparsa y la llamaron.

Gob. Es decir, que la relacion de la academia es mas lacónica; y la de Torres añade las circunstancias que aquella omite.

Pret. Si señor. Pero ha advertido que no se hace mérito de las armas que llevaban y con que nos acometieron. Torres, Sr Gobernador, que está ahí todo el crimen y toda la intencion del insulto que hicieron á la academia.

Gob. ¿Que dice V. á eso, Sr Torres?

Torres. Que no se me ha olvidado, sino que me ha parecido presentar primero la relacion de todo, y hablar despues de las armas. Pero mejor hablaran ellas mismas. Sirvase V. E. mandar abrir paso pª que entre un criado que esta allá en la antesala.

Gob. Paso, señores, paso.

(Apartanse los concurrentes dejando paso hasta la puerta)

Torres. Ahora sirvase V. E. mandar que entre el criado Tomas, el hortelano de casa.

Gob. (A un portero que se deja ver de lejos ó se expone). Que entre ese mozo que se llama Tomas, criado del Sr D. José Torres.

(Entra el criado trayendo un saco pequeño revuelto y un envoltorio, deja todo á los pies de Torres en el suelo, y se retira. Torres toma el envoltorio, deshácelo poco á poco, y descubre y saca una geringa, la mayor de las maestras, y levantándola en alto entre las risas del concurso, dice):

Torres. Esta es, Sr gobernador, el arma temerosa con que acometí á la academia de medicina (Risas): este es el trabuco naranjero que espantó á una docena de hombres y á dos mugeres: ¡una geringa! (Risas)... Yo creo, Sr gobernador, que este instrumento debe ser conocido de esos señores; y que si hay en el mundo quien pueda equivocarlo con otro, no han de ser los medicos (Risas).

Gob. (Conteniendo apenas la risa). Mas yo dudo, señor Torres, que sea ese el instrumento ó arma que V. llevaba ayer y que sacó ó á los SS. de la academia.

Torres. Este mismo era, Sr. gobernador; sino que como esos Sres. le vieron delante á la homeopatía en figura de una doncella tan cándida y tan hermosa, y á la alopatía en la de un monstruo sanguinario, se les ofuscó la razon, de ahí la imaginacion, y ya no vieron sino lo que su pasion les figuraba, y no lo que era en realidad. Este mismo instrumento era, fabricado en el taller politécnico de casa de mi Sr. D. José Tuso.

Tuso. Es verdad; yo lo hice ayudado del Sr. Raco y del mismo Torres.

Raco. Los tres, sí señor, trabajamos en él: y cuando se vestian, les ayudamos los dos, y yo por mi mano se lo entregué cuando salieron, y nos estuvimos mirando desde el balcon riendonos de sus saltos y diabluras.

Gob. Señor presidente, mucho siento que la academia de medicina de esta ciudad...

Pres. (Con alguna confusion). Señor, como las pistolas son una arma tan peligrosa por poco segura, y más en manos de muchachos, que fue lo que nos sobresaltó desde luego...

Gob. ¿Y las pistolas, Sr. Torres?

Torres. Aquí estan, Sr. Gobernador. Tambien son fábrica de casa. (Inclinase al saco, saca una pistola y enseñándola dice): todas iran saliendo: véala V.E. Sr. gobernador, y véanla todos. (Y la toma luego con las dos manos, la parte en dos pedazos con facilidad, estalla una grande risa, y continua): De corcho, Sr. gobernador, de corcho. Esto que parece hierro ó acero bruñido es papel de lustre. Ahí está. (Y deja los trozos de la pistola en la mesa. El gobernador los toma y mira, se rie, se los enseña al consejero, y todos se rien. Saca otra Torres, y despues de levantarla pa. que todos la vean hace lo mismo). En fin todas son lo mismo. (Y las saca una por una y las deja en la mesa sin romperlas). Ahí está el cuerpo del delito, entero, sin faltar una pieza; el trabuco y las pistolas. Ahora sentencie el Sr. gobernador y aplíquenos la ley de las armas prohibidas y de las máscaras armadas. Y por cuanto mis cómplices son unos niños incapaces de la ley y una muchacha que aun de esas armas se espantaba, yo llamo sobre mí y padeceré toda la pena que hayamos incurrido (Risas).

Gob. (Despues de serenarse) S. dela academia, esto ha parado en una escena tan ridicula como se acaba de ver. Ni podia ser otra cosa siendo el engaño de las armas; ni yo he podido dar formalidad á lo que no la admitia. Repito que lo siento, S. Torres, lo siento, por la academia, porque va á ser la fabula de la ciudad. Y si los periodicos lo toman por su cuenta, su academia de medicina, cuyo presidente, tendra matraca eterna, y continuamente sacaran el trabuco, y las pistolas, y la comparsa de la homeopatia. Soi pues de parecer que aqui mismo y delante de todos se declare por ambas partes que ha sido una equivocacion graciosa y que todos quedan amigos. (Un rato de silencio)

Turo. Sr. gobernador, por mi parte, aunque tan poca la he tenido, tengo por acertado y por muy prudente lo que propone V.E.

Secr. Yo agradezco al Sr gobernador y al Sr D. José Turo el termino que á esto se da, pues en efecto conozco que es el mas decoroso para todos.

Gob. ¿Y V. Sr Torres?

Torres. Yo á nada me opongo por ahora, pero nada tampoco cedo ni concedo de mi derecho, el cual examinaré y veré de espacio. Pido una copia dela queja dela academia, con la providencia, decreto, ó declaracion que corresponda. Porque delo de ayer se ha hablado mucho. Ya hoy un condiscipulo en la calle me ha dicho: á Dios trabucaire. (Risas). Tambien en palacio se sabe todo: es decir, se ha contado alli no lo que fue, sino lo que han querido que fuese, para que á su tiempo me perjudique; pues admitida una idea, ya del todo no se borra si se da lugar á que haga asiento. Yo con ese documento iré mañana, hoy mismo á palacio, y lo enseñaré al secret.o de su Señoria Ill.ma para que pueda informar al prelado y á otras personas que alli tendran mano en mi parte.

Gob. V. tiene razon, Sr Torres. Pero me parece, que si el Sr D. Jose Turo se quiere tomar la molestia de ir á palacio, hara mas con una palabra, por el mucho crédito que tiene...

Torres ¡ Ah Sr gobernador! Que las autoridades eclesiasticas

tienen otro modo de ver y de juzgar, aun de obrar y proceder, que las civiles! Para dar un golpe levantan poco la voz y mucho la mano! Palabras dulces, y obras amargas. No puedo despreciar la seguridad del docum.to que pido.

Gob. Pues ya, señores (a los médicos), no puedo negar a Torres ese documento. Sirvanse todos retirarse a la antesala mientras dicto la declaracion, y se pone en dos copias que del escrito de VV.SS. he mandado hacer esta mañana con prevencion de este caso, y se entregará una a la academia, y otra a Torres.

(Retiranse todos, los concurrentes primero, luego los médicos y Turo con los demas; y cae un telon que corta el escenario).

Escena 4.a

(Pasan y desaparecen riendose los oficiales y escribientes: los médicos y Turo con Raró y Torres salen juntos y se detienen dividiendose en dos bandas a los lados. Sale tambien el marqués y con mucho afecto da la mano a Turo, y dice a Torres: Se vendra V. por mi casa. Torres le contesta: Bien, amigo marqués. Y se va este).

Raró. Pues señores, la academia de VV. me ha borrado de la lista de sus individuos tan a tiempo, que si ahora fuese academico me moriria de verguenza (En tono fuerte y como de insulto); como deben VV. morirse, ó sepultarse en los abismos de su confusion p.a siempre.

Poet. Señor Raró, el honor de una corporacion...

Raró (Pronto y en el mismo tono) El honor!! Que es honor? ¿Es horripilarse de oir una palabra? ¿Es perder la razon y el tino porque la ciencia se ilustre, porque en la profesion haya quien prefiere un método a otro? Asi era yo tambien, preocupado, fanático, intratable, irracional; todo lo que son VV.

Poet. Pues le doi a V. la enhorabuena.

Raró. La admito, aunque sea ironia. Pero la enhorabuena propia del caso presente, la que me doi, la que me tomo y llevo mi

pecho de gloria, es la que allí dentro me ha resultado de haber dejado de ser individuo de la academia que V. preside. Solo por contar esto, y otras cosas y las fazañas de VV. me voi esta noche [illegible]: sí, señor Sicoteles; y al mismo tiempo seguiré los pasos á su sobrino Urea, y donde le encuentre, aunque sea en la Puerta del Sol, y aunque vaya acompañado de todas sus academias de medicina, y de los viejos médicos de Cámara, y de los periódicos y periodistas de la alopatía...

Escena 5ª

Los mismos y el Secretario del Gobernador.

(Sale el secretario con dos papeles y entrega uno á Pretiles y otro á Torres, diciendo):

Secret. Ahí tienen VV. las copias: el original queda en este gobierno. (Y se detiene como por si reclaman algo)

Nanó. A ver, Torres, á ver. (Tomale el papel y lee en alta voz): «Habiendo sido una mera equivocacion lo que se expone en este escrito, y no siendo armas de fuego las que la academia creyó tales, sino pedazos de corcho pintados (Y la geringa?); y siendo así mismo un juego inocente y puramente cómico lo de insultos y desmanes cometidos contra la expresada corporacion en la sala de sus sesiones; declaro á D. Gregorio Torres teólogo de 5.º año en esta universidad literaria, libre de todo cargo. (Y continúa como si estubiese escrito) Y que en adelante cuando la academia de medicina y cirugía de Quirón de esta ciudad haya de dar algun informe...

Secret. (riéndose) Eso no está ahí, señor Nanó.

Nanó. Si no está, debería estar (Y sigue): «Y cuando la academia de medicina y cirugía de los centauros, de esta ciudad, haya de dar en adelante algun informe de oficio, llame á su seno tres ciegos y tres sordos, para que los unos viendo con ojos no fascinados, y los otros palpando con su tacto natural y delicado, se le pueda conceder la autoridad que sin ellos declaro haber desde hoy perdido p.ª siempre.»

(Risas.)

(Y se van todos: los médicos llenos de confusion; Pérez, Nanó y Torres mirando al Secretario y riéndose con él: este se retira al mismo tiempo, y cae el telon).

Nota

Es fácil conocer que en esta comedia, si no falta un acto, sería bien recibido; que es lo que pasó en casa de Petiles cuando volvió de la audiencia con sus compañeros, hallándose allí reunidos de antemano p.a celebrar el triunfo los otros médicos y las señoras. Está compuesto, pero en mi imaginacion, y creo que no gustaría menos que el mejor de los cuatro. No es absolutamente ~~ne~~ necesario, y por eso ni aun escribirlo he querido; ni lo escribiré, á no obligarme los interesados. Entre tanto pueden advertir que están ya bautizados; que ya ahora tienen ~~[illegible]~~ nombre en el teatro y quizá fuera de él, inventado y puesto por su apóstol Tracé en lo que añade á la declaracion del gobernador. Pero en realidad de verdad, deseo que no hagan necesaria la continuacion de esta sátira, un poco fuerte ya, obligándome á componer las comedias 3a y 4a prometidas en el prólogo; lo que les era muy fácil reconociendo en efecto la necesidad de tratar de otro modo las cuestiones científicas, y mirando á los homeópatas como unos compañeros que (científicos) valen tanto como ellos. Quizá esto no me lo concederán; quizá ~~dirán que~~ yo no tengo voto en la materia por no ser ~~[illegible]~~ de la profesion y faltarme los ~~[illegible]~~ necesarios p.a juzgar de uno y otro sistema. Tienen razon: y además excluyéndose estos mutuamente como se excluyen, para todos ha de ser absurdo mi juicio.

Mas no quiero yo decir en él lo que sin duda han entendido: lo que yo quiero igualar no es el valor médico de la alopatía y de la homeopatía, sino á los profesores de esta con los de aquella como científicos y entendidos, como pundonorosos, como hombres de honor y de conciencia. ¿Tampoco esto me concederán? Lo siento mucho, porque en ese caso hay otra cuestion, y se habrá de tratar (entre ellos) de otra manera.

He leido mucho de lo que los alópatas han escrito contra la nueva doctrina, y hasta ahora no veo que hayan destruido su fundamento ni podido negar los hechos que la acreditan; como tampoco los que sirven de razon á los homeópatas para quejarse de ellos desde lo de Coll en Valladolid hasta el último número de sus periódicos y hasta el último folleto ó libelo en que desahogan su ira y su venganza solo para probarnos que si los unos saben escribir en ese estilo, no les son inferiores, sino superiores, y muy superiores, los otros.

Pero han comenzado (dicen) los homeópatas. Y, ¿quien habia de comenzar á quejarse sino los ofendidos? ¿Quien á vengarse (tomando esta palabra en toda su fuerza) sino los injusta é impunemente perseguidos? ¿Quien acudir con derecho á la sátira y al ridículo (salvas las personalidades, que en nadie aprobaré nunca) sino los mofados, los insultados, los tratados como ellos se veian? Cualquiera

que sea la forma que hayan dado á la queja toda, en todo queda mas que justificada. Pero añadiendo lo que leemos en sus periódicos de intrigas y falsedades contra ellos, ¿que cuerpo no tomará en esta queja la mala causa de los alopatas?

Por último ¿qué responden al argumento puro, sencillo, fácil é inteligible para todos, de la estadística necrológica de la corte, que les presentan los homeópatas? Nada. ¿Y así quieren que pase? Acabamos de ver la última; es decir, la del 1.er trimestre de este año (51); y no sabemos que hayan contestado ó negado sus datos. ¿Que es esto? ¿Se desentenderan tambien de esta prueba? ¿La dejaran correr, y en vez de destruirla se entretendran en componer epigramas, folletitos y apologías de ciegos para ciegos? ¿O solo quieren divertirse? ¡Les está esto bien, por vida mia!

Porque ó esa estadística prueba algo, ó no prueba nada. Si lo primero ¿como quieren que cerremos los ojos á una ganancia que rebajandola mucho, aun excede el cincuenta por ciento? Y si no prueba nada ¿como la dejan correr con tanto peligro de su crédito, cuando al mismo tiempo hacen caso de otras cosas que nada dicen á la cuestion, para reducirlas al fin á dimes y diretes, á mas-lo-son-ellos, á puras chimenerias?

Lo yerran, si, lo yerran. No es verdadera defensa la del despique, aunq. satisfaga á ánimos pequeños. No son las personas de los médicos las interesadas en la disputa, al menos legitimamente, sino la humanidad; y esta no puede admitir por razon y prueba lo que solo es desahogos del amor propio ofendido.

No tomarán de mí un consejo porque me creeran enemigo: pero se lo daré, y hagan lo que quieran. Recojan ante todo su mala fe, porq. la ha habido, y la hay todavia: la hemos visto, la estamos viendo. — Hablen poco de la homeopatia; que si es un engaño, no durará mucho. — Dejense de libelos, de sátiras y despiques, porque si perjudican á alguien, es á sus autores; y á hechos arguyan con hechos, á razones con razones. — Y desde luego, porque urge, deshagan el argumento de la estadística necrológica, haciendonos ver que es falsa, y que la ventaja está de parte de la alopatía.

Hagan esto, y despues duerman tranquilos; que el terreno que ahora mide por suyo la homeopatia en España, lo perderá en menos dias que años le ha costado de ganarlo: y entonces todos nos reiremos de los embaucadores ó ilusos que nos han querido deslumbrar esta temporada.

—— No pensaba decir mas en esta nota: pero siendo posible que se desee saber qué libros ó tratados he visto de los que se han publicado contra la homeopatía, citaré uno que á mi parecer bastará por todos: y es La Homeopatía ante el criterio y el sentido comun. — ¿Como? ¿Ese libro has leido y no te convences

de la falsedad de la homeopatía? — Sí, lo he leído, y no me convenzo; porq. ni ese libro ni ninguno hasta ahora me ha revelado, descubierto y puesto de manifiesto los misterios de la naturaleza en el modo de obrar dentro de nosotros los agentes de la vida en todas sus partes, y lo que bien ó mal llamamos remedios, una vez introducidos y entregados á la accion secreta, desconocida y soberana de aquella: y no era menester menos para convencerme. Así es que en medicina soi un poco escéptico, por no decir otra cosa ni ofender á nadie.

Mas en este nuevo libro solo encuentro de mi gusto y para mi uso y opinion práctica el párrafo VIII de la última leccion; y como impugnacion directa y propia, las lecciones sexta y séptima. Lo demas será muy bueno; pero lo que yo buscaba esto es, y esto solo.

Y para que nos entendamos, yo no quiero que el médico me atormente con medicinas que por mi sencilla y natural observacion he visto que son, si no perjudiciales, por lo menos tan inútiles como el autor de la impugnacion da á entender en el párrafo citado y en el anterior; aunque para él solamente lo son en algunas enfermedades, y para mí lo son en casi todas; quedando para este <u>casi</u> de excepcion únicamente aquellas á que ningun remedio alcanza, y en las cuales importa mucho (para fines mas altos) no fatigar ni maltratar al enfermo, haciendole ademas fundar esperanzas engañosas en los mismos dolores y tormentos que añaden á la enfermedad. Y en fin con el <u>agua clara</u> á que este alópata reduce (como todos ellos) los medicamentos dinamizados de los homeópatas, he visto curar anginas peligrosas, sífilis rebeldes á los remedios antiguos, y otros males que como estos jamas han curado la dietética y la naturaleza por sí solas; ni tampoco los alópatas sino raras veces y mal, ó con muchos y prolongados martirios de los pobres enfermos. Esto, repito, lo he visto; y no sufriré que con la insolencia ~~[illegible]~~ que suelen vengan á decirme que no vi lo que vi, ó que tomé una geringa por trabuco, y unos pedazos de corcho por pistolas.

~~[illegible]~~

Sin embargo, digan unos y otros lo que quieran: publiquen libros escritos con decoro, con fe y conciencia, ó sátiras y libelos; venza ante la razon científica el sectario de esta ó de aquella opinion y escuela; tengan ó no su explicacion en otras causas

y no en la virtud de los medicamentos las curaciones que unos y otros nos citan muy satisfechos; lo que es para los profanos como yo, siempre será la mejor prueba, y la única legítima y no sujeta á controversia, la estadística necrológica de un pueblo, no á la verdad de unos dias, de un mes ó dos, sino continuada y constante por algun tiempo. Y la escuela que en esta prueba salga ventajosa, aquella poseerá la verdadera medicina ó arte de curar, aunque en la ciencia por mal entendida ó applicada no pueda ostentar iguales títulos de preferencia. Porque francamente: ¿á qué quieren que nos atengamos? Desde que los homeópatas han dado en presentarnos este argumento, no podemos hacer ningun mérito de cuanto declaman y escriben sus contrarios por bueno que sea y nos parezca. Entretanto, mientras el vulgo de alópatas obren como han obrado hasta ahora irán adelante mis comedias.

C. B.

P. D. ~~[illegible]~~

~~[illegible]~~

F02 #15 (4)

alópatas, y solo ellos reinan y han de reinar, como ha sido siempre desde Hipócrates hasta mí que soy su último digno discípulo en el órden del tiempo. Y, señores, en su consecuencia no hay mas arbitrio que rendirse, callar, bajar la cerviz, y aguantar las sanguijuelas, las cantáridas, las ventosas, los botones de fuego, las sajas, los cauterios, las lavativas, los vomitivos, &c. &c. &c: y sobre todo las sangrías. Sí señores, sangría, sangría, digo, sangría, y viva Racó!

D. Pep. Viva muy enhorabuena. Con todo, otra vez volveremos á la disputa mas de espacio.

Med. Sí?

D. Pep. Sí señor; pero como amigos. Entretanto ofrezco á V. la amistad de esta casa, y muy especialmente la mia.

Med. Con hombres me gusta tratar. Sí señor, la acepto, y se honrará mucho con ella el Doctor D. Juan Racó de la Espuela, que es muy servidor de todos ustedes.

(Hace una gran reverencia, y con mucha marcialidad dá la mano á D. Pepito; y haciendo todos ademan de irse, cae el telon).

Clemente Enriquez

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 13. de Noviembre 1850.

Aprobada y archívese.

[illegible]

FOZ - — 15 (5)

Teatro Lírico-Español. y super-
numerario de la Comedia.

FOZ - 15 (3)

Trilogia dram.ª

La Alopatia y la Homeopatia,

trilogia dramática.

Comedia 3.a

~~[illegible]~~

Derrota de la Homeopatia.

Personas.

D. Copronio
D. Pygórtomo
D. Sinapio } médicos.
D. Flebomio
D. Dulimio.
D. Riciano boticario.
Urea (el de la 2.ª Comedia).
D.ª Brusila, muger de D. Copr.
D.ª Drumina, muger de D. . .
Un Escribano
Testigos.
Un criado.
Una criada.
Medicos.

La escena es en Madrid.

Acto 1.º

Escena 1.ª

D. Copronio sentado en su estudio con la pluma en la mano.

El siglo va su camino,
La humanidad sigue el suyo,
El arte lo vence todo,
La ciencia es la luz del mundo.

A escribirlo (Escribe). Toma! pues si son versos! ¿De cuando acá hago yo versos? Pero no, á mi edad nadie fue poeta si no lo fue en otra. Eso es una inspiracion pasiva: no hacer caso. Quede así empero, ya que así ha salido.

Una raza se levanta (escribe)
Precita, osada, proterva,
Contra el arte que del cielo
Bajó á consolar la tierra.

¿Otra vez versos? No voi á poder escribir. Mudemos de traje. (Se levanta, se quita el traje que lleva y se pone otro bordado y con las insignias ó condecoraciones) A ver ahora. (Se mira, se entona, se pavonea un rato y se sienta á escribir).

Desde Hipócrates, desde Demócedes medico de... ya, del Tamerlan de Persia (va escribiendo), Galeno, Celso, los árabes, Solano de Luque, Piquer, Boherave, Broun, Broussais, y yo...

¿Y porqué no seré yo?
¿Quien es hoi el paladin

De la profesion y el arte
Que cai en el fango vil...

Malditos sean los versos! Pues yo tengo de escribir. Sin duda me he acalorado. Calma, calma, Copronio. Aun esto me suena á versos... No voi á poder salir. ¿Y el libro que he prometido? Si ellos me vieran así...

Pues señor, como decia (escribe), enemigos ha tenido la profesion; pero al cabo era en la profesion, contra ella, sí, y nada mas... Gracias á Dios, que puedo escribir en prosa. Eran poetas satíricos, poetas cómicos, escritores burlones, Gil-Blases, Quevedos, que al ver la ignorancia de algunos médicos, sea si quieren de todos en su tiempo, se desahogaban, se vengaban de ellos, respetando siempre la ciencia. ¿Y como no? Pero que de la misma profesion hayan salido hombres que toman á pechos el destruir el arte de la medicina y declaren que la ciencia ó no existe ó no es necesaria, como hacen los... los... No quisiera pronunciar el nombre, porque no hay puñal agudo que así pudiera herirme por una mano feroz que me lo clavase en el pecho. Los, los... homeópatas (pronúncialo muy rapidam.te). Dios lo permite: Dios quiere que aquí pasemos el purgatorio y allá el infierno.

Pero este libro que hoi me pongo á escribir, esta que será la obra non plus del arte, de la ira y de la venganza; este Napoleon de su derrota, ha de llevar mi nombre al templo de la fama, al templo de la inmortalidad, como mi científico saber, y la maña, los esfuerzos y la intriga ~~[illegible]~~ de todos ha llevado mi persona á los palacios, y puéstola en la atalaya de la profesion y de la antigua escuela, ángel custodio de los intereses de la clase... Cuando este libro salga á luz, cuando este libro se lea y corra al oriente, al norte y medio dia, vendrán de Francia enhorabuenas y honores, que todo está ya

tratado y convencido: vendran de Rusia, de Alemania, del oriente y del poniente; y yo seré yo: es decir el hombre de España, el hombre de Europa, el hombre de mi siglo. Ea D. Copronio! los periódicos políticos, los de medicina, las academias, la historia, todo lo llenará mi nombre, así como ahora mi astucia y mi prosopopeya han llenado mis cofres de oro y de mas regalos y preseas que tubo esa Lais de Corinto ni la otra que dicen levantó una pirámide en Egipto. Y á la verdad poco nos llevamos. ... St! Nadie lo ha oido... Vamos escribiendo.

Escena 2ª

D. Copronio y un Criado.

Criado. Señor...
D. Copr. Como?
Criado Illmo Señor...
D. Copr. Ah!
Cr. Hay en la antesala un caballero que dice viene de la ciudad de N. comisionado por la provincia de medicina...
D. Copr. Por la provincia de medicina? Ah barbaro!
Cr. De la ciudad de N. comisionado por la academia de medicina..
D. Copr. Eso es otra cosa.
Cr. A hablar con V. S. Y.
D. Copr. ¿Ha venido en coche?
Cr. No señor.
D. Copr. Que?
Cr. No Illo Señor.

D. Copr. Pues dile que ya por el telégrafo sabia que llegaba hoi; pero que no le puedo recibir ahora porque estoi muy ocupado y luego me voi en casa del duque de Lemaya y de allí adonde mí á ti ni á el os importa. Que vuelva á las seis de la tarde.

Vase el criado, y apenas pasa la puerta vuelve á salir y dice:

Cr. Ahí está D. Pygóstomo.

D. Copr. Que entre. Y mira: á el y á los demas que saber no los detengas; que entren sin avisarme.

Escena 3.ª

D. Copronio y D. Pygóstomo.

D. Copr. Gracias á Dios. ¿Como ha tardado V. tanto?

D. Pygost. He tenido que asistir á la aplicacion de sanguijuelas de la condesa de Argirio...

D. Copr. Si... Y ¿ que efecto le han hecho?

D. Pyg. La gastritis, la blenitis, la enteritis, la glottitis, la adefaguitis... Pues señor, por ahora todo queda en el mismo estado.

D. Copr. Morirá, sí, ya yo lo dije acá dentro; pero les di esperanza. Qué ha de hacersmo.

D. Pyg. Lo peor es que allí entre los criados he oido si trataban ó no de llamar á un homeópata.

D. Copr. (alterado) ¿A un homeópata?

D. Pyg. Y aun he sospechado que solo aguardaban á vernos salir.

D. Copr. Si algun homeópata llega á pisar los umbrales de Argirio... lo sabrá el mundo, sí, lo sabrá el mundo, y entonces se verá quien es mi persona y quien son ellos. Despues de yo visitarla, yo, señor, yo! el martillo, la lanza, el Atila de la homeopatia; el Cid, el Bernardo, el Almanzor, el Hér-

cules, el Sebastopol de la alopatía! Que eso suceda, y han de hablar de ello nuestros periódicos y han de derramar y diluviar sobre ellos mas calumnias y argumentos de enciclopedia... Ah! no me conocen, no; ahora me conocerán. Siéntese V. y escriba. (Siéntase D. Pig. y toma la pluma. D. Copr. ya arrimado á la mesa, ya dando algunos pasos le dicta).

Capítulo quinto. La lógica. La naturaleza es matemática: las fuerzas se corresponden, encuéntranse mutuas en la afinidad simpática, ó repélense adversas en la increpsis antipática.

D. Pig. (dejando de escribir). Esto es elocuente: esto trae los quemo vivos.

D. Copr. ¿Quien son ellos para mí? Prosigamos. La analisis química ha hecho ver que á noventa pulsaciones en una pleuresía, corresponden quince onzas de humores viciados. Nosotros extraemos esos humores por medio de la sangría; y como por otra analisis está probado que en cada onza de sangre no puede ir mas de una sexta parte de humor, síguese por consecuencia matemática rigorosa que para extraer del cuerpo las quince onzas de humor corrupto se han de sacar setenta onzas ó sea seis libras de sangre. Ergo nuestra medicina es racional; nuestra medicina es cierta, segura, infalible: y si alguno ó algunos se mueren ápesar de ella, ¿quien tiene la culpa? La enfermedad, la rebelion de la enfermedad que no quiso sujetarse á nuestro cálculo; de modo al no pesa ya sobre nosotros la responsabilidad, sino sobre la naturaleza, que se ha llamado lorra, que se ha refugiado al secreto misterioso que ha querido guardar en cada individuo, para hacernos la higa y dejarnos con un palmo de narices.

Pero en el mismo caso ¿que hace la homeopatía? A las noventa pulsaciones de una pleuresía que marcan las

esas dichas quince onzas de humores viciados, ¿que es lo q. opone? Da vergüenza decirlo; oro, coraje desesperacion: dos ó tres globulillos, ó cuando mas media docena, que aunque reuniesen los millones de millones que han elaborado desde su mitólogo Hanheman, no pesan una libra! Y aquí hay razon matemática? aquí hay lógica? ¿aquí hay ciencia, arte ni calabaza hueca?

D. Pyg. (dejando de escribir). Todo esto es verdad: pero el caso es que entre tanto van ganando la opinion pública.

D. Lopr. La opinion pública es una mentira.

D. Pig. Pero no lo es que se nos hayan apoderado de muchas casas principales, que los llamen de otras que los consultan infinitas personas distinguidas de todas clases, que hagan ver en la estadística de enfermos visitados por ellos y por nosotros una ventaja inmensa á favor de su método por el número de muertos y de curados.

D. Lopr. Y cree V. que ellos hayan curado ninguno? El que ellos han escapado, lo mismo lo hubieramos escapado nosotros, y el que á nosotros se nos ~~ha muerto~~ muere no lo resucita nadie. Y en fin, aunq. eso fuese verdad, aunque eso fuese una prueba, ¿si nos estará á nosotros bien confesarlo? ¿Sera honroso para nosotros? ¿Hemos de decir que curan y que han hecho en mil casos lo que nosotros no sabemos hacer? Y sobre todo la lógica es lógica: y además ya he dicho que la naturaleza es caprichosa, inconsecuente, mogigata, reservada y traidora. Y como ellos ni la estudian, ni la conocen, ni la necesitan, no habiendo cálculo, razon ni consecuencia en los medios que emplean, por eso no pueden decir de ella lo que decimos nosotros. Que contesten á este argumento. Escribalo V. todo.

(D. Pig. escribe y D. Lopr. se pasea levantando la frente unas veces, otras dandose en ella con la mano y haciendo del hombre seguro)

Escena 4ª

Los dos y D. Sinapis.

D. Sinapis. El demonio es el demonio. Mas hubiera querido encontrarme cara á cara con todos los rusos de la Crimea, que á quien he topado ahí en la calle. Venia con Bruenina (que se ha entrado con Dª Brigida), y al llegar á la puerta, cata que me tropiezo con D. Lucas Nerio y me dice: No vengo del otro mundo para donde V. me despedia y me encomendó ya al cura de la parroquia. (Yo ya lo sabia). Los globulillos de la homeopatia me han salvado; á ellos debo la vida. ~~Conque~~, só D. Sinapis, no lo extrañe V: en adelante podremos ser amigos; pero ya medicos de mi casa ya no lo seran VV. Yo estaba quemado; pero disimulando le he contestado con mucha amabilidad: Que sea enhorabuena: pero le aseguro á V. que no tardará á venir el desengaño, y entonces volverá V. á nosotros, y yo tendré el gusto de restituirle á V. la verdadera salud en vez de la falsa que cree V. deber á esos engañadores, á esos embaucadores. Adios. Y me lo dejo plantado por si queria alargar la antífona. Encuentros que van siendo ya demasiado frecuentes y que cada uno es una estocada.

D. Copr. Estocada, sí, y en el corazon. No he recibido yo pocas. Pero ahora, ahora se verá lo que somos todos. O manda el cielo, ó manda la tierra. Y digame V. ¿Piensa V. seguir en amistad con esa familia que así lo ha vilipendiado?

D. Sin. Con poco gusto, pero casi no podré menos, porque son muy amigos de otras que estan por nosotros; y si me doi por ofendido...

D. Copr. Ese es nuestro error: ese el error de la mayor parte de los nuestros. Amigo de quien nos deja por nuestros enemigos y se vá á ellos y asienta en su campo? Eso es no tener honor, es no tener ni aun verguenza. Odio, sí señores, odio á todo ~~al que~~ el que se pase á los contrarios; odio á todo el que sienta bien de ellos; odio el que aun á

dudar se atreva entre ellos y nosotros: odiey maldicion á todo el que prefiera ser salvado por ellos á ser muerto por nosotros. Ni hablar jamas bien del que se separe de nosotros, ~~aunque~~ sino mal, ya con gestos, ya con reticencias, ya abultando y aun componiendo hechos y relaciones, aunque tenga mas virtudes que un santo, y sea mas sabio que los siete de Grecia.

D. Sin. Pues ahora separ U. y todos que aun pasamos nosotros de ahí, porque la satira, la malicia, y(aquí internos) la calumnia...

D. Copr. Conformes, conformes... (Volviendose á D. Pig.)

D. Pyg. Sí señor, conformes.

D. Sin. Y digame U. ¿va adelante el pensamiento?

D. Copr. O no ser yo quien soi.

D. Sin. Sin embargo yo querria que antes oyésemos á ese comisionado.

D. Copr. ¿Le ha visto V.?

D. Sin. No, pero como debe llegar hoi...

D. Copr. Ya ha llegado, y ha estado aquí; pero no lo he admitido porque ha venido tan desautorizado de su persona... Yo no quiero que los médicos de las provincias cuando vienen á la corte nos crean tan plebeyos como son ellos. Le he mandado decir que viniera á las seis.

D. Sin. Que quiere V. Allí por una consulta les dan, y lo mas, un doblon á cada uno, aquí dos mil reales: allí por un caso agudo les regalan un pavo, un par de perdices, ó un corte de levita; aquí un reloj de oro de diez mil reales. Allí si se les muere un enfermo así como de sorpresa, les dicen cara á cara que son unos burros, y los ultrajan y denuestan hasta que se hartan; aquí los que nos escurrimos; y por su parte el enfermo que muere guarda el secreto y se va adonde le llevan. ¿Que quiere V. que haga un médico de provincia? Apuesto que no ha pensado

en alquilar un coche

D. Copr. Por eso no lo he recibido. Que si él por sí no se cree tan digno, debiera haber pensado que venia á ver á un médico de la corte, y médico de todas las cámaras, y ademas autor del libro y obra que estoi componiendo.

D. Pig. (á D. Sinapsio) Si v. viera lo que ahora me ha dictado!.. ¿Como ha de resistir la homeopatia? Cae, cae para siempre. ¿Con eso y lo que se acordara en la junta...

Escena 5ª

Los mismos y Dª Brigida y Dª Bramina.

(Salen muy bien puestas, con cadenas de oro, brazaletes, &c, y valsando)

D. Copr. ¿Estan VV. locas? ¿Han perdido VV. el juicio?

Dª Brig. (dejando de valsar) Si señor D. Coproconio. ¿no hemos de estar locas? lo estamos, pero es de contento. ¿A quien debemos estas cadenas y estos dijes? ¿A quien debemos vestidos de veinte onzas, y mantones de diezmil reales? (Se mira comunmente enseñandolos).

D. Copr. ¿Y a que viene eso ahora?

Dª Brig. ¿A que viene? A que ese comisionado que dice se llama Urea á quien tu no has querido recibir y has hecho bien, ha entrado á verme un instante, y me ha entregado una carta del arcipreste de su tierra, que es comisionado de unos amigos que tratan de paricate á un cuñado de nuestros cobrinos, y me ha dicho que si los sacais del apuro en que se encuentran, habra un escote entre todos los medicos de la provincia á tres onzas de oro cada uno (tose dos ó tres veces) sino es

mas, para hacer venir de Inga-la-terra (tose)... y que por Dios te lo dijera, y venimos á eso yo y Da Brumina. Cangd. ya te lo he dicho.

Da Brum. ¿Le paice á V. si podemos estar contentas?

D. Copr. Pues si eso es, mal habeis valsado. Porque esas onzas son para costear los gastos del periódico y de la impresion de memorias y libros, relaciones, procesos, folletos y sátiras contra los homeopatas y la homeopatia.

Da Brus. ¿Iios ganaremos nosotros nada con eso?

D. Copr. ¿No hemos de ganar? Mucho mas que subirá el escote.

Da Brus. ¿Sí? Pues á valsar, Brumina. (Ponense á valsar diciendo turum-vim-ando! vivo! y desaparecen valsando)

Escena 6a

Los tres médicos.

D. Copr. Que Da Brumina tenga ese humor, pase, es aun jóven; pero Brusila que corre de los cincuenta arriba...

D. Sinapis. No es extraño. Ellas han oido hablar, han oido que nuestra reputacion sufria ataques diariamente; que el crédito de la escuela Pambolea; que de la cumbre de la profesion en que nos hallamos...

D. Copr. No caeremos, no; ya lo verá V. (señalando la mesa) y luego lo que hoi acordemos para cortar el vuelo á esos enemigos y derrotarlos para siempre...

Ni las Navas de Tolosa,
Ni los campos de Austerlis,
Tlascala, Otumba, Granada,
Munda, Lepanto, Abuquir...

Escena 7ª

Los mismos y D. Bulinio

D. Bul. (continuando los versos)

César, Pompeyo, Alejandro,
Bernardo del Carpio, el Cid,
El gran Capitan, Aníbal,
Gofredo y el Saladin...

¿Que tono de Píndaro, que arranque lírico he oido? ¿V. tan gran poeta y no lo sabíamos?

D. Copr. Tampoco yo no sé nada. Crean VV. que no sé lo que me pasa. Toda la mañana si me descuido un poco, me salen versos cuanto voi á decir.

D. Bul. Mal agüero.

D. Pig. Porque?

D. Bul. Porque un hombre que se encarga de derrotar á nuestros contrarios con la pluma, salir ahora conque se pasa á poeta, quiere decir que toca el violon, reduciendose la derrota á coplas de ciego ~~y falsas de un~~ y jaleo de manola; y aun cuando algo valiesen, hoi se cantan y mañana se olvidan.

D. Copr. Mire V. hombre, mire V. (Va á la mesa, toma un cuaderno y se lo da. Bulinio lo mira, y de ahí á poco dice):

D. Bul. Esto ya es otra cosa. Bien, Sr D. Copronio, bien. Me alegro de que V. me lo haya enseñado. En el primer numero del periodico veran VV. lo que voi á decir; y principiaran las convulsiones de esos protestantes de la medicina, escomulgados de la profesion, apóstatas de la ciencia, prevaricadores del arte, embaidores del pueblo, vulgo todavia ahora entre la gente de algun valer,

y bien pronto escoria y náuseas de la sociedad. Siempre ha habido charlatanes en el mundo; pero de la confianza y descaro de estos no se habian visto. De la ciencia no pueden hablar, porque nada tienen con ella; del honor y de la conciencia, menos; y como incapaces de la profesion y sin esperanza en la vida por su ignorancia y rudeza, han adoptado ese método con que la novedad los ha hecho admitir un momento hasta que la experiencia por un lado y nosotros por otro, los confundamos y sepultemos. Pero esto al periódico, al periódico. ¿A qué hora es la junta?

D. Copr. Antes quisiera que oyésemos al comisionado; y si á Vds. les parece bien acudan á las seis y con el mismo Urea, que así se llama, y despues de oir su relacion acordaremos lo que mas convenga.

D. Sim. Soi de parecer que se llame tambien á un farmacéutico y podria ser D. Ticiano, pues tanto interesan ellos como nosotros.

D. Copr. Yo diré á V. Un farmacéutico entre las eminidades de la medicina... Yo mismo vi alumn cerca de palacio, y luego al palacio. Un farmacéutico es un operario, un mecánico, un repostero, y un súbdito de los tres ramos de la medicina, pues (con perdon de Vds.) aun á la veterinaria tienen que someterse y servirlos. Esto no es decir que no se llame á ninguno de ellos, sino que no se crea que debemos considerarle en dignidad igual á nosotros.

D. Sim. Por supuesto. Ni ellos han creido nunca otra cosa. Pero en este caso...

D. Copr. Bien, bien, que venga D. Ticiano. ¿Y estamos?

Todos. Sí señor.

D. Copr. Pues vámonos cada uno á su comision y empeño.

Acto 2.º

Recibimiento de Urea.
Da cuenta de su comision, y lee el acuerdo médico de su provincia
Aplaúdenlo
Pide que se imprima y circule secretamente. Acuerdan.
Viene un enviado de la academia de medicina con la noticia de que en Palacio se intriga para que se conceda una sala en el hospital á los homeópatas: y se acuerda la oposicion y el modo.

Acto 3.º

Urea comunica á D. Lopez la noticia de lo mas que han quedado los compañeros en el juicio público. (Acto 4.º de la 2.ª comedia). Llegan otros, y al saberlo, hacen todos muchos aspavientos.

Llega un espia de palacio y dice que el paso dado contra los homeópatas no ha producido el efecto que se esperaba. Nuevos arbitrios. Comisionados para indagar. Dos van á palacio y prometen ganar á la camarilla.

Acto 4.º (en la Academia)

Mientras vienen los de palacio, auto de fé contra un libro y un periódico de los homeópatas.

Un enfermo convaleciente y casi bueno del todo se presenta (fingiendose médico á los porteros), y les dice que ya de su enfermedad no le queda sino el mal que ellos le hicieron desollandolo y desollandolo como carnero, pues aquella se la han curado los homeopatas. Se alteran, quieren acometerle; saca dos pistolas, se les pone al frente, se amansan todos, y el despues de tratarlos de bárbaros y de brutales, se retira.

Vuelven en sí y convienen en que aquel hombre está demente, y quedan muy lesaxos.

Aviso telegráfico de haber salido Macó para la corte al dia siguiente que vea. Dice este quien es, y le encarga de averiguar el objeto de su venida.

Encarganse dos de escribir contra Macó y desmentir cuanto diga, y otros prometen ganar algunos redactores de los periódicos políticos y literarios.

Notifíanse citados á la junta magna de casa de D. Cipronio.

Acto 5.º

Escena...

(todos, con escribano y testigos, toma la palabra D. Cipronio presid.e después de dar cuenta de que en palacio ha pasado el peligro)

Ya pues que hemos visto los periódicos y las cartas de Paris, de Londres, de Bruselas y de Lisboa, y nosotros en España tenemos ganado el palacio, y los mas acreditados periódicos en Madrid y en las provincias, y en todas las universidades y academias reinamos esclusiva y soberanamente, me parece que para concluir de una vez con esa sandueria que se atreve á llamarse escuela médica, blasfemia en la ciencia y profanacion en el arte, me parece que debemos sujetarla á la última prueba de su nulidad. Yo, señores, me comí ayer, me comprometo de glóbulos, uno de ataraxía, otro de somnambulia, y otro de hepatofobia, y no pude conocer, señores, no pude conocer si habia engullido algo ó nada. Y en cuanto al

efecto ya me ven VV.SS: lo mismo que si me hubiera tragado la saliva de ese mosquito que zumba por nuestras cabezas. Para mí y para todo hombre científico no era menester mas: pero no era prueba pública, y ahora la vamos á hacer, que para eso he llamado al escribano y los testigos.

Escrib.o Sí señores: yo daré fe de todo lo que vea y oiga, y si es menester... Vaya la prueba, porque tambien yo como ciudadano con mis derechos sintéticos tengo mi opinion de esa medicinilla. Que por fuerza habia de ser alemana, en donde espiritualizan hasta los bueyes de las carretas.

D. Cop. No puedo contenerme, señores, me siento inspirado... La homeopatia es una pura neologia, una paronimia, una hipogastria de la codicia, una anomia, una atonia de la razon, un edema ~~del pensamiento~~ discurso, una cardialgia del oro; y lo mas, lo mas en la ciencia una paralisis, mas bien, una epilepsis del raciocinio; ¿y la alopatia, señores, cuando la alopatia, segun un profesor de griego moderno que acaba de llegar de las indias, por el nombre es padecer los demas y gozar nosotros, y por la ciencia es el sol de la humanidad, el sol mismo de la creacion, sol antiquisimo y siempre el mismo y único, sol eterno á parte post, sol del cielo y de la tierra, sol dogmático, sol católico...

(Aplauden todos)

No habia aun acabado, y como que ya no hay necesidad de que conste en el testimonio, puede el S.r escribano retirarse un poco y pasar á la sala principal hasta que le llamemos. No le pesará á V. de ir, no señor.

Escrib.o Pues nos retiramos. (Vase con los testigos.)

Escena...

D. Cop. Lo que me ocurria, señores, he creido que no debia oirlo ningun profano. Es cosa íntima y esencial y exclusivam.te nues-

tra. ¡No haberme ocurrido antes!

D. Pig. ¿Pero tiene lugar todavía?

D. Copr. Eso sí, pero no quiero que se pase esta ocasion alguna.

D. Pig. Pues entonces no sera como los remedios que nos ocurren despues que el enfermo ha muerto.

D. Sin. Y nos sucede de cada tres enfermos con los cuatro.

D. Copr. Entre nosotros todo es permitido. Estamos solos. Queria pues decir que uno de los medios mas eficaces para asegurar nuestra preponderancia profesional contra ellos, es dar mucho tono á nuestras personas y mucho valor á las visitas. En cuanto á lo primero, vestir... pues... así (todos se miran); aire filosofante (hacen todos algun gesto ó ademan, unos levantando la cabeza, otros bajandola como pensativos, otros cubriendola con gravedad); reloj de Ginebra, cadena de Paris (se miran y tocan las cadenas); saludar á todos y á nadie, ya con un leve movimiento de cabeza (haciendolo todos), ya con un besamanos de accion ligera (haciendolo todos); hablar á peso y con peso; muy compuesta y artificial la persona...

Y en cuanto á lo segundo, las visitas ordinarias doce reales á los plebeyos, veinte á los ricos, y cincuenta á los grandes; y si son de noche, una onza.

D. Bul. Trescientos veinte reales.

D. Pig. Diez y seis duros.

D. Copr. Y menos, seria bajeza.

D. Pig. Y cuando fuese en coche...

D. Copr. Cuenta redonda, quinientos reales.

D. Pig. Y si nos vienen á buscar en coche...

D. Copr. Seiscientos.

D. Pig. ¿Y las consultas?

D. Copr. A mil por cada uno de los asistentes.

D. Pig. ¿Y si hubiere inspeccion, auscultacion y parte gráfica?

D. Copr. Oh! eso... eso... Ad libitum en parando de dormilones.

D. Sim. Pues si así es, venció, Señores, venció la alopatía. ¿Qué pueden oponer á esto los homeópatas, esos pedáneos, esos anarquistas y revolucionarios, esos nuevos escitas, protestantes del culto católico de la ciencia?

D. Copr. Que respondan á estos argumentos.

D. Sim. Sí, que contesten. Y aun me ocurre á mí una cosa.

Todos ¿Y es?

D. Sim. ¿Quien de VV. ha leido el Tasso? (Todos se encogen de hombros). Pues yo lo he leido, sino que lo entiendo cuando lo entiendo. Pero allá á la buena, que me tengo y que me caigo, como cuando uno va á visitar un enfermo y despues de examinado, encuentra en él lo mismo que antes, y allá á la larga sospecha que le puede convenir... vamos, digamos un revulsivo en el costado, y receta y sale del paso ~~dándole~~ y le da las buenas noches; así yo leyendo que leyendo y dale que le darás, lo voy mascullando: y encontré en él un verso que lo aprendí de memoria, y dice:

Per la fe et per la patria il tutto lice.

¿Lo han entendido VV. SS.? (Todos hacen seña que no). Pues quiere decir: Por la fe y por la patria todo es lícito.

Y digo yo: por la profesion y por... estamos? todo es lícito.

Urea. Señores, nosotros en nuestra provincia, sin saber si habia Tassos en el mundo, y perdonen VV. EE., hemos hecho y hacemos todo lo que pueda caber en esa sentencia ó máxima. No hay dia que no estendamos á alguno de ellos en las parrillas de S. Lorenzo,

ó lo metamos en el toro de Falaris. Y sin un traidor que nos ha vendido...

Todos Traidor?

Urea. Un apóstata.

todos Un apóstata!

Urea. La fortuna que es un gerdan

D. Sin. Pues... ¿qué podía ser?

Urea Muy atrevido... Que á eso he venido tambien á la corte, y á tomar órdenes despues de manifestar...

D. Lopr. Bien, sí, pero adelantemos. (Toca una campanilla: entra un criado) Di á esos Señores que tengan á bien entrar. (Vase el criado, y á poco rato entran el escribano por testigos).

Escena...

(todos sentados, D. Lopr. se pone en pie y dice):

D. Lopr. Pues Señores: ya que á mi indignidad se ha cometido el ~~dar el golpe~~ dar el golpe de gracia á ese feto monstruoso, para que á nadie entre nosotros y despues al mundo entero que ya nos tenian medio conquistado... Pero me alargo mucho, y esto para la obra que estoy componiendo y tengo ya muy adelantada. Aquí bastará decir que la homeopatía es el vértice de un ángulo cuyas líneas son el charlatanismo de sus profesores y la ignorancia del público; pero en el cual vértice que es un ente de razon no hay realidad ninguna sino para la imaginacion del que de todos los sentidos carece. De donde se sigue que la profesion de ella es un puro charlatanismo, y una confesion de nulidad, un sarcasmo del arte, y una burla de quien otra cosa pueda pensar, y mofa del ignorante que fíe en ellos y en ella; y con todo iba siendo la roca de nuestra condicion, la batería de nuestra estimacion, el Etna de nuestro honor, el Vesubio de nues-

tro vanidad, la ~~[illegible]~~ sima voraginosa de nuestro estado, y por hablar mas modestamente la cruz de nuestro orgullo y el vacío de nuestras esperanzas. Pero llegó un dia, Señores, llegó un dia; llegó solamente, y es hoy, y es este. La sombra de Hipócrates asiste y se goza en este acto. (Miran todos)

Para terreno, dicen: no lo creais; ó no lo vereis; ú ojala que no lo veamos. De todos modos, á ellos!

Todos. A ellos!

D. Copr. Dicen que adelantan! Sea ó no sea; ¿quien y qué no adelanta en este mundo? Pero unas cosas caminan á la vida, otras á la muerte. Que curan, dicen otros! ¿No han de curar? La naturaleza cura muchas veces sin ellos y sin nosotros... Aunque esto quasi non dictum. Concertarla y auxiliarla en su obra es nuestro oficio. Pero ¡ellos que no la admiten! Blasfemia Señores, blasfemia, heregia...

Todos Blasfemia! heregia!

D. Copr. Concluyó pues la razon: vamos al hecho. Atencion, escribano y testigos; un poco alli á un lado, y los demas todos en postura. (Levantanse todos y forman corro. Entonces él toma un pomito, lo vacia en la mano, y arroja los glóbulos al aire de modo que vengan á caer esparcidos sobre el corro, diciendo Acónito. Los del corro, vueltas arriba las cabezas, hacen que cogen con la boca lo que cae y lo paladean.)

¿Qué tienen VV. SS. en la boca?

Todos Nada.

D. Copr. Que han tragado VV. SS.?

Todos Nada.

D. Copr. Que hay en el suelo? (miran)

Todos. Nada.

D. Copr. Escribano, testimonio de esto. Y prosigo.

(toma otro punto, diciendo: Belladona. Y hace y hacen lo mismo.
toma otro y dice: Pulsatila. Y hacen todos lo mismo.

Escrib. Pues señores, voi á extender el testimonio y lo traeré...

D. Copr. Mañana.

Escrib. A Dios pues. Beso á Vds. las manos. (Vase con los testigos, y todos deshaciendo el corro vuelven á sus asientos)

Escena Ultima.

D. Pig. Mas vale un hombre que mil. La derrota es completa: la homeopatia ha muerto; ha muerto aquí para siempre.

Todos. Para siempre.

D. Pig. Viva la alopatia!

Todos. Viva!

D. Pig. Señores, propongo que se haga el retrato del señor presidente y litografiado se envie á todas las academias del reino y extrangeras, con todos los títulos y condecoraciones, y el último y principal de vencedor de la homeopatia

D. Copr. Señores, la modestia... no me permite...

Todos. Sí, sí, el retrato.

D. Pig. (levantandose). Y puesto que hemos concluido, muchacho! (llamando: entra un criado.) Lo que te he entregado al entrar.
(El criado entra un canastillo, y D. Pigotismo va sacando coronas de flores y poniendolas á todos en la cabeza comenzando por el presidente, y él la última. Luego abraza al presid. y todos van pasando y hacen lo mismo. Entra Da. Brusila y al concluirse los abrazos pasa y abraza á su marido y quitandole la corona se la pone ella, le echa el brazo en los hombros y dice):

Da Brus. Al refresco, señores, á la sala del refresco. Paso de batalla. Tam-taram-tam... (marchando á ese son que repiten todos, desaparecen).

Nota

Cuando al fin de la 3ª comedia supongo que Ramó sigue á Urca en su viaje á la corte, ya se entiende que debia oponerse á sus contrarios, y para esto habia que componer una cuarta comedia. Asi lo habia pensado dandole el titulo de <u>Los Muertos vivos y los vivos muertos</u>. Pero habiéndome ocupado mucho otras obras, se olvidó esta del todo, y al salir esto entre mis papeles despues de algunos años, ni he podido recordar las ideas ni querido volver á ocupar mi pensamiento ~~[illegible]~~ en un proyecto que habia de ser del todo nuevo. Si alguno quiere componer esta 4ª comedia y llenar los vacios que dejo en la 3ª, puesto que está indicado el plan de los tres actos medios, resultará la tetralogia dramática tal cual yo la habia concebido; y en ella podran aprender los médicos, ahora y siempre, que los medios de combatir una escuela contraria en la misma ciencia ó arte no deben ser los que los alópatas han empleado con tanto escándalo del público, tanto descredito de sus personas, y tan poco fruto para todos. He leido algunos libros y folletos, articulos y sátiras de sus <u>sumidades escritoras y cientificas</u> (asi las han querido llamar) contra la homeopatia y los homeópatas: y aunque profano á la ciencia, al fin y uniendo algunas obras de sus contrarios algo he podido alcanzar en ella; y no solo me avergonzaria de haber escrito, aun en la ciencia, lo que ellos creen su corona y el triunfo de la escuela, sino que á falta de otra razon me bastaria ver su grosería, sus insolencias, sus medios tan indignos y sus artes y calumnias contra los homeópatas para preferir á estos, como los prefiero, y como creo que debe preferirlos todo hombre de honor y juicio que haya visto sus indecentes polémicas y la verdadera nulidad de sus impugnaciones.

R. P.

Fr. Braulio

Trilogía dramática

LEGADO
DE LA TESTAMENTARÍA
DEL DR. GARCIA ARISTA